Biblioteca de Palma

Para Mayor Gloria De Dios. // S. Christina // La Admirable, // Abogada Para La Hora // De La Muerte. // Su Vida, Y Sus Maravillas, // Para Bien De Las Almas. // La Escribe Por Voto // El P. Joseph Tercero, // Sacerdote, de la Compañía de Jesus. // Y la Dedica // A El Señor D. Francisco // Ignacio De Erauso, // Dignissimo Prebendado de la Santa // Iglesia Cathedral de la Puebla // de los Angeles. // Segunda Impresion. // A Expensas De Un Devoto De la Sta. // —— // En Cordoba: En el Colegio de N. Sra. de la // Asumpcion, por Juan Pedro Crespo.

8°, menor. 55 hh. s. n. 352 pp. y 1 h. de Indice.

Portada Orlada (v°6°). 2ª, 3ª y 4hh. de "Dedicatoria, 1725" y "Licencia de la Religion, en Mexico, 1725." 5ª h. "Parecer de el Doct. D. Luis de la Peña, en Mexico, 1725". 6ª y 7ª "Licencia del S. Juan Antonio Vasquez de Acuña, Vi-Rey de Esta Nueva España, 1725;" "Parecer de El R. P. M. Joseph Solis, Puebla, 1725" y "Licencia, Angeles, 1726." 8ª "Copia de un parrafo de carta de un Prelado de la Nueva España, à el que escribe esta vida.

9ª y 10ª de "Prólogo" y 11ª "Protesta".

Palau, Tomo VII, pag. 22. No cita esta edición. Cita la 1ª En la Puebla, 1726, 8º. frontis, 10 h. 150 p. 1 h. 120 marcos Hierserman en 1910.

Se cita una reimpresion de Mexico, 1743. 8º. que no hemos visto, y Nicolas Leon describe la de Mexico, 1749, 8º, 14 h. 1 lamina. 350 p. 2 h.

Libro muy raro. Probablemente una de las primeras impresiones, sino la 1ª, de Córdoba en la República Argentina, pues Palau cita como primeros libros en este punto "Las siete estellas de la mano de Jesús. En Córdoba en el Colegio de la Asunción por J. Santos Balbas, 1732, 4º."

... very rare ... the first book printed in Cordoba, in the Argentine Republic? ...

4946 (Tercero)

The first book printed in
Cordoba, Argentina.
—Palau 338323

A.

4

PARA MAYOR GLORIA DE DIOS.

S. CHRISTINA

LA ADMIRABLE, ABOGADA PARA LA HORA DE LA MUERTE.

SU VIDA, Y SUS MARAVILLAS, PARA BIEN DE LAS ALMAS.

LA ESCRIBE POR VOTO
EL P. JOSEPH TERCERO,
Sacerdote, de la Compañia de Jesus.

Y LA DEDICA
A EL SEñOR D. FRANCISCO IGNACIO DE ERAUSO,
Dignissimo Prebendado de la Santa Iglesia Cathedral de la Puebla de los Angeles. 1726

SEGUNDA IMPRESSION.
A EXPENSAS DE UN DEVOTO DE LA STA.

En Cordoba: En el Colegio de N. Sra. de la Assumpcion, por Juan Pedro Crespo.

Es de Dn. Juan Ygnacio de Fuentes, y S. Llorente

Dho D. Juan costeó esta impresion
segun tiene noticia p.r mi tia D.a Jua
na de Navas en el a.o de 1766.

DEDICATORIA

A EL SEñOR

D. FRANCISCO

IGNACIO DE ERAUSO,

PREBENDADO DE LA SANTA

Iglesia Cathedral de la Puebla de los Angeles.

MI SEñOR.

NO fue menester mi eleccion, para que este pequeño Libro se fuesse, por su misma naturaleza, buscando en la sombra de V.md. su seguro patrocinio. Es Historia de una Santa, que renunciò por quarenta y dos años su amada Patria, el Cielo, dedican-

dolos por eleccion de Dios, à doctrinar los hombres, mas con ſus exemplos, que con ſus palabras; pues nadie duda ſer mas perſuaſivos, y mas eficazes los exemplos viſtos, que las palabras ſolamente oìdas en orden à conſeguir el concierto, bondad, y chriſtiandad de las coſtũbres.

Dexò V. md. para ſervir à Dios en las funciones, y practicas de ſu Sacerdocio, la Patria naturalmente amada, con todo lo que en la Patria, y Caſa propria embeleſa, y encanta, que es lo que halla dificil San Ambroſio en el huìr de el ſiglo; y lo que juzga el Santo como caracter proprio de los Sacerdotes: *Hæc eſt vera Sacerdotis fuga* (de fug. ſæcul. cap. 2.) *abdicatio domeſticorum, ut ſuis etiam ſe abneget, qui ſervire Deo geſtit.* Conque ha cumplido religioſamente V. md. en sì, lo que ſe gloriaba ſantamente David, de aver hecho en obſe-

quio

quio de el comun Señor: *Extraneus factus ſum fratribus meis* (Pſal. 68.) *& peregrinus filijs matris meæ.* Aſsi, por la bondad de Dios, ſe ha merecido ya V. md. aquel altiſsimo elogio, y gloria ſummamente apetecible, conque (ſin otro merito, que conſte de el Texto) bendixo moribundo Moysès à la Tribu de Levì: (Deuter. 33. ℣. 9.) *Qui dixit Patri ſuo, & Matri ſuæ, neſcio vos: & fratribus ſuis: ignoro vos:::: hi cuſtodierunt eloquium tuum, & pactum tuum ſervaverunt.*

Traſladado à la muy Iluſtre Paleſtra, y Silla de eſta Nobiliſsima Igleſia, con la continua aſsiſtencia de ſus ſantas venerables funciones; con la modeſtia, y devocion en ellas; con el manejo limpiſsimo, y dieſtro de aquellos empleos domeſticos, que ſe han encomendado à el zelo, y cuydado de V. md. con el

amor

amor, compasion, y piadosa profusion, mas que liberalidad, con los Pobres, han predicado, y predican los exẽplos de V. md. tanto, que juzgo (sin lisonja, ni adulacion) cumple V. md. exactamente el fin, por el qual repartiò Dios à los hijos de Israèl las tierras, que antes eran de Gentiles, y Barbaros, que David explicò en un texto; que tal vez (alegrandome en mi alma, de verlo cumplido tan puntualmente) he entendido por aplicacion, de todos los Cabildos Eclesiasticos, y Señores Capitulares de la Nueva-España, y de toda la America: (Psalm. 104. ℣℣. 44. & 45.) *Dedit illis regiones gentium, & labores populorum possederunt; ut custodiant justificationes ejus,* (id est mandata, quæ in sola charitate solidantur) *& legem ejus requirant* (hoc est: regiones, & populi ab ore Sacerdotum, juxta illud Mala-

chiæ;

chiæ. 2. ℣.7.) *legem requirent ex ore ejus, ſcilicet Sacerdotis.*

Eſto puedo, y debo decir ſin miedo de adulacion (que ſuelen abundar en las Dedicatorias) y q̃ ni ſufre la ingenua modeſtia de V. md. ni las produce, ò lleva tampoco mi genio. Dè V. md. por ello muchas gracias à Dios, mientras yo ruego à ſu Mageſtad, levante à V. md. haſta el grado, que yo le deſeo, para que no ſolo las grandes, ſino las pequeñas obrillas, como eſta, que yo pongo à ſu ſombra, hallen ſiempre en ſu authoridad, patrocinio. Nro. Sr. me guarde à V. md. como deſeo, y le ſuplico. De eſte Coleg. de el Eſpiritu S. de la Cõpañia de Jeſus, en 21. de Nov. de 1725.

Muy Señor mio.
Humilde Siervo, y menor Capellàn de V. md. Q.S.M.B.
Joſeph Tercero.

LL

LICENCIA DE LA RELIGION.

GAspar Rodero, Prepoſito Provincial de la Compañia de Jeſus, en eſta Provincia de Nueva-Eſpaña, por la facultad, que para ello tengo de N. M. R. P. Miguel Angel Tamburini, Prepoſito General de nueſtra Cõpañia de Jeſus. Por la preſente doy licencia à el P. Joſeph Tercero, Profeſſo de nueſtra Compañia, para que pueda imprimir un Libro que ha compueſto, cuyo titulo es: *Vida de Santa Chriſtina Virgen, la Admirable*, por averlo viſto perſonas doctas de nueſtra Compañia, à quienes lo cometí, y no aver hallado coſa digna de cenſura. En fè de lo qual dí èſta, firmada de mi nombre, ſellada con el Sello de nueſtra Compañia, y refrendada de mi Secretario en nueſtra Caſa Profeſſa de Mexico, en 23. de Octubre de 1725. años.

Gaſpar Rodero.

Por mandado de el P. Provincial,

Joſeph Barba,
Secret.

PA-

PARECER DE EL DOCT. D. LUIS de la Peña, Rector de el Colegio Apostolico de N. P. S. Pedro, de la Ciudad de Mexico, Calificador de el Sto. Oficio de la Inquisicion de esta Nueva-España, &c.

EXCMO. SEñOR.

HE leìdo, como V. Exc. me manda por su superior decreto, con especial atencion, y singular complacencia mia, la Vida de Santa Christina, escrita por el R. P. M. Joseph Tercero, Professo de la Sagrada Compañia de Jesus: y hallo ser Vida dos vezes admirable, assi por el sugeto de la Historia, como lo manifiestan los extraordinarios sucessos; como por su Author, segun lo publica la dulzura de el estylo conque está escrita; que aunque es hermana esta obra de otras, que nos ha comunicado; no sè, què suavidad sobresaliente se percibe en los treinta Capitulos, de que se compone: que no solo se recrea el espiritu, sino que lo dexa como sentido, ò quexoso de la brevedad, à que se ciñò el Author (quizâ muy mortificado) en la descripcion de tan peregrino quaderno.

Por

Por lo qual (Señor Exc.mo) por que las almas gozen de el rico espiritual thesoro de esta portentosa Vida, y porque los que la leyeren glorifiquen a Dios, singularmente Admirable en esta Peregrina Santa, me parece podrà V. Exc. siendo servido, conceder su licencia para que se imprima. Mexico, y Diciembre 4. de 1725.

EXCMO. SEñOR.

B. L. M. de V. Exc.

Su minimo Capellàn

Doct. Luis de la Peña.

LICENCIA.

EL Exc. Señor Don Juan Antonio Vazquez de Acuña, Marquès de Cala-Fuerte, Caballero de el Orden de San-Tiago, Comendador de Adelpha, en la de Alcantara, del Conſejo de ſu Mageſtad en el Real, y Supremo de Guerra, General de los Reales Exercitos, Governador de Mecina, Comandante General de Mallorca; Vi-Rey, Governador, y Capitàn General de eſta Nueva-Eſpaña, y Preſidente de ſu Real Audiencia, y Chancillerìa, &c. Concediò ſu licencia para la impreſsion de eſte Libro, viſto el antecedente parecer, como conſta por ſu Decreto de 6. de Diciembre de 1725. años.

PA-

PARECER DE EL R. P. M. JOSEPH Solìs, de la Compañia de Jesus, Cathedratico, que fue de Prima de Theologìa, en el Colegio de San Ildephonso de la misma Compañia de esta Ciudad de la Puebla, &c.

S.OR PROVISOR.

MAndame V. S. diga mi sentir sobre el Libro, que escribiò el P. Joseph Tercero, Professo de nuestra Compañia, y Prefecto de las Doctrinas en este Colegio de el Espiritu Santo, de la Vida de la Admirable Virgen Santa Christina. Y aunque en la mejor ley de historia, que observô el Gran Padre S. Geronymo, y estableciò para los Historiadores, enseñando, que fuera lo escrito historia, y no panegyrico: *Historiam scribo, non panegyricum.* (D. Hier. in Epitaph. Paulæ.) tiene la mejor aprobacion, como que està muy ajustada á las leyes de la historia la obra; tiene, despues de todo, tal acierto, que escribiendo la historia de la mas prodigiosa Virgen, escribió (aunque no quiera el encogimiento de el Padre Joseph) un Panegyrico

rico para sí. Qualquierá que lea esta maravillosa Vida, se difundirá en los mas desapasionados elogios; pues reconocerà en ella el estudio mas cuydadoso en las mas ciertas noticias; aplaudirà el estylo terso, sin que tenga que desdeñar el elevado, ni que ignorar el humilde; alabarà el hilo de mas fino oro en su hermosa contextura: y sobre todo elogiarà sin acabar el mas glorioso destino de la pluma; pues pudiendo la de el Padre Joseph cansar los moldes con muchas delgadezas, la consagra aora (como lo ha hecho otras vezes) à excitar suavemente la voluntad, y elevar la consideracion con la mayor utilidad. Què trabajo tan digno de alabanza! Siendo, pues, tan digna de alabanza la obra, y no desdiciendo, como en nada desdice, de nuestra S. Fè, y buenas costumbres, puede V. S. siendo servido, conceder su licencia para que se imprima. Colegio de el Espiritu Santo, y Diciembre 29. de este año de 1725.

Señor Provisor.

B.L.M. de V. S. su menor Capellá.

Joseph Solìs.

LI-

LICENCIA.

Angeles, y Enero 7. de 1726.

POR lo que à Nos toca, se concede licencia para la impresion de el Libro, que escribiò el R.P. Joseph Tercero, de la Sagrada Religion de la Compañia de Jesus, Prefecto de sus Doctrinas en el Colegio de el Espiritu Santo, de la Vida de la Gloriosa Virgen Santa Christina, en atencion, à que por el parecer antecedente consta no tener cosa, que se oponga à nuestra Santa Fè, y buenas costumbres. Assi lo decretó el Señor Doct. D. Gaspar de Zisneros, Prebendado de la Santa Iglesia Cathedral de la Puebla de los Angeles, Governador, Provisor, y Juez de Obras Pias de su Obispado, y lo firmò.

Doct. Zisneros.

Ante mì.

Joseph de Zetina.
Not. Pub.

CO-

COPIA DE UN PARrafo de Carta de un Prelado de la Nueva-España, à el que escribe esta Vida.

HE sabìdo de el Padre N. que V. P. divierte las molestias de su gota, sacando de diversos, seguros originales la prodigiosa Vida de Santa Christina, singularissima Virgen. Dì por ello muchas gracias à nuestro Señor; y las doy con todo afecto à V. P. à quien (aunque antes no le aya escrito) mi amor con la Glorioſa Santa, me hace escribirle el agradecimiento. Ha muchos dias, que juzgo, que ninguna historia necesitaba mas, que esta de esta diligencia; pues aviendose contentado los Authores, que tocan algo de las maravillas de tan grande Santa, con aver en-

entresacado las que hacen à su proposito, tambien las han sacado, como hacen à su proposito, y assi han salido (como suelen salir los textos) truncadas, alteradas, sin orden, ni concierto. Quando tuve menos cuydados, me quise aplicar à el assumpto, que aora, antes de mi muerte, me hace Dios ver logrado en la aplicacion de V. P. Sea su Magestad alabado. No dude V. P. que ha hecho mucho servicio à Dios, y à la Santa, y lo ha hecho en tiempo, que hemos menester, que unos exemplos tan raros nos recuerden, y afervoricen. Ruego à Nro. Señor, corresponda el fruto à el deseo de V. P. &c.

PRO-

PROLOGO.

ESCRIBO la Vida de una Santa Virgen; que desde luego protesto, la escribo mas para la admiracion, que para la imitacion. Si bien en aquello mismo, que alabando el poder, y gracia de Dios admirarémos, se descubre larguisimo campo, en que pueda, aunque por sendas no tan altas, y mas templadas, aprovecharse nuestra imitacion.

Quiso el Señor hacer obstentacion de su immenso poder en Christina, llamada comunmente, con razon, *la Admirable*, mas no aviendosele en ella disminuido, ni la Omnipotencia, ni el inefable amor à el genero humano; no sabemos si avrà determinado, q̄ sea (como es admirable) unico exemplar en su Iglesia. Llevòla su Magestad por caminos tan fuera de los comunes, q̄ se adoran, y reverencian practicados en las vidas, y obras de otras Santas, y Santos, que à no creerlos, como debemos, en virtud de la canonizacion que les ha dado la Iglesia, efectos de muy particulares, è individuales inspiraciones de Dios, los huviera la razon, y la prudencia humana de calificar por exoticas imprudencias, y muy reprehensibles extravagancias. Verdad es, que huviera tam-

bien de deponer este juycio ; viendo en los mismos hechos, los milagros evidentes, y claros, conque à cada accion se le ponia el sello de ser obra manifiesta de Dios.

A esta evidencia intrinseca (llamemosla assi) se llega como por extrinseco fundamento, y entivo el juycio sin sospecha, y authoridad de los dos grandes hombres, que aviendolos observado, y juzgado maravillosos, los ofrecieron à el juycio, y ultima determinacion de la Santa Sede Apostolica. El primero fue el Eminentisimo Cardenal Jacobo de Vitriaco, Obispo de Ancòna, oraculo de su siglo, el qual en el Prologo de la vida, que escribiò con comun admiracion, de la Bienaventurada Maria Ogniacense, se ofrece por testigo de vista de la vida, y hechos de la Santa Vigen Christina, y refiriendo los mas, que yo referirè, los llama : *Operaciones admirables de Dios.*

El segundo es, el Venerable, Doctisimo, Devotisimo Padre Thomas de Cantimprato, de el Sagrado Orden de Predicadores, primer Author de la Historia de esta admirable Virgen, el qual (como sino sobràra el testimonio solo de su verdad sinceriſsima, y mas sacando su escrito à la faz, y vista del mundo, passados solo ocho años despues de la muerte de Santa Christina, quando eran los testigos de vista de sus obras, y acciones, casi tantos, quantos los

mo-

moradores de San Trudón, de Lieja; y de la Fortaleza de Loén) no obstante para asegurar no aver dado ligero credito â cosas, y sucessos, aunque publicos, tan raros, y tan exorbitantes, no solo à la razon humana, sino à toda quanta es la esphera de la naturaleza; afirma, que los testigos de quienes se informò, eran tales, que antes perderian las vidas, que faltassen ligeramente à la ingenuidad, y lisura de la desnuda verdad. Y que las mas de las cosas que escribe, las oyò èl mismo de una muger muy religiosa, Ibera, à quien llama: *Muger cèlebre, por su eximia Santidad, y piedad*: con la qual viviò, y conversò por espacio de nueve años Christina, en la Fortaleza de Loèn.

Si bien, pues, la vida, y obras de esta Santa Virgen son muy conformes à aquel apellido, q̃ le dieron quãtos la conocieron, *admirables*, siendo, no obstante, posibles à la Omnipotencia de Dios, que se gloria tambien de ser *admirable en sus Santos*, no ay por donde deba dudar, ó flaquear nuestra fè, sino suponiendo certeza, y verdad en los fundamentos, esforzarnos (con el favor de Dios) à sacar de ellos todo aquel provecho, que pudieremos sacar, para emmienda de nuestras vidas, mejora de nuestras costumbres, salvacion de nuestras almas. Este fue todo el assumpto de la vida, y estraño proceder de Christia; este el de sus mar-

martyrios voluntarios, de ſus tormentos, lagrymas, dolores, *la correccion de los hombres*, *la ſalvacion de ſus almas.*

Ya antes, en virtud de ſu innocencia conſervada, y exmaltada con meritos, y virtudes, à las quales la avia promovido ſu gracia, la avia prometido Dios ſu eterna poſſeſsion, ſu Gloria: conque quanto hizo, y padeciò deſpues, que es el aſſumpto principal de eſta Hiſtoria; lo hizo, lo padeciò, como al principio lo proteſtó ella miſma, no con tanta atencion, y mira à el augmento de ſus merecimientos, quanto *à la correccion de los hombres*, *à la ſalvacion de ſus almas.* Què ſerà, pues, razon hagamos noſotros por nueſtro proprio interès, quãdo ella, porque no lo perdieſſemos, privó a ſu grande charitativa alma de quarenta y dos años de Gloria, cõmutandolos en otros tantos de voluntarios martyrios, dolores, lagrymas, afliciones, penas? Enſeñònos à apreciar nueſtras almas, y eſtimar el amor de aquel Dios hombre, que moſtró quanto las apreciaba, dando por ellas ſu precioſa Sangre, ſu ineſtimable Vida. Su Mageſtad ſe digne de dar aora à eſtos yà muertos, yà paſſados exemplos, la virtud vivifica ſuya, para que deſpertando à ſu voz, que dan en eſtas, aunque muertas letras, nueſtras dormidas almas, velen ſobre sì miſmas. Amen.

PRO-

PROTESTA.

AUnque yo no me intento divertir á otra cosa, que à la historica narracion de la Vida, y obras de S. Christina, canonizadas ya por la S. Iglesia, y aprobadas por la certeza de la Sta. Sede Apostolica: no obstante, por si acaso incidiere hablar de virtudes, milagros, fama de santidad, de quien no tenga semejante aprobacion: protesto quan humilde, y sinceramente puedo, que en nada es mi intencion prevenir el juycio de la Sta. Iglesia, ni quiero,

ni

ni pretendo mas fé, que la falible, que corresponde à una prudente diligẽcia humana, en separar lo cierto de lo incierto. Y en todo lo demàs, obedeciẽdo enteramente á los sagrados repetidos Decretos del Señor Urbano VIII. quanto dixere, y à mì mismo me sujeto, no solo à el infalible juycio de mi Madre la S. Iglesia Catholica Romana, sino á el de qualquier particular Prudente.

* *
*

PA-

PARA MAYOR GLORIA DE DIOS.

VIDA
DE
Sta. CHRISTINA
VIRGEN,
LLAMADA: LA ADMIRABLE.

CAPITULO I.

Su Patria, y Educacion.

NACIO Santa Christina en San Trudòn, Villa de la Provincia de Hasbania. No se sabe, ni el año, ni el mes, ni el dia de su nacimiento, quizá mas por mysterio, que por descuydo, á que diesse ocasion

ſion la ſencillez de los antiguos tiempos: pues llamandoſe nacimiento en los Santos, no el dia en que aparecen en el mundo, sì, el que por la muerte los reſtituye à el Cielo, poco importa el que ſe ſepa quando empezaron ſu peregrinacion, como ſe ſepa que lograron hacerla tan legitima, y derecha, que llegaron, por fin à el eterno feliciſsimo termino.

Parece, no obſtante, conjetura prudente, que nacieſſe cerca de el año de mil ciento y ſeſenta: pues conſtando, que ſu muerte, y ſu reſtitucion à la vida, fue el de mil ciento y ochenta y dos, quando avia crecido tanto en virtud, y dadoſe con tal intenſion à las dulzuras de la contemplacion, que ellas llegaron à poſtrarle las fuerzas, y dar fin à ſu natural vida; no parece mucho conceder à uno, y otro el eſpacio de veinte, ò veinte y dos años; que aunque de adelantarſe mas las gracias, y dones ſobrenaturales à perfeccionar las almas, ay muchos exemplos en la Igleſia de Dios, no ſe juzgan todos, ni aun alguno de ellos, tan fuera de eſpecial providencia, y piadoſa anticipacion de la poderoſa gracia, è inefable amor de el Criador, eſpecial Bienhechor de tales almas, que pueden ſeñalarſe por comun regla.

Sè, que el Padre Franciſco Garcia, docto, y piadoſo Eſcritor de mi Religion Santa, en el Libro de Oro, que eſcribiò de la devocion

con

con las Almas detenidas en el Purgatorio; en el § 10. afirma, que muriò Christina la primera vez, *antes de cumplir los doce años.* Si esto fuera cierto, no avia duda, de que su nacimiento fuesse el de mil ciento y setenta. Pues constando de cierto, que muriò ultimamente el de mil doscientos y veinte y quatro, y que desde su resurreccion, viviô quarenta y dos, añadidos los doce, que dice tenia de edad, hacen cinquenta y quatro de vida, los quales quitados de mil doscientos y veinte y quatro, quedaba cierto aver nacido el de mil ciento y setenta.

Pero, por quanto el mismo docto Padre en el mismo lugar afirma, *que viviò despues de su resurreccion, quarenta años*, constando de el que llama (aunque no lo fue, como queda dicho en el Prologo) *Testigo de vista*, y *Varon* (como lo es) *digno de toda fè, que viviò despues, quarenta y dos*; puede ser, que el mismo yerro de cuenta, pluma, ó Imprenta, que padece en el segundo numero, padezca en el primero. Ni se discurre, con què fundamento diga: *Muriò antes de cumplir los doce años*: pues siendo el primero, el mas cierto (por el tiempo en que escribiô, y diligencias, é averiguaciones, que hizo para escribir) Escritor de su Vida, el dicho Venerable Cantimprato, el qual, ni una palabra tiene de el tiempo de su nacimiento:

so-

solo dice, que fue la menor en edad de sus hermanas, cuyas edades no dice: parece que el Author, de quien lo tomaria el Padre, pone aquel numero por sola conjetura suya, y siendolo, no hallo inconveniente en permanecer en la mia.

Nació de Padres honestos, y muy buenos Christianos, que criando en temor de Dios tres hijas, que parece tuvieron solas, pues no hallo mencion de algun hermano, presto las dexaron huerfanas, y volaron á el Cielo. Parece, que tambien las dexaron pobres, pues tratando de partir entre sì, los oficios de su manutencion, y economía, tocò á Christina, que era la menor de edad, el guardar un pequeño rebaño, finca de su sustento, y conducirlo sola á los pastos.

Junta esta oportunidad de darse sin estorvos, ni impedimentos â el trato familiar de Dios, con su buena inclinacion, que le hacia desearlo; y sirviendo uno, y otro á aquella providencia, conque empezaba Dios à tirar en su alma las primeras lineas para el alto edificio de santidad, de exemplo, de edificacion prodigiosa, que en ella queria levantar en su Iglesia, la hicieron darse tan intensamente à la vida espiritual, que nunca concibió resabios de el mundo, ni sus vanas, y falsas opiniones penetraron jamâs à su corazon.

Vivia en soledad, y silencio; sustentabase de oracion; estudiaba en vencer, y extirpar constantemente en sì aquellos primeros infelices pimpollos de sensualidad, y de vicio, que de la maldita semilla, que recibiò en Adàn, produce (mientras no la estorva anticipado cultivo) nuestra naturaleza; y bendecia Dios sus tempranos conatos, con tantas, tan suaves dulzuras, que podia decir con el Apostol: *Mi vivir es Christo, y mi morir es logro.* No teniendo Maestro, que en su soledad, y abstraccion la dirigiesse, ni sabiendo leer para aprovecharse de las instrucciones de un Libro, tomò piadosissimamante uno, y otro oficio el Señor; él era su Maestro, èl su Libro, haciendola entender tan bien las lecciones, que en sus beneficios, en sus antiguas finezas, Passion, y Muerte le daba, que toda su aplicacion era, à copiarlas con la practica en sí, sabiendo, que el mejor agradecimiento era la imitacion mas puntual.

Aviendola sacado à la soledad, y hechose familiar à su corazon, enseñóla à leer, y estudiar à el Criador en todas, y en cada una de sus criaturas; y hallandolo en todas Omnipotente, Sabio, Amoroso, Provido, Amable, en todas lo adoraba, lo admiraba, se enardecia en su amor. Viendola subir tan fielmente por estos escalones comunes à la cumbre de la perfec-

feccion, empezò tambien el Señor á correr la cortina de el Cielo, de los retretes ſecretos, en que habita una luz inacceſsible, y dandole en los ojos de ſu mente la luz de ſus profundos, y eſcondidos myſterios, iba elevando ſu alma á una pureza tan eſpiritual, â una vida tan divina, que lo menos que obraba en ella, era el deſprecio de la temporal. O, Dios! Y quan ſuave es aquella ligadura de amor, aquella voluntaria fuerza conque unís à Vos las almas que dexandoſe llevar de el olor de los dones conque las ungís, nunca hartas de vueſtra ſuavidad, mientras mas ſe ſuſtentan de ella, avivan mas ſu hambre; ſiendo Vos ſolo ſu deſeo, y anſia, mientras mas ſoys ſu alimento, y hartura!

CAPITULO II.

Muere naturalmente, y reſtituyeſe otra vez à la vida.

ASSI vivia Chriſtina, màs en la abſtracciõ, que en el campo, ignorada de los hombres, que juzgaban quizàs ruſtiquez, lo que era caſi continuado extaſis; pero bien conocida de Dios, que hallando en ſu alma las puertas, que la cerraba à el mundo, y ſus locuras vaniſsimas, tan abiertas à los influxos de ſu grandeza miſericordioſa; ſe entraba à poſſeer

(ſegun ſu eſtylo) el puriſsimo retrete de aquella alma innocente, llenando en ella de Cielo, quanto hallaba vacio de tierra. Mas no pudiendo á largo andar la carne, templarſe á el ardor, viveza, y aceleracion del eſpiritu, empezaron à caer ſus fuerzas, desfallecer ſu natural vigor, y rendirſe la naturaleza. Diòle una enfermedad, que embiandola Dios, *no para muerte*, que huvieſſe de durar por entonces; ſino *para portentoſa manifiſtacion de ſus obras*, en breves terminos la privò de la vida.

Muriò Chriſtina, y con ella el conſuelo, la alegria de ſus pobres hermanas, que de ſu humilde, ſufrido, afable proceder, ſu honeſtidad, modeſtia, humildad, ſu ſencilla, è ingeuna ſujecion, virtudes, que no pueden eſconderſe, ni dexan de eſtimarſe, avian hecho con deleyte ſuyo, un conſtante, y eſpecial aprecio. Llenos los ojos de lagrymas, de triſteza los corazones, diſpuſieron luego ſu entierro; y aviendo tenido el Cadaver haſta el dia ſiguiẽte, publicamente, expueſto á el dolor de los conocidos, mucho mas de los Parientes, lo llevaron de mañana à la Igleſia, para hacerle mas tiernas, y devotas, que vanas, y pompoſas exequias.

Ofreciaſe à Dios por ella el Santo Sacrificio de la Miſſa, y llegando el Sacerdote en èl à decir la tercera vez: *Agnus Dei, &c.* empezan-

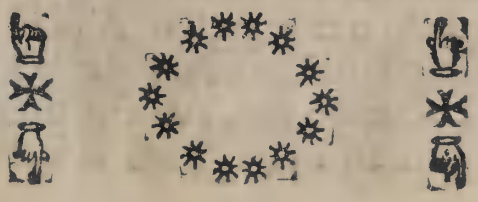
zando á moverse el Cadaver, y sentandose primero en el Feretro, luego con ligereza de Ave, ò estrenando propriedades de Espiritu, voló, y se sentó en la interior cornisa de la cupula de el Templo. Alli, aunque todos poseídos de el mido, huyeron de la Iglesia, sin que quedassen en ella mas, que su hermana mayor, ô pasmada, ò enternecida, y los Ministros, á quienes detenia la religion, y respeto de la accion sagrada, permaneció sin moverse Christina, hasta tanto, que acabada la Missa, á el mandato de el Sacerdote, baxó arrojandose humilde, y resignada à sus pies, para oír lo que le mandasse.

De lo que hizo despues repetidas vezes, aunque ella nunca se explicò claramente, fue comun conjetura, y opinion, que à el bolverse à unir con su cuerpo su purissimo Espiritu, y bolver á actuar el alma los externos sentidos; no pudiendo tolerar el hedor, que percibia de los cuerpos humanos, dio aquel maravilloso vuelo, para alexarse de ellos. Y es notable maravilla, que la que de nuevo nacia, ò resucitaba à ser blanco, ò centro de durissimas penas, esta le fuesse siempre tan intolerable, que buscando, y entrando promptissima en otras, á nuestro juycio mucho menos sufribles, de esta huyesse tan repetidas vezes. Prosigan aora adulando, y anegando en delicias sus cuerpos, sa-

sacos de immundicia, corrupcion, y hedor, los que ni lo perciben, ni lo meditan, y assi, si no lo eternizan, por lo menos, lo aumentan.

Bolviòse à su casa Christina, acompañada ya de hermanas, parientes, conocidos, y amigos, por aver poco á poco buelto á juntar la admiracion, y la curiosidad à los que antes esparciò el miedo: y sumergida en un alto profundissimo silencio, tomò algun alimento, preciso para reestablecer las fuerzas. No juzgò conveniente emprender todas las estrañezas de penitencias, horrores, y tormentos, que meditaba dentro de su corazon, y rebolvia en su mente su fervoroso Espiritu, sin aver antes (como en manifiesto, que corriesse por publica, y comun noticia) dado razon de quanto aun avian de estrañar despues; conque juntandose à este bien pensado dictamen las ansias de hermanas, parientas, y personas espirituales, que deseaban saber el progresso de su muerte, y su resurreccion, huvo de informarlos, y de prevenirlos, hablandoles de esta manera:

***



CAPITULO III.

Cuenta Chriſtina lo que paſsò en ſu muerte, y el motivo de ſu reſurreccion.

CON una muerte apacible (bendito aquel Señor, que galardona con beneficios grandes nueſtros cortos obſequios) ſe deſatò mi alma de mi cuerpo, y hallandome luego en manos de Angeles de el Señor, que con blandos, y riſueños ſemblantes me recrearon en conſuelo indecible, me entreguè à ſu amable conducta. Llevaronme primero à un lugar obſcuro, lobrego, horroroſo, lleno de Almas afligidas, y triſtes, que atormentadas con varios generos de ſuplicios, y penas, ni aun tenian el comun deſahogo de las quexas, y el llanto. Sus tormentos eran tan duros, tan intenſos, tan penetrantes, tan ſin intermiſsion, que ſe probaba baſtantiſsimamente la immortalidad de las Almas, que conſtantes los ſufrian, en ſufrirlos por ſolo un inſtante.

No cabe en la pequeña ſignificacion de la mayor ponderacion humana, quanta era la acerbidad de lo que aquellas Almas padecian; y entre ellas conoci muchas de las que avia tratado, y conocido acà, aun con bien fundada fama, y comun opinion de muy virtuoſas.

Mo-

Movida à compaſsion, y laſtima de ver tanto, y tal padecer, ſoſpechaba ſi era aquel el Infierno; pero informandome de los que me guiaban, entendi, que era el Purgatorio.

De alli me conduxeron à que vieſſe el Infierno, y ſi bien en los tormentos era poca la diferencia, pues ſolo los diſtingue la duracion, eterna en eſtos, temporal en aquellos; era mucha la diferencia entre los atormentados. Los primeros ſufrian reſignados: eſtos deſeſperados bramaban. Aquellos levantaban los ojos con ternura, y confianza à el Cielo: eſtos con barbara temeridad, y obſtinacion lo eſcupian; bolviendo ſus ſalivas hechas llamas à cebarſe en ſus dueños infeliciſsimos. Conoci tambien entre ellos á muchos, que avia conocido en vida, mas con tales coſtumbres, y procederes, que deſde luego decian, qual ſeria probablemente ſu deſaſtrado fin, y que ſeria en conſequencia de él, aquel ſu paradero. Con poca detencion ſobre ambos lugares, porque, quien me llevaba à verlos, queria mi noticia, y no mi afliccion, entrè luego por el Parayſo, y fui conducida á el alto, y auguſtiſsimo Throno, en que en Gloria inefable vive, y reyna Dios.

Recibiòme ſu Mageſtad con ſemblante de dulzura benigniſsima, que anegando mi alma en indecible gozo, me hizo ſu intenſion perſua-

ſuadirme; que ſiendo aquella la abundante medida, y poſſeſsion de mi gloria, no me faltaba mas, que durar en ella los immenſos eſpacios de la eternidad. Iba à rendir humilde à ſu Mageſtad las debidas acciones de gracias; quando viendolas ya ſus penetrantes ojos en el agradecido fondo de mi voluntad, y alma, ſe dignò de decirme con una voz, que diò nueva gloria, y alegria à el Cielo: A tì, dulciſsima Hija, te han ſubido à eſte Solio de mi eterno Reyno los brazos de mi gracia, y mi providencia, explicados à tu favor con prevenciones de un amor eterno, à que has correſpondido fiel. Salva eſtà tu felìz, y eterna dicha: aquì reynaràs conmigo, mientras yo eternamente reynare. Pero mi infinita piedad, las entrañas de mi miſericordia mal conocida, y peor correſpondida de ellos, con que he mirado ſiempre, y miro à los hombres, me convidan à darte eſta opcion.

Has viſto, y te han movido à commiſeracion las penas, que en el Purgatorio padecen tan acerbas, y tan durables aquellas dichoſiſſimas almas, que aunque tienen la ſuerte de Eſpoſas mias, tienen no obſtante manchas, que para parecer con decencia ante mis ojos puriſsimos, es preciſſo ſe limpien, y purifiquen antes, à fuerza de eſpiritus de ardor, y de fuego: mientras ſatisfacciones agenas, que

accepta mi piedad, ofrecidas por ellas; no las purificaren, aligerando su lamentable temporal destierro. Has visto lo que sin remedio padecen, y padecerán sin fin, sin intermision, sin alivio mis reveldes, y contumaces, que quisieron alhucinados con los momentaneos, sucios, falsos deleytes de la carne, y de el mundo, despreciar mi luz, y mis llamamientos, siempre tercos en mirar, en apreciar la tierra, sin que les mereciesse una atencion, ni la alteza de mi amor, ni la grata hermosura de el Cielo. Tú puedes, amada Hija, hacer con la assistencia de mi gracia, que se aligeren, y acaben las penas de los primeros, y no se augmente tanto, como se augmenta el numero de los segundos.

Permito, pues, á tu libre, y espontanea eleccion, ò permanecer gloriosa desde aora conmigo en el Cielo; ò bolver (segura, como yo te asseguro, de tu eterna possession) por el tiempo, que mi providencia dispusiere, á la tierra, donde bolviendo à vestirte de tu cuerpo passible, y mortal (el qual para este fin conservarà mi poder, aun quando naturalmente debiera fallecer, y destruirse) puedas con voluntarios tormentos, penitencias, oraciones, librar mis amadas Almas, que tanta compassion te causan, de la carcel de sus terribles penas; y à los pecadores, que aun viven,

y eſtân capazes de corregir ſus vidas, muevãs con los exemplos de la tuya, y de tus aſperezas, y rigores à mejorar penſamientos, aborrecer vicios, abandonar pecados, y entrar por los caminos de la ley, que vienen à parar à el Cielo. Deſpues de eſtas tan chriſtianas hazañas, tan heroycas, tan gratas à mis ojos piadoſos, cargada de deſpojos, de meritos, entraràs triumphando en el Cielo, ſirviendo à la exaltacion, y gloria de tu triumpho las Almas, los Eſpiritus ya glorioſos, que huvieres ſacado de la horroroſa cercel, y penas mal creidas de el Purgatorio, y que huvieres robado à el Demonio, mientras por los caminos infames de las torpes delicias, los placeres vanos, la inconſideracion de el fin, los llevaba à deſpeñarlos en las cavernas obſcuras de ſu eterno abyſmo.

No huvo bien ſu Mageſtad acabado ſu amoroſa propueſta, à cada una de cuyas clauſulas ſentia derretirſe mi alma, quando eſcogi ſin tardanza lo que vi, y conoci ciertamente, que era mas de ſu agrado, mayor bien de las almas de mis proximos, bolver à mi cuerpo. Diome ſu inefable grandeza ſeñas de complacerſe en mi eleccion prompta, que por ellas ſolas debia ſer amado con muchas almas, y dandome ſu bendicion, mandó que ſus Angeles luego me bolvieſſen à la vida mortal.

Con

Cõn tanta aceleridad executaron eſte orden los Eſpiritus Celeſtiales, que quando en la Miſſa, que por mì ſe ofrecia, ſe decia la primera vez: *Agnus Dei, &c.* pareci ante el Throno de Dios, y al repetirſe la tercera vez, ya eſtaba mi alma buelta à unir à mi cuerpo, y reſucitè, como viſteis.

Eſte ha ſido mi ſuceſſo, eſte es el aſſumpto de mi buelta à el mundo: buelvo à ayudar con mis penas à las Almas pacientes, â predicar con ellas à las deſcaminadas. *Por el refrigerio, alivio, y libertad de los muertos: por la converſion, emmienda, y correccion de los vivos, me buelve Dios à la vida.* Por tanto, deſde aora os prevengo, y de todo mi corazon os ruego, que no os turben, no os aſſombren, mucho menos os eſcandalicen, ſino ſolo os compunjan las coſas que verèis en mí; porque ſiendo mi intento infundir temor de las penas de el Purgatorio, horror de las de el Infierno, donde, aun quando mas ſe esfuerzen, quando mas avanzen, no llegan, ni pueden llegar con ſumma diſtancia nueſtras ponderaciones, es preciſſo que llegue haſta donde quepa en la eſphera de la naturaleza, y aun quanto mas allà pueda llegar el horror de las executiones. Excederàn la ordinaria capazidad de los entendimientos humanos las juſticias, que harà Dios en mí; ni ſe avràn viſto practicadas jamás

màs entre los mortales las penas, que ſe verán en mì: haga Dios, que aprehendan bien los que los obſervaren, que de los rayos de allà, ſe verán ſolo en mí tibios relampagos, de los truenos de allà, ſolos los ecos. No menos admirados, y abſortos, que amedrentados quedaron todos los que la oyeron, de el ſuceſſo, de la eleccion, y preparacion de animo de Chriſtina: y en una expectacion ſobreſaltada, pero mucho mas curioſa, eſperaron à que hablaſſen ſus obras.

CAPITULO IV.

Empieza ſu eſtraña vida, huyendo de el comercio de los hombres.

NO tuvieron que eſperar mucho: pues ni el fervor compaſsivo, que ſe avia encendido en ſu corazon, ni el Eſpiritu Santo, que lo encendia, ſufrian largas tardanzas. Empezaron ſus penas, por las que aquellas piadoſiſsimas manos, que la avian deſtinado à ellas, le quiſieron aplicar por sì miſmas; y queriendola hacer *admirable* en todos ſus ſufrimientos, el que es (como decia, y en ſu experiencia conocia Job) *admirable en el atormentar*: *Mirabiliter me crucias*. Job. 10. ℣. 16. la habilitò para que una pena le produxeſſe mu-

muchas, que siempre se enlazassen para afligirla.

Avivó su Magestad su olfato, para que percibiesse tal hedor, exhalado de los cuerpos humanos, que haciendola (como diximos) luego que resucitó, y empezò á actuar sus sentidos, levantarse de el Feretro, y volar á la cornisa, ò techumbre de la Iglesia, en que se percibia menos intenso, por quanto en la distancia lo esparcia el ambiente; aora le causaba summo horror el aver de vivir, conversar, y comerciar con qualesquier personas. Sufria muchos ratos, muchas horas, y dias, este increible tormento, hasta que faltando ya, y desfalleciendo las fuerzas para mas tolerancia, se via precissada à salirse a los campos, entrarse por los desiertos, donde le era mas tolerable la habitacion con las fieras, que en la Ciudad con los hombres.

Quando, por atormentarse, recobradas algun tanto las fuerzas, bolvia à la Ciudad, para poder dilatar con las pausas, y hacer su afliccion mas prolixa, se subia unos ratos à las mas altas torres, à las mas descubiertas galerias, ò à los mas empinados arboles, en los quales tomando alguna ligera, breve respiracion, bolvia á proseguir, y continuar su perpetuo dilatado martyrio. El hablar con qualquiera le era insufribie, y si, à costa de su pe-

na,

na, queria mantenerſe fuerte, y conſtante en tormento tan duro; donde ſobraba el animo, el fervor, el eſpiritu, faltaba la naturaleza, y con los repetidos ſuſpiros, con los frequentes deſmayos, cedia à la larga violencia.

Sus hermanas, parientes, conocidos, y amigos percibian eſtos viſibles, pero eſtraños efectos, ignorando la cauſa, de que procedian; conque dieron en aprehender, ò que eran delirios de ſu fantasía, ó impreſsiones en ella de eſpiritus malos, que quizas poſſeían ſu cuerpo: reſolvieron, pues, que antes, que lo que parecia ſolo extravagancia, paraſſe en alguna manifieſta afrenta, ſe aſſeguraſſe en alguna recluſion ſu perſona. Què preſto ſe empezaron à olvidar de la prevencion, que poco antes les hizo la innocente Chriſtina! Pero queria Dios, de ſu olvido labrarle à ſu paciencia nuevo empleo.

Por mas que ſe diſcurra, no es facil averiguar la cauſa, por que una naturaleza racional, de la qual cada uno experimenta, y vè en sì generoſas, y nobles las innatas inclinaciones en lo natural, y mientras alguna deſtemplada paſsion no ſe los adultéra al concebirlos, ſus efectos, y movimientos ſalen ſiempre, ô caſi ſiempre hidalgos; no obſtante quando los vè, ò califica en agena cabeza, no ſolo ſin alguna evidencia, mas con ſola temeraria opinion,

bion, se incline comunmente à juzgar mal de ellos. En el caso de que vamos hablando, el discurso racional, y sincero parece, que debia ser este. A esta muger vimos muerta, la vemos resucitada; ella dice, que resucita solo à padecer, y sufrir, y se le debe creer porque contesta, y authoriza à su dicho la evidencia innegable de un milagro. Huye de nosotros? Serà su retiro, ò privarse, por mortificarse, de el consuelo, que causa la sociedad humana; ó no estar libre para ella, por traerla con interiores penas enagenada de sì aquel Dios mismo, que la embia à padecerlas: ò averse con los horrores que nos ha dicho, que viò, espantado su espiritu, y amedrentado de tal suerte su alma, que no estè para nuestras diversiones, y varios entretenimientos, absorta en los funestos, è infelices fines, à que ellos conducen. Dexemosla a la direccion de quien la mata, y la resucita; y nuestra charidad, si la ay en nosotros, empleese en pedir á Dios, que le dè sufrimiento, y paciencia.

Pero en què puede fundarse este otro discurso. Huye de nuestro trato? Se retira de nosotros? Luego la possee el Demonio. Pues tan Angeles son aquellos de quienes huye? Tan amable, tan util, tan provechoso para el alma es el trato comun de los hombres, y mas qual lo ha puesto la malicia, y la astucia, las necias va-

vanidades, y las impías politicas; que ſolo el Diablo puede perſuadir el huirlo? O, pobres dichoſiſsimos Anacoretas! Antes ſi algo harâ el Diablo para adelantar ſus intereſes es, perſuadir à que ſe ame, como ſe ama caſi comunmente. No ay aqui à que apelar, ſino à creer, que eſte, y ſemejantes juycios, nacen de aquella ſobervia, conque experimentando todos, que nueſtra naturaleza, y nueſtros penſamientos viciados una vez en ſu origen, ſe propagan inclinados a el mal, juzga cada uno que él tiene virtud, para ſobrepujar eſta inclinacion, y que ſu proximo miſerable, y flaco ſe dexa vencer de ella. Pero ſi he de decir lo que juzgo: eſte altivo, y ſobervio penſamiento me hace concebir mas miſerable, y flaco á qualquiera que lo mantuviere. Bolvamos à nueſtra hiſtoria.

Aviendola aprehendido con mucha dificultad, por el cuydado conque huìa de todos, la puſieron la primera vez en priſiones eſtrechas, aſſegurando con cadenas, y grillos la velozidad de ſus pies. Añadiòſe â ſu mayor, y principal fatiga, el no poder pauſarla, añadiôſe la moleſtia, y peſo de las priſiones, añadieronſe los valdones, è injurias, conque ſus mas cercanos, ſus parientes, ſus miſmas hermanas cada inſtante la zaherian, le decian claramente, que les avia ſido mas tolerable ſu natural

muer-

muerte, que lo que aora les era su extravagante, y extraordinaria vida. Por todas partes la cercaba Dios de aflicciones, y de congoxas, y ella viendose en el vaño de penas, en que qualquiera se ahogàra, respiraba con solo acordarse de la gran causa por que padecia.

Hacia á su memoria visitar otra vez las carceles que avia visto, y entre aquel padecer, y el suyo; este le parecia delicias, las quales se augmentaban viendo, que un quarto de hora de el suyo utilissimo, y fructuoso para aquellas dichosas Almas, valìa por meses, y años de el que ellas sin interrupcion se veian precisadas a padecer; y que eran sus tormentos mudas vozes, para que despertassen los que dormian en el bordo de su condenacion. Duro en su prision muchos dias, comiendo casi solo el pan azedo de la tribulacion, y bebiendo sus amargas lagrymas, por descuydo cruel de sus hermanas, à quienes dolia menos la hambre, y sed de una Santa innocente, tan unida por la naturaleza, que los necios pareceres, y hablillas, conque en la permission de su estraña vida las culpaba el ignorãte vulgo. Huviera durado mas, si aquella Providencia misma, que gustaba de sus aflicciones, se huviera contentado con aquellas, y no quisiera para el publico biẽ, hacerlas mas visibles.

CAPI-

CAPITULO V.

Sacala de prisiones un milagro, y sustentala en la soledad otro.

SObre el amargor, que causaba à el fervoroso espiritu de Christina la lenta detencion de sus prisiones, sobrevino mayor amargor de una lucha, que padecia en su mismo fervoroso espiritu. Se sentia mover de Dios à mas asperos, mas duros trabajos, mas sensibles, mas atroces tormentos, y pareciale, que el desearlos era esterilizar los que padecia; pues constandole, que estos no los avia escogido, ni los sufria por eleccion suya, sino por voluntad de su Señor, ningunos le parecian mejores, mas fructuosos, que aquellos que queria Dios padeciesse, y en que ni sospecha avia de voluntad propria. Sabìa, que los iuycios, los aprecios de Dios se sirven de otras reglas, que los nuestros; que sus maximas van tanto mas altas, quanto siendo mas universales, miran à un tiempo, y en un mismo hecho à diversissimos fines, à los quales no alcanza nuestra vista, ni sabe valuarlos nuestra prudencia: conque ignoraba si su orden à los fines, que Dios la destinaba, era mas padecer ser, de suyo mas intenso el tormento, ó ser el

que

que elige, y ſeñala mas cierta, è inefable ſabiduria.

Sacòla de eſta nueva congoxa (en eſpiritus delicados duriſsima) vèr, que una noche milagroſamente, ſin leve conato, ò diligencia ſuya, ſe rompieron las cadenas, y ſalieron de los pies los grillos que la ſujetaban, quedando totalmente libre con tan rara maravilla. Entendiò la voz de Dios clara en el miſmo milagro: y viendo, que la puerta de el calabozo tambien abierta, y patente le ofrecia paſſo franco, ſaliô ſin ſer ſentida de ſu cruel caſa. Huyò, cantandole à Dios las gracias de ſu libertad, à un deſierto baſtantemente diſtante de ſu habitacion.

En él, libre de el trato de los hombres, que la atormentaban mucho mas con ſu hedor, que con ſus juycios, cenſuras, y aſperas reprehenſiones: menos impedida para el trato, y comercio, por la oracion con ſu Dios, gaſtaba en ella los dias, y noches ſin interrumpirla (ſi era interrumpirla) mas, que para afligirſe con las diſciplinas, que tomaba con los pedazos de ſus rotas cadenas: para rebolcarſe ſobre las eſpinas, haciendo à ſu cuerpo innocente una continua llaga, de que ſe hallaba ſana à el inſtante que dexaba de herirſe: para elarſe ſobre reclinatorios de nieve, de q̄ abūdaba aquel paramo vecino à el Norte; y para

otras

otras penitencias, ſino han de llamarſe inhumanidades, que inventaba ſu ingenioſa, y mas fervoroſa induſtria.

Los breves ratos, que avia de ceder á algun ſueño, era con el tormento de tomarlo entre las ramas de algun arbol ſilveſtre, que era todo el abrigo que ofrecia aquel yermo. Su bebida era el agua que deſtilaba, ſi alguna deſtilaba, la nieve, ò los yelos derretidos â el calor de la voca. Aun mas dificil era la comida, pues no hallando en los arboles ojas, que tenia quemadas el yelo, avia de apelar à las rayzes, y defendiendoſe eſtas de ſus debiles fuerzas, ſi alguna vez, con un trabajo ſummo, conſeguia alguna, las tenia tan faltas de jugo la intemperie de el ſuelo, que le eran de fatiga à el maſticarlas, y de ningun ſuſtento à el cocerlas el calor natural.

Empezò á afligirla la hambre, ſin tener mas remedio humano, que bolver à el poblado, que aborrecia mas que la miſma muerte, y teniendo los ſenos tan anchos ſu paciencia, y ſu ſufrimiento, eſcogìa morir alli con Dios, antes que bolver à la afliccion mortal de reſtituirſe á el comercio, trato, ni vecindad de los hombres. Un dia, que ya deſmayaba à la dura neceſsidad de la hambre, alzò ſus manos, y ſus ojos â el Cielo, y repreſentando à el Señor ſus extremas anguſtias, le pidiò la miraſſe

con

con sus ojos de benefica misericordia. Oyóla aquel dulze Dios, que la avia prometido guardar para martyrios espontaneos su vida, y renovò un milagro no oìdo, sino es en su escogida Virgen Madre, Maria Santissima Señora nuestra. Mientras instaba en sus suplicas, sintiò peso extraordinario en sus secos, virginales pechos, y bolviendo, obligada de la novedad, y la inspiracion de el Cielo, hacia ellos sus castissimos ojos, viò que contra todo estylo, y reglas de la naturaleza, por sí mismos destilaban leche.

O Dios! Y que injurias os hacen, quanto os desacreditan nuestros viles, apocados corazones, que juzgan, que jamâs tendrán lo que no les ganàre la propria industria: en no sudãdo el negro mantenimiento los afanes de la propria, á vezes infamissima, diligencia, se persuaden à que les faltarà el precisso mantenimiento: y olvidandose, ô no sabiendo levantar confiados los ojos à vuestra rica, generosa, promptissima paternal Providencia, ò lo desespera, ô duda: *Si podrà en un desierto dar pan, ò preparar una mesa*, aunque sea para un entero, numerosissimo Pueblo. O, hombres! Sabe Dios mantener en los desiertos los Elìas, los Pablos, los Onofres, los Martinianos, las Rosalías Virgenes innocentes, las Marias Egypciacas, las Theodoras Penitentes. No ha men-

menguado su caudal; no se le ha empobrecido, ó dormido esta amante Providencia. La hemos visto en nuestros dias repetida en alguna, aun no tanta soledad, y en donde no faltaba totalmente el socorro de los hombres, ha multiplicado milagros para regalar à los suyos. Podrà ser, que no quiera desperdiciarlos, empleandolos en aquellos, que no quieren confiar en èl, ni conocen para su amparo otras manos que las de los hombres, sacando, ó exprimiendo de ellas à costa de la honestidad, y de el alma, ô las proprias, empleandolas en los robos, y en las rapiñas. Pudo Dios de infinitos modos socorrer à Christina, pues ni le faltaban Angeles, ni Prophetas, ni Cuervos, ni Ciervas, instrumentos ordinarios de sus milagrosos socorros; pero quiso socorrerla por un medio jamàs estrenado, ó para hacer en èl obstentacion de su poder, y su sabiduria; ó para predicar, que cada uno contribuya, y aplique para su mantenimiento, quanto (aun con milagro) puede dar de sì.

Agradeció con lagrymas de dulzura, y consuelo, el milagroso regalo, y providencia de su Criador, y usando de ella, no por uno, ò dos dias, sino por nueve semanas, se mantuvo en vigor, y fuerzas correspondientes à alimento de el Cielo. El Padre Francisco Garcia en el Libro, y lugar que le citè antes, contrae estas

estas semanas à siete; pero, ô fue equivocaciõ, ò desgracia de un tan grave, y tan exacto Escritor, encontrar con original, que tuviesse los numeros tan errados. Nueve semanas, afirma, que fueron el Venerable Padre Cantimprato, cuyo texto, como mas cierto, y mas averiguado, sigo. Se huviera, sin duda, el celestial favor continuado mas, si los parientes, y hermanas, ò enemigas de Christina, que se vieron sin ella, burladas su crueldad, y diligencias, no las huviessen hecho exquisitas para bolverla à hallar. Hizieronla buscar en este sitio por las señas de su destemple, soledad, y aspereza; y aviendola descubierto, y hallado, la bolvieron á las antecedentes, pero mas estrechas prisiones.

CAPITULO VI.

Buelve Dios à ponerla en libertad, y passa sin mojarse el Rio Mosa.

TRabajo es resistir à poder mas fuerte. Solo puede producir fatiga, pérdida de tiempo, y sudor; é incurrir (caso, que no se incurra mas) en la nota de temeridad. Los parientes, y hermanas de Christina se debieron de persuadir, que el salir la primera vez de sus estrechas prisiones avia sido obra

de su industria, y trabajo, no complacencia de el poder de Dios: conque aora se esmeraron en encadenarla mas, reducirla à brete mas duro, y ajustarle menos holgado el zepo. Todo esto fuera adular el gusto de la prisionera, si no huviera explicadose el Señor à queretla solo en las libres dulcisimas prisiones de su encendido amor, y que ella misma por su voluntad se las hiciesse para el alma mas dulzes, mientras para la carne mas penosas.

Apenas la dexaron presa, quando Dios la liberto, y le puso en el corazon, que en lugar de huir à el campo, como la vez primera avia hecho, se viniesse a la celebre Ciudad de Lieja, donde le preparaba nueva palestra à la invicta constancia de su espiritu. Entre las devociones mas tiernas, conque avia cultivado, y adelantado su santidad primera, santificado su vida desde el uso primero de la razon Christiana, avia sido la que en animos catholicos, religiosos, santos, es, y debe ser primera por todos respectos, y titulos; la frequente Comunion de el Cuerpo, y Sangre de el Cordero de Dios, vida, aliento, y esfuerzo de nuestras flacas almas.

Recibiale con quanta pureza, devocion, reverencia, podia con el favor, y assistencia de Dios, acaudalar su espiritu: sin que jamàs passasse el Domingo (comulgaba otros dias entre

tre semana) sin sustentarse de este espiritual, y sobresubstancial alimento. Sus primeras prisiones, su huida à el desierto, el tiempo que se detuvo en él, le avian retardado este consuelo, y unicas celestiales delicias de su limpissima alma: y quiso aora el Señor valerse de su misma hambre para darle un tormento, que quando con solos suspiros ardientes, con expresiones de tanta mayor energia, quanto de mas confusa explicacion, lo declaraban las ilustradas mentes de las Santas Catharina de Sena, Theresa, Maria Magdalena de Pazzis, mal confiara explicarlo mi habitual tibieza. Arrancarsele el alma, desfallecer, desmayarse el espiritu entre mas duras, por mas dulces congoxas, que aquellas, entre quienes suele desmayarse el cuerpo: son explicaciones triviales, que aun se dicen mejor, que se concibē.

De semejantes almas bien descarnadas, bien desasidas de todo impedimento, aun polvo terreno, que en cierto modo gozan ya algunos fueros de almas separadas, es la inclinacion à su Dios, á su Esposo Sacramentado, dissimulado, humillado, disfrazado por solo su amor, mucho mas vehemente, que en lo natural tiene cada elemento a su propria esphera, cada cosa á su centro. Se añade, que siendo el centro agente natural en el obrar, no tiene mas, ni menos de atraccion à sì, sino la

que le dâ la mayor, ò menor cercania de lo que à sí atrae: mas donde el centro es libre en el atraer, como lo es en el Sacramento de su amor, y poder, Jesu-Christo, y assi puede atraer mas, y menos, causar hambre mayor, ò menor, segun el conocimiento, y el deseo, que de sí mismo les dispensa à las almas; quien podrâ, no explicar, mas ni aun concebir, quanta es la violencia, que un alma bien expedita, fuertemente inclinada à èl, mas fuertemente atraida de su centro, padece, mientras no se le concede quietarse, y descansar en èl?

Este (concibase como mejor se pueda) era el estado, en que nuestra Christina entrò cerca de la noche en la Ciudad de Lieja. Què noche passó entre estas ansias, què tormento en su duracion, puesto en manos de Dios el torcedor conque oprimia su corazon paziente, su amantissima, y eterna alma, solo lo conoce el que sabe quanto quiso apretar. Llegada la deseada mañana se presentò con suplicas humildes á el Parrocho de San Christoval, y explicandole sus ansias, sus ardores summos, su sagrada impaciencia, le rogò, le quisiesse ministrar el Sacramento Santissimo. Oyóla con admiracion, y con piadosa lastima concediòle lo que le pedia, mas rogòle le aguardasse una hora, mientras se desembarazaba de un impedimento precisso. Eternidad le pareciò à Chris-

Christina, y á el estado de su ansioso deseo, la hora que se le pedia; conque no hallando en sì capazidad à conceder, ni admitir demora tan prolongada, despidiendose prompta, pero humildemente, acudiò á otro Sacerdote, ò mas benigno, ò menos embarazado, ó quizàs mas experimentado en las urgencias de tan amantes ansias; el qual no bien reconociò en el rostro, y ademanes lastimosos el oculto fuego en que oquella alma ardia, quando con summa cortesia, y agrado, le hizo llegarse à el Altar, y vistiendo con quanta ligereza pudo los sagrados ornamentos preciosos, satisfizo su amoroso deseo, dandole la Sagrada Comunion.

Iba ya â descansar Christina en el bien, en el regalo, y delicias de su alma, entregandose à la accion de gracias, en que solia dilatarse siempre su devocion ternissima, quando el Señor, que daba una respiracion por aliento para un nuevo trabajo, ó que queria recebir las gracias en el retiro de la soledad, acreditandola antes para con sus Ministros, con un nuevo portento; hizo, que la moviesse su Espiritu à salirse à el instante de la Iglesia. Viòla salir el Parrocho, que dexados apenas los ornamentos, se bolvia á el lugar en que le hallò antes, y estrañando su acceleracion, ó (lo que mas cierto es) movido de el mismo Espiritu, que la llevaba à ella, y queria hacerlo

tes-

testigo de sus maravillas, la siguiò aceleradamente, y encontrandose con el Parrocho, q̄ diximos, de S.Christoval, à quiē en pocas palabras, y essas dichas muy de passo, hizo sabidor de su animo, y de su admiracion, la fueron ambos siguiendo, sin poder alcanzar dos hombres a toda diligencia, à una Virgen, que flaca, macilenta, sin fuerzas por su inedia, y ayunos, los precedia.

Anduvieron muy gran trecho fuera de la Ciudad, y juzgaron logrado su trabajo, y que podrian conseguir sus deseos de hablarla, é informarse quien era, porque le cortaban el passo con su profunda, ancha, rapida corriente las aguas de el Rio Mosa. Pero (ò poder de Dios!) llegando Christina, y encomendandose à aquel Dios portentoso, que à su arbitrio la conducia, sintió las aguas debaxo de sus pies, tan solidas, como si fuessen de mazizo crystal: passó por ellas à pie enjuto el Rio, posseyendo en el largo rato que durò passarlo, un extatico pasmo à los dos Sacerdotes, que veian una tal maravilla. Hasta que viendola caminar indemne por la opuesta ribera, se bolvieron alabando à el Señor con corazones tiernos, y compungidos, ponderando el merecimiento de Christina, à quien no conocian, y haciendose en la Ciudad pregoneros, y abonados testigos de el milagro obrado aquel dia

en aquella prodigiosa muger. Ella en su libre soledad dió à su Dios las gracias por sus beneficios; y sintiendo que aquella Comunion tan ansiada azoraba su corazon, y animo à mas, y mas padecer en honra de su Señor, soltò todas las velas de su sufrimiento à el Divino Espiritu, que las hinchaba.

CAPITULO VII.

Es atormentada en el fuego.

DEsde aqui es menester, ni guardar cierto orden en los passos de Christina, ni reducir à numero las vezes, que experimentò, y practicò las penas, y tormentos que dirè: sino tener en la relacion de ellos el methodo mismo, que ella observó en la practica. Este fue executarlos siempre, que, ò se ofrecia la ocasion de ellos, ò la inspiraba Dios, ô conocia, que de alguna manera podian ayudar sus penas à el escarmiento, aviso, predicacion de los vivos, ó à el alivio, libertad, y consuelo de los difuntos. Como un hombre que perece de hambre, no pierde la ocasion de apagarla con qualquier alimento, que halla à la mano, ni dexa de buscarlo ansioso, mientras no lo halla. Como un hydropico procura siempre saciar la sed que le aflige, valiendose

no

no ſolo de el agua, ſino de todo quanto en la freſcura, ò humedad ſuple ſus vezes. Aſsi Chriſtina hambrienta de padecer, hydropica de atormentarſe, jamás deſcubriô ocaſion de afligirſe, martyrizarſe, á que no ſe abanzaſſe, y mientras no la hallaba de externa pena, ſe afligia con los deſeos de ella, y tomaba por entretenimiento de congoxas, y tormentos, las anſias de atormentarſe.

Como es en los poblados frequentiſsimo el uſo de encender hornos para cocer el pan; en viendolos bien encendidos, ſe entraba dentro de ellos, y aunque el fuego hacia en ſu cuerpo toda la vehemente impreſsion, que hiciera en qualquier otro cuerpo humano, de ſuerte, que la obligaba á dar horrendos clamores, deſconſolados gritos, mientras ſe iban aſſando ſus carnes, penetrandoſe de el fuego ſus hueſſos, derritiendoſe ſus medulas, ella permanecia firme, immoble padeciendo el martyrio, mientras algun ſuperior, ò la inſpiracion clara de Dios, no la hacia ſalir de èl, dilatandoſe unas vezes mas, otras menos la extenſion de ſu duracion. Salia denegrida, quemada, llena de ampollas de la cabeza à el pie, mas lo miſmo era ſalir de los hornos, que ni aun deſcubrirſe en ſu cuerpo raſtro, ò veſtigio de el fuego, como ſi nunca huvieſſe entrado en ellos: ſentirſe con tal vigor, y fortaleza in-

interior, que ſi á el cabo de breve rato hallaba preparado otro horno, entraba de la miſma manera, figuiendoſe los miſmos efectos aſsi de el padecer, como de no quedar ſeñas, ni indicios de ſu paſsion.

Lo miſmo executaba entrandoſe en las mas encendidas caleras, ô hornos ya de barro, ya de vidrio, en quienes la continuacion no interrumpida de el fuego tiene hechas aſquas las miſmas, que les ſirven de paredes. Era en eſtos ſu padecer ſumma, è indeciblemente mas intenſo, quanta mayor era la actividad de el fuego; permanecia de la miſma manera, y quando fuera milagro el durar un inſtante ſin ſufocarſe, y pocos ſin reducirſe à cenizas, ſalia deſpues de horas hecha una aſqua, penetradas las entrañas, y hueſſos de el fuego, con tal dolor, que no ay eſpecies para concebirlo; mas apenas ſalia, quando ſu cuerpo parece ſalia de un templado baño, á donde huvieſſe entrado à refrigerarſe.

Ya muchos por no verla padecer, pues no avia corazon que baſtaſſe à ſer teſtigo de tan grande horror, de tan compaſsiva laſtima, le eſtorvaban, quando la veian acercarſe à ellos, la entrada en los hornos, la deſviaban de ellos; pero de què ſervia? Juntaba entonces quanta leña podia, encendia una grande hoguera, y por mas que la naturaleza juſtamente ſe horrori-

rorizaſſe, intrepida ſe entraba en ella. Otras vezes, como compadeciendoſe de el reſto de ſu virginal cuerpo, encendido un grande fuego, entraba ſolos los brazos, ò las manos en èl, y por mas que ſe hizieſſen aſquas, y por ſolo continuado milagro, no ſe deshizieſſen tambien en cenizas, pactaba con ſu cuerpo, ſu animo, que por la univerſidad avia de ſuplir la duracion de aquel tormento. Y aſsi ſe eſtaba en eſte tan formidable ſuplicio multiplicadas horas, teniendo mas intenſo dolor à el fin, que aun à el miſmo principio: dando Dios tambien à los fuegos, en quienes ſe abraſaba Chriſtina calidades de fuego de Purgatorio, ò Infierno, que atormentan, y queman ſin deſtruir.

Las vezes que hallaba hirviendo algunos calderos de agua, la convidaban luego à entrarſe en ellos, como de hecho entraba, y aunque procuraba, que todo ſu cuerpo ſe bañaſſe en aquel martyrio, ſi por la incapazidad, ó pequeñez del vaſo, no podia conſeguir, que en él ſe cocieſſen todas ſus carnes, las que no podia ſumergir en el agua, las rociaba ſin ceſſar con ella, para que todas ſe abraſaſſen bien. No perdonaba à la tierna ſenſibilidad de los ojos, antes (como el fin era padecer) à donde mas ſentia, mas repetia lo que la atormentaba. Salia medio cocida, ò cocida de el todo, ſegun

ſe

se avia dilatado en el agua, hirviendo à la par con ella; pero luego que salia se hallaba totalmente illesa. Y como en los antiguos Martyres solia hazer Dios milagros para que no les dañassen, ni hiziessen en ellos impresion los fuegos, sino que en ellos permaneciessen frescos, como en regados Jardines; con Christina hazia su Magestad los milagros cada hora, no para que los tormentos no imprimiessen en ella toda su acerbidad, sino para que despues de sufridos, quedasse en aptitud de padecer mas.

Lo que mas explica la piedad infinita, y summa compassion de Dios con nosotros los pecadores, es aquella complacencia, y consuelo, que tiene en vernos padecer, y sufrir: o porque assi lo aplacamos de quanto lo irritamos antes con nuestras culpas, con nuestros pecados: ó porque padeciendo, con su gracia estamos menos expuestos à bolver â caer en ellos, ó porque mientras dura nuestra passion, dirigiendola a su honra, y gloria, vè en nosotros algun rastro de imitacion de su precioso Hijo, aquel Dios hombre, que sufrió de los hombres *tal contradiccion contra sí*. Viendo, pues, su Magestad, que con passiones pequeñas en sí, mas pequeñas en sus duraciones, por el valor que se digna de darles su misericordia, derivandolo en ellas de la union con las de su Hijo Santissimo, solemos ahorrar, ò un eterno

In-

Infierno, ò un durable Purgatorio, de quien ſon frias ſombras los fuegos, las llamas que quedan referidas de Chriſtina, ſe huelga, ſe regozija de que ſeamos prudentes, y *tengamos providencia à cerca de nueſtros Noviſsimos.*

CAPITULO VIII.

Es atormentada en el yelo.

PARA ſalir â el refrigerio eterno, y ſacar para èl otras muchas, muy amadas Eſpoſas de el Señor, no ſolo huvo de paſſar Chriſtina por lo ardiente de el fuego, ſino tambien por lo frio de el agua: verdad es, que jamàs tantas, tan eladas aguàs como entraron â atormentarla pudieron apagar, ni entibiar aquella charidad invencible, que en medio de las miſmas aguas eladas ardia; ni los rios enteros aun tan caudaloſos, como es el Moſa, la pudieron emperezar. Corre el Moſa muy vecino à el Norte, y aunque es grande el caudal de ſus aguas, mucha la rapidèz conque buſcan en el mar ſu centro, no obſtante en el Invierno las embarga, y las detiene el yelo; de ſuerte, que aunque en lo profundo corran, toda la ſuperficie queda immoble, hecha, mas que elado carambano, empedernido yelo. Pero eſpecialmente cerca de ſus orillas, en

algunos baxos remansos totalmente se cõgela.

Estos eran los baños de Christina, y aqui pagaba ella à costa de sus penas, las delicias que quizas se buscaron, y se gozaron en otros. Quando iban apuntando á elarse, se sumergia en ellos, y quedandose con ellos elada, sufria dos tormentos intolerables; uno, el frio, que penetrando sus entrañas, sus venas, extinguia en ellas el calor natural, elaba totalmente la sangre, cada una de las dos cosas bastante à perderse la vida: otro, la total falta de movimiento, que la hazia quedar hecha estatua de animado crystal: pero el milagro continuado hazia, que (contra la exigencia de estas naturales causas) quedasse la vitalidad bastante para padecer, y el movimiento bastante solo para obedecer prompta, quando á el cabo de estar seis, y ocho, y algunas vezes mas dias en esta estrechissima carcel, sin alimento, antes incapâz de tomarlo, la mandaba salir (avisado de el tormento, en que acaso la veia alguno) el Sacerdote, que cuydaba su alma.

En saliendo de el Rio, y de el yelo, despues de tan larga duracion en él, se hallaba restituìda a el natural calor, y vigor, como si bien sustentada saliesse de alguna regalada cama. Este martyrio, por estar casi lo mas de el año preparado, y prompto, y poder mas á su salvo tomarlo, sin que la observassen, lo usa-

uſaba frequentiſsimamente. Pues el Sacerdote ſabiendo, no ſolo por el informe que ella de sì le avia dado, ſino por los milagros en que veia authorizarſe cada inſtante ſus penas, ſer clara voluntad ſuya, no ſe atrevia a oponerſe â el eſpiriru de Dios, impidiendolas, ſolo tal vez las templaba por algun breve rato, en que pudieſſen reſpirar las fuerzas.

Otras muchas vezes, hallandoſe cerca de algunos molinos de harina, ó batanes de bayetas, ò paños, en donde el arte reduce â eſtrechas canales el agua, para que con ſu rapido peſo mueva impetuoſamente los rodeznos, ô aſpas; ſe arrojaba à las miſmas canales, y hallandoſe en un inſtante compelida ſobre las ruedas, que à la primer buelta ſuelen hazer menudos pedazos un cuerpo; ella por largo rato ſufria las heridas, los golpes de ſuyo baſtantes para deſmenuzarla, y el ſummo frio, que la penetraba. Hazianla gemir, y gritar los dolores intenſos, mientras, ò a la fuerza de repetidos golpes, ò à la ſummamente ligera repeticion de las bueltas, perdia totalmente el uſo de la voz para quexarſe, no el de el ſentimiento para padecer; y quando ya queria interrumpir aquel martyrio intenſiſsimo, deſlizandoſe con el agua, ſalia (como ſiempre) illeſa, y ſana totalmente â tierra.

Otras vezes, para diferenciar, no diſmi-

nuir

huir los tormentos, en lo mas rigoroſo de los inviernos, quando apenas pàra, ò ſe mueve con menos velozidad el agua en aquellas regiones, que ſe haze yelo; ſe paraba debaxo de la rueda de algun molino, que la fueſſe bañando con el agua, que de sì deſpedia, y como à el inſtante ſe quaxaba ſobre ella, ſe eſtaba dias, y noches enteras forrada en aquel grueſſo yelo, ô baſtiſsima coſtra de nieve, que no la moleſtaba menos con el penetrante frio, que con el immenſo peſo. Padecia indecible-mente, y quando menos duracion ſobre sì de la nieve, que á el caer detienen en ſus ojas, y ramas los arboles, baſta para ſecarlos, que-mandoles el corazon, que ſe alverga en lo baſ-to de ſus troncos, y las rayzes miſmas, que abriga, y ſepulta en sì la tierra; tan por entendidos, y ſentidos ſe dàn de la fuerza de el frio, que los deſtruye! En Chriſtina queda-ba ſolo el martyrio, el dolor, la pena atroziſ-ſima; pero en queriendo ſacudir el yelo, ſacudia todos los efectos de èl.

CAPI-

CAPITULO IX.

Atormentanla torculos, y horcas.

NO và tan anſioſo à las frutas, ó regalados manjares, que ſe le ponen delante el apetito de el mas deſreglado, ò de el mas hambriento goloſo, quanto iba (arraſtrando à la naturaleza, que â viſta de ſu horror repugnaba, ſe quexaba, y desfallecia) à qualeſquier eſpecies de tormentos, el ardiente, el fervoroſo, el invencible animo de Chriſtina. Uſabaſe antiguamente (no sé ſi aun dura el tal uſo) para atormentar los Pyratas un inſtrumento, que por la ſemejanza con el torculo, que noſotros uſamos para eſtampar las laminas, le doy eſſe nombre, aunque èl ſolo ſe llamaba el tormento *de la Rueda*,

Era un tronco forrado en hierro, que ſervia como de yunque, con hendeduras a la hechura de muelas, ó deſiguales dientes de hierro, ſobre el qual à poca mas diſtancia de un dedo, ſe bolteaba en fuerza de dos aſpas, cada una en ſu punta, ò extremo; otro ſolido tronco, que forrado tambien en hierro con dientes, y molares encontrados, ſe ſugetaban ambos en dos bigas derechas; y aplicando las manos de el delinquente, con ſolo boltear el ſuperior

perior tronco, asía, y se llevaba tras sì las manos, y los brazos para adelante, que estrechados en aquella tan pequeña distancia, no solo los descarnaban, sino hazian pequeños pedazos los huessos, pegando en manos, y brazos la impiedad, è inhumano delito, que cometieron brazos, y manos. Los mas, sufocados de el intenso dolor, morian luego à la primera buelta, y si alguno quedaba de ella vivo, repitiendo la diligencia misma en los pies, piernas, y muslos, moria sin duda.

A este cruel instrumento, que para que infundiesse miedo, y horror estaba siempre expuesto en sitio publico, se venia Christina, y metiendo en èl un brazo, con el otro bolteaba el aspa, obligandola à llorar, y dar desconsolados gritos la dureza de aquella aflicion, en que descarnado el brazo, rotas venas, y arterias, quebrados, y molidos los huessos lentamente; porque el dolor hazia, que el otro brazo no hiziesse con ligereza aun lo poco, que alcanzaban sus debiles fuerzas, era un conjunto de dolores tan acres, que aun à hombres robustos los sufocaba. Pero ella sacando el primer brazo, que sacado lo hallaba sano, y entero, sin rastro leve de su carnificina, mas que la sangre que dexaba vertida sobre el suelo, y la yunque, entraba luego el otro à el mismo martyrio; y si la honestidad

puriſsima ſuya le impedia executar lo miſmo en los pies, y las piernas, lo omitia quando avia teſtigos; quando no, lo executaba à ſolas muy repetidas vezes.

Veia en muchas ocaſiones llevar por ſus maldades à otros delinquentes, y ladrones à las horcas, y no ſe contentaba con pagarles el tributo de humanidad, y de compaſsion que ſuelen pagarles, quantos ven en tal trance à los infelizes, ſino que en viendolos, luego les daba en ſu corazon palabra de hazerles compañia en el patibulo. Quando ya executado el ſuplicio, ſe eſparcia el pueblo, y quedaban los ahorcados ſolos, buſcaba ella algun cordel, ò ſoga, y ſubiendo intrepida por la eſcalera, verdugo (como ſiempre) de sì miſma, afianzaba en la viga, que atraveſaba el extremo de el lazo ya pueſto en ſu innocente cuello, y dexandoſe por sí miſma caer de la eſcalera, pendia ahorcada entre ellos. Como no avia fuerza, ó peſo eſtraño, que la acabaſſe de ahogar; ni queria Dios ſu muerte, ſino ſolo ſu tormento, ſufria las congoxas de irſe ahogando con ſolo el peſo de ſu flaco cuerpo, y en ellas el conſuelo, è inefable ternura, que deleytaba ſu corazon era, verſe en la imitacion de ſu Redemptor, que ſiendo la innocencia miſma, pendio entre mal-hechores, y ladrones. Y no obſtante que, por eſte reſpecto,

ſe

se reputaba indigna de aquellas penas; solia durar en ellas el espacio de una noche, ò un dia, tal vez dos, hasta que alguno que passaba la veia con señas, y ademanes de viva, y conociendola, luego acudia à descolgarla; y si no, quando ella juzgaba que bastaba de tormento, y afrenta, cogiendo por sí misma algun vuelo, cobraba la escalera, y baxaba sin rastro minimo de el tormento, sufrido en el virginal cuello.

Siempre que descubria oportunidad de entrarse en algun sepulchro, ó bobeda de difuntos, el mas hediondo, el mas horroroso, era el que servia mejor à su intencion, y proposito; se entraba en èl, y soltando las riendas à un tristissimo, y amargo llanto, lamentaba el olvido que de aquel precisso, y ultimo paradero reynaba, y de ordinario reyna en los corazones humanos, en los pensamientos, y mẽtes de los hombres enagenados en todo lo aparente, y caduco. Lloraba las ptofanidades, conque caminan à aquellas mortajas; las delicias, los deleytes, conque preparan pasto à aquellos gusanos; las lascivas ternuras, conque olvidan aquel duro, y durable colchon de podredumbre, y tierra; las sobervias, loquissimas vanidades, conque vàn no solo à abrazarse, sino à meterse debaxo de el hediondo, y humilde polvo. Y por fin, que los pecados,

el desprecio de la razon, de la ley, y el legislador, que en hinchados, y mal habituados corazones causa el olvido de la sepultura, les hiziesse à muchissimos aun de los Christianos, sepultura eterna el Infierno. Quien dará â mi cabeza agua bastante, y a mis ojos fuentes de lagrymas? Mas de que servirán? Prosigamos.

CAPITULO X.

Es (incitandolos ella misma) acosada de Perros entre abrojos, y espinas.

TAmbien tiene la penitencia sus Epicúros, sus Sardanapalos, sus Heliogabalos, y sus Heracleas; pero tienelos con mas honra, y provecho. Solian estos afrentosos Monstruos, ignominias de el genero humano, mas que individuos de èl, agotadas yá las comunes delícias, aunque muy viles, sucias, y vergonzosas, â que tenian en dias, y noches dedicada su brutal vida, desvelarse en pensar como augmentarlas, porque por mas que de ellas engullian, nunca se hallaban (ni podian) hartos. Vengò de ellos á la naturaleza racional Christina, pensando siempre como martyrizarse, como afligirse, como atormentarse, como agotar los Calizes de las penas, y bebidos ya los comunes, discurria continuamen-

mente, como inventarle nuevas golosinas à el paladar insaciable de su admirable, e inaudita paziencia. Ojala, como aquellos multiplican (aun entre los que creen, y adoran por su Dios, como lo es, un Christo Cruzificado) imitadores, sequazes, sectarios, que conserven, y aun adelanten su brutal doctrina, y escuela; tuviera tambien los suyos (templados à la virtuosa, obediente, christiana prudencia, y à la divina inspiracion) Christina!

Levantabase (de el suelo, su ordinaria cama) muchas vezes à la media noche, y añadiendose en brazos, piernas, cabeza, y resto de todo el cuerpo, ò piedras oprimidas con algunos andraxos, ò pedazos de palo, ò trapos, que repartidos à desiguales trechos, desmintiessen la figura humana, salia (haziendo dos de los brazos) en quatro pies por las calles, y plazas de San Trudon, y yendo en aquella figura de no conocida fiera, recogiendo tras sì los perros, è irritandolos para que sus ladridos convocassen à otros; ya que avia juntado buen numero, les daba una ligera escaramuza conque los azoraba, y fingiendo ceder à el numero, dissimulaba, que huía, empeñandolos en seguirla, y si bien iba ya bien mordida, en viendolos muy empeñados, corria delante de ellos con una velozidad summa (de la qual darè razon en el siguiente Capitulo) y por abrojos,

jos, eſpinas, y piedras, en que iba dexando derramada la ſangre, laſtimando, y rompiendo las carnes, y muchas vezes los hueſſos, ſe iba deteniendo á ratos, para darles lugar à que llegaſſen, y fixaſſen en ella ſus irritados dientes, la arraſtraſſen, eſtropeaſſen, ſin dexar en ſu cuerpo lugar libre de bocados, que tal vez arrancaban; y bolviendo à coger carrera, dilataba el prolixo martyrio, haſta que ya canſados los miſmos perros, iban deſamparando el empeño, y deſiſtian de ſeguir la preſſa.

Ya que no avia quien la perſiguieſſe, ſe levantaba, y bolvia á ſu forma, ſin que, ni ſeñal leve de mordedura quedaſſe impreſſa en ſu virgineo cuerpo. En tomando una corta reſpiracion, ſe bolvia à aquellos ſitios, en quienes, quando iba corriendo avia hallado zarzas, cãbrones, ù otras eſpecies de eſpinas; y con la licencia, y permiſſo, que le daba la noche en ſus tinieblas, depueſto totalmente el ſaco, que era todo ſu veſtido, ſe revolcaba en ellas. En fatigandola la agitacion, y movimiento de el cuerpo, de las miſmas eſpinoſas varas hazia manojos, conque ſe azotaba, ſe araba, y ſe rallaba toda, diademas conque ſe coronaba: haſta que la falta de ſangre (derramada ya toda) le cauſaba deſmayos, agonias, congojas, que parecian ultimas. Mas què? En dexando de herirſe, y bolviendo á cobrar ſu veſtido, con

èl se restituía à un vigor tan perfecto, que queriendo bolver a padecer aquellas agonias, y congojas, que en su atrozidad la engolosinaban, con alguna espina, como con lanzeta se abria las venas, y dexaba salir la sangre, apenas recuperada, hasta incurrir en ellas de nuevo, y en los mismos desmayos que antes.

Repetia este genero de martyrio mas vezes, que algunos otros de los sobredichos, porque en este mas que en otro, por la hora, y por el lugar le faltaban totalmente testigos. Si bien se succedian todos, y se alternaban de suerte, que solia en el espacio de un dia natural, practicarlos todos. Porque, excepto un cortisimo espacio, que concedia á el sueño, el brevisimo, en que (quando lo usaba) tomaba algun alimento, que ni uno, ni otro vacaba, como he dicho, y dirè, de tormentos; no avia medio en Christina; ó estaba en la oracion, ò en la passion; ò tenia las manos levantadas à el Cielo, ó empleadas en atormentarse. Ay de aquellos, que mano sobre mano, despues de tenerlas biẽ bañadas de sangre de pecados, de malas obras, las conservan sin movimiento, conque ofrecer à Dios frutos dignos, de penitencia! Què Juycio tan horrendo les espera à vista, y en el cotejo con las de mi Santisima Patrona Christina!

CA-

CAPITULO XI.

Rara agilidad, ſubtileza, y levedad de ſu virginal Cuerpo.

A Eſtos milagroſos ſuceſſos, de ſus varios, y horroroſos tormentos interponia la amable, y dulze providencia de Dios, algunos, que fueron tambien milagroſos conſuelos, y tanto mas milagroſos, quanto ni en ellos miſmos, mientras refrigeraban, dexaba de entretexerſe, y mezclarſe algo que la afligieſſe, ſi bien era tan alto, y abundante el gozo, que convertia, mientras èl duraba, la afliccion miſma en gloria, por lo menos, en quanto eſtorvaba percebir el dolor en la paziente, y en los que la veian, y admiraban, cauſaba, para gloria de Dios, edificacion, gozo, y paſmo.

El unico refrigerio, que tenia eſta admirable alma, era el tiempo, que en algun retiro, é interrupcion de tormentos, ſe entregaba à la contemplacion, y mentales abrazos de ſu dueño Dios, en que entrandola ſu Mageſtad á el centro de ſu corazon, y abraſandoìa en aquel horno de vivifico, pero infinito fuego de ſu amor, para con noſotros ingratiſsimos hombres, la hazia ver, que todos ſus fervores, aunque tan ſuperiores á ſu terrena, humana natu-

rale-

raleza, eran yelos, y se quedaban infinitamente inferiores, cotejados con los que ardian, y podia conocer ella en su Divino pecho: que viera, si alcanzâra tambien lo infinito, que de él no conocia? Bendito sea Dios tan amante. Amen.

Para que se pudiesse mas quieta, mas intensa, mas dulzemente refrigerar en estos breves ratos, la avia su Magestad dado algunos, como gajes de Bienaventurada. Avia dotado su virginal cuerpo, desde la hora misma de su resurreccion à nueva mortal vida (como se tocó ya, Cap. 2.) de tal agilidad, con tanta levedad, que parecia puro, y descarnado Espiritu. Viniendole, ò deseo, ò interior mocion de darse à el exercicio de la contemplacion algun rato, si le cogia en campo, ò soledad, se subia con summa facilidad à los arboles, y sobre sus mas altos pimpollos, ó sobre menudissimas ramas, que apenas sustentaran una pequeña Ave, hazia tan seguro, y firme Oratorio, que no hechaba menos toda la solidèz, que sustenta sobre sí los montes. Si en la Ciudad, ò poblado: subia con la misma facilidad à las mas altas cornisas, ò cupulas de los Templos, à las mismas veletas de las mas altas torres, y alli abstraida, por lo mas ordinario, fuera de los sentidos, se mantenia quieto, seguro su cuerpo, mientras lograba sus delicias el alma.

Su-

Sucediale muchas vezes en eſtos miſmos lugares, y en eſtos exceſſos de ſu eſpiritu, y mente una ſingular maravilla. Mientras ſe iba ſu feliz alma dulzemente engolfando en el pielago immenſo de la Divinidad, dexandeſe deſtituido de el exercicio, y uſo de ſentidos el cuerpo, para que eſte por aquel breve eſpacio totalmente no careciesſe de algun genero de tormento, ò à lo menos preparacion para él; con aquella maravilloſa colocacion de partes integrales; con que ſe diſcurre eſtà alvergado el feto en el eſtrecho ſeno materno; con la que vemos un pollo, ya formado, y ya para ſalir de èl, reducido à la hoquedad de un huebo, ſe iba reduciendo ſu cuerpo â la figura de un pequeño globo, haſta quedar perfectamente eſpherico. Ya ſe dexa entender el dolor, que (ſi no entonces, por no hallarſe en eſtado, ni capazidad de ſentir) reſultaría deſpues, nacido de tan raro deſcoyuntamiento, en que duraba todo aquel eſpacio, que Dios diſpenſaba à ſu rapto, y dulziſsimo enagenamiento.

Quando ſe iba reſtituyendo de èl, ſe iba tambien poco á poco deshaziendo aquel maravilloſo ovillo, y cobrando ſus debidos lugares, aſsientos, y extenſiones los miembros, que poco antes avian formado un racional (nunca mas racional) Herizo. Ni era meneſter para eſtas maravillas la preciſsion de orar; huyendo

do, por algunos ratos, la intolerable molestia, que le era tocar la tierra, percebir de cerca el olor de los que habitaban sobre ella, ò volaba à los arboles, ò à los chapiteles, ò â lo menos se mantenia parada sobre las agudas puntas de los palos que forman las estacadas, donde para no hazer su refrigerio, aunque corto, su pequeño parenthesis de los martyrios, esteril de algun grande merecimiento, se aplicaba, como pudiera en un muy quieto choro, en un apazible estrado, à cantar con summa atenciõ, reverencia, y devocion los Psalmos.

Estos eran sus passatiempos, como de quien sabìa por vista de ojos, por inchoada experiencia, como son las eternidades, que no passan, sino siempre duran: y qué penas corresponden á los que passan, ò pierden mal, ò inutilmente el tiempo, que es la semilla de la eternidad, y qualquiera *cogerà* entonces *lo que aora sembrare*! Estos juegos, estas visitas, estas conversaciones, y entretenimientos eran los que divertian sus dias, sus mañanas, sus tardes, sus noches: pobres de aquellos, q̃ las desperdician en otros entretenimientos.

CAPI-

CAPITULO XII.

Quebrandole una pierna, la aprisionan; despreciando las medicinas, la sana el Señor, y la libra.

AVian por algun tiempo los parientes, y hermanas de Christina observado, sin perturbacion lo inaudito, y extraordinario de sus sobredichos portentos, porque en todo esse tiempo no avian inquietado à sus corazones los locos, y desatinados conceptos, rumores, y opiniones de el vulgo. Qué infame, què varia, què inconstante es la servidumbre, que à el *què diràn*, professa la mundana prudencia! Aora fluctuando el Pueblo en la estrañeza de vuelos, lugares para la oracion, porte externo, y de todos visible en el exercicio de ella, que acabamos de decir; bolvieron à aprehender, que eran maquinas de el Demonio, escandalos de el País; y que debian aquellos, á quien tocaba mas immediatamente, poner prompto remedio à el espanto, y perturbacion comun.

Los parientes, y las hermanas se avergonzaban tanto de oìr, y que les inculcassen semejantes especies, que contra su concepto, y ex-

experiencia misma, resolvieron hurtar à Christina de el publico registro, y murmuracion con qualquier diligencia, y costa. Conduxeron para este fin â un hombre, no menos barbaro, que robusto, ni menos Onza en la velozidad, que en la inhumanidad, y fiereza; el qual, por el precio que pactaron con èl, la siguiesse, prendiesse, y aherrojasse. No avia de ser solo su verdugo Christina, ni parece que le gustan à Dios tanto los tormentos, que se eligen, quanto los que se sufren, pues à el que *joven* en el merecer, lo dexa, *que se ciña à sì mismo, y se regle por su voluntad; ya adelantado, y perfecto*, quiere, *que otro lo ciña, y maneje contra su eleccion, y gusto.*

Tratò el inhumano hombre de executar lo pactado, y observando á Christina un dia, en que la viò salir de San Trudòn á sus vecinas selvas, se apresurò à seguirla; y huyende con su milagrosa celeridad ella, y burlando las artes, y manos, que se estendian á asirla para aprisionarla, fatigó las diligencias, y conatos de su perseguidor; hasta que este, arrojando de su corazon todo sentimiento compassivo, y humano, y de sus manos una muy pesada, y fornida clava de hierro, conque alcanzò à la Virgen, la detuvo, quebrandole con el golpe una pierna. Assi pudo prenderla, aprisionarla, y entregarla cautiva à sus hermanas. No era tan-

tanta la paſsion de eſtas, que quiſieſſen de eſta vez matarla; antes dando lugar à la compaſsion de lo que, por ſu cauſa padecia, la embiaron ſobre un carro à Lieja, donde pudieſſe remediarla, y curarla alguno de ſus Cirujanos.

Vino á aſsiſtirla uno, que conociendola; y teniendo experimentados los violentos vuelos de ſu eſpiritu, á coſta de el abandono de ſu naturaleza, ſu ſalud, ſu cuerpo; quiſo (para que ſu cura no ſe deſacreditaſſe) aſſegurar à ſu ſatisfaccion la perſona. Hizola, pues, encerrar en una ſala, que eſtaba vecina á un bien murado huerto, y alli, aun no aſſegurandoſe de ſus fuertes, y bien altas paredes, la mantuvo ſugeta con las miſmas priſiones, conque avia venido â ſus manos. Què junta de dolores, quebrãtos, y ſufrimientos, eſta, para otro corazon que el de Chriſtina! Hizo, pues, la primera, cruel curacion de la quebrada pierna, y dexandola ſobre bien preſa, bien oprimida con fomentos, y faxas, la permitiò reſpirar à ſus ſolas.

No avia bien el muy prevenido, y algo mas que prudente Cirujano buelto las eſpaldas, y cerrado las puertas; quando juzgando coſa indigna, Chiſtina, hazer mas caſo de un quebrado hueſſo, que el que hazia de todos, ô quemados de el fuego, ò hechos piedras en fuerza de el yelo, ni uſar de otro Medico aora, que de el Omnipotente, que la ſanaba ſiempre:

pre: movida de su Magestad, y puesta su confianza toda en su unica salud Christo, fue quitando, y arrojando quantos medicamentos, y reparos le avian dexado aplicados. Y sintiendo azorarse su corazon, y espiritu de nuevas, y copiosas avenidas de el purissimo de Dios, que la vivificaba, la encendia, la arrebataba, rompió todas las prisiones, que con tanta violencia la oprimian, se puso de repente en pie, perfectamente sana; empezò á passear sala, y huerto, bosandole de el corazon la celestial alegria, en que rendia llena de ternura las gracias, por los nuevos beneficios á su amable Libertador, y Conservador Jesus. Enseñandonos á no querer mas, ni menos salud; mas, ni menos enfermedad, que la que nos viniere de sus manos para su gloria, y honra; y provecho (que las mas vezes no alcanzamos à conecer) de nuestras miserables almas.

Este, no obstante, como otros exemplos de esta admirable Virgen, debe servirnos para la admiracion, para glorificar á Dios en su Santa, y en las maravillosas finezas obradas con ella: Mas ni debe, ni puede servirnos para la imitacion, pues quien sin una cierta inspiracion, ô mocion de el Espiritu Santo (como lo hizo Santa Christina) hiziera lo que ella hizo, pecaria gravemente, con pecado de presumpcion, y tentacion de Dios, que gusta, y quie-

re,

re, que aplicando nosotros los medios naturales ordinarios, esperèmos de su Providencia el efecto, que quisiere darles: pues hora tengan ellos conducencia, hora no la tengan con nuestra salud; ni le estorvan, ni le ayudan para obrar en nosotros, como Dueño amoroso, lo que vé, que mas nos conviene. El sabrâ suspender (si vè, que nos conviene entonces la enfermedad) su natural virtud para sanarnos; èl sabra darsela, quando no la tengan, si vè que nos conviene la salud. El efecto le toca à Dios, como à Padre infinitamente Sabio; à nosotros humillarnos en el uso de nuestra prudencia, confessandola por humana, y ciega; y cometiendola con una ciega, cierta, y filial confianza à la disposicion de *el que vè.*

Quedò libre Christina de la enfermedad, y de las prisiones que oprimian su cuerpo solo, no quedô libre de los muros de el huerto, que en aquel encierro oprimian su espiritu. Y como Dios la queria totalmente libre para pregonera de sus maravillas, le ponia en el corazon alientos, y ansias de total libertad, para sacrificarsela â el mismo Dios en las obras, y acciones de su obsequio, y comun provecho, y edificacion. Tomò, pues, primero una piedra, que con gran trabajo pudo arrancar de el suelo, y empezô, como con un Ariete vibrado del aliento de su brazo, à batir el muro, hasta que con

con efecto consiguiò hazerle un agujerò, ò pequeña brecha. Mas el Señor, que veia su congoxa en la lentitud, conque avia de abrirla, y el humilde aliento, conque se valia de toda la esphera, que alcanzaban sus fuerzas, quiso, como es su practica ordinaria (ojala la conociéramos) *hazer todo lo que ella no podia, en favor de la que hazia todo lo que podia*, è inspirandole nuevos alientos à su corazon, nueva agilidad à su cuerpo, hizo que, levantandolo su espiritu, volasse por el ayre, y saliesse como ligera Ave, candida, è innocente Paloma, de aquella jaula, que la tenia presa.

Con quanta mas piedad, y misericordia se aplicarâ á darnos su gracia especial, sus auxilios, que vé, que no pueden alcanzar nuestras fuerzas, y sin los quales no podemos salir; si nos viere desear, y poner con su misma gracia, que antes nos dà, algun conato, para salir de la infame, y horrorosa carcel de nuestros pecados, nuestros habitos malos, de los grillos vilisimos de el Demonio, que mal engañados de nuestras pasiones, de nuestros apetitos, nos hemos puesto con nuestras proprias manos, despues que èl por librarnos de ellos, dexó con indecible charidad, que clavassen las suyas en una Cruz? O, hombres embelesados en las fantasmas que burlan vuestra razon, que juegan con vuestros sentidos; dexad algunos ra-

ros de penſar en aquello, que ciertamente os pierde; y penſad en lo que os puede ciertamente ſervir, y aprovechar.

CAPITULO XIII.

Un milagro jamàs oìdo, dà fin à ſus perſecuciones.

HAllaronſe los parientes, y hermanas de Chriſtina, y halloſe el Medico, que por aſſegurarla, tan cruelmente, preſa la avian dexado, burlados ſus deſignios, trazas, diligencias (que ningunas humanas pueden prevalecer, ni reſiſtir jamàs à las diſpoſiciones divinas) ſin la priſionera, ya libre, y ſin la enferma, ya ſana, quando bolvieron à repetir la cura, y obrando aquel portento (como ſuelen, ſegun las diſpoſiciones de los que los obſervā) diverſos, y aun contrarios efectos, admirò, y compungiò à el Medico, que lo conſideraba deſapaſsionado; è irritò á los parientes, que en lo miſmo que debian con humildad reconocerſe dichoſos, honrados, eſpecialmente favorecidos de Dios, ſe juzgaban, ſegun las politicas, y conceptos de el mundo, confuſos, y avergonzados. No deſiſtieron de ſu pretenſion, antes quiſieron conquiſtar el Cielo con montes de nuevas maquinas. Si avian conſerva-

vado antes alguna leve centella de charidad en sus pechos, de esta vez la apagaron totalmente; y es, que aguardaba Dios á este despecho, para hazer mayor alarde de piedad, y misericordia en ellos, y con ellos, convirtiendolos assi por su bondad infinita, y por los meritos de su paziente, y purissima Virgen Christina.

Dexaronla, quando la vieron bolver à su andar ordinario, descuydar algun poco, con fingidas señas de una mansa paz; y quando juzgaron ocasion oportuna de acabar de una vez con su vida, y con la propria confusion, y verguenza, echandole de nuevo las manos, mas violentas, y pesadas, que nunca, la prendieron, y ligaron â un palo, estrechandola con él fuertemente con multiplicadas prisiones, ataduras, lazos: y queriendo durar poco en el susto de que se les bolviesse à escapar, cercaron por hambre su innocente vida, pues solo dispensaban à su sustento un duro mendrugo de pan, que avian de arroiar à algun perro, y un escaso trago (no de cerbeza, que era la bebida comun de aquella tierra) sino de fria agua.

Fue durissima esta nueva Cruz para la Santa Virgen, juntandosele en ella tormentos, que cada uno exercitara bien, aun la paziencia mas adelantada. Su cuerpo virginal, en todos los miembros, que ludian, y pegaban con el duro

palo, empezô primero à llagarſe, deſpues à empodrecerſe, con los dolores, que le correſponden à la corrupcion de la viva, y ſenſible carne, que en un cuerpo tan extenuado eſtaba bien pegada, y vecina á los hueſſos. Con la fatiga, y pena de dolores tan grandes, ni podia reclinar, ni aun ladear el cuerpo, conque tener ſiquiera aquel alivio, que nace de la novedad, ò diverſidad de la pena; y quando, aun bien ſazonadas ſubſtancias no podria paſſar, para alimentarſe: no tenia otro ſuſtento que aquel pan negro, y duro, à quien ſolo pudieran enternecer ſus lagrymas, ſi Dios (que ſe deleytaba en ſus tolerancias, en ſus ſufrimientos) le permitiera el conſuelo, ó deſahogo de derramarlas.

Eſte junto de penas ofrecia à Dios, mientras que no podia arder en los hornos, elarſe en las valſas, deſcoyuntarſe en las ruedas, ni curſar otras claſſes de tormentos, y paſſaba à ſolas ſus martyrios, con Dios, ofreciendoſelos en el ara de ſu charitativo, ardiente, fervoroſo corazon. Pero ſu Mageſtad, que miraba en tanto padecer, tanta reſignacion; tal charidad con ſus perſeguidores; tanto guſto en ſervir à ſu gloria, tanta dulzura en amarla; quiſo hazer obſtentacion de ſu immenſo poder, y ſabiduria de ſu inefable amor, y miſericordia en un portento, nunca oído antes, ni deſpues (en

lo

lo que alcanza, bien que alcanza muy poco mi noticia) jamâs repetido. Le avia prevenido, como ya vimos en el Cap. 5. en sus pechos virginales, milagrosa botica para sus urgentisimas necesidades, y como la sustento entonces con sobrenatural leche, que ellos en abundancia le rindieron; aora hizo; que destilassen un licor celestial, parecido a el azeyte, que le era juntamente medicina, y sustento; pues con sola su uncion sanò de las llagas, y mojandolo en él podia comer con summo deleyte su pan.

O, Dios de las misericordias! O, Dios de las piedades! O, Dios de los amores! Quien no te ama? Quien no gusta de vivir sirviendote, ya que no por ser quien eres, que es un *por què* inefable; por lo que eres para los que esperan, confian, y se cuelgan de tu providencia? Te era facil, pues eres dueño de ellos, inclinar a piedad los corazones; te era facil hazerles conocer vivamente, quanta ofensa te hazian con sus crueldades: pero entre vencer pechos por pasion obstinados, ò hazer thesoros de remedios no oìdos, y eficazes, a los pechos santos; en estos no avia, y en aquellos sì, alvedrio, que grossero, contumáz te resistiesse. Bendigante, Señor, tus obras, que son solas las que pueden dar bastante testimonio de tí.

Penetrò este manifiesto milagro los corazones, y almas de los que la tenian aprisionada,

da, y dandoſe à conocer en èl tan manifieſtamente la virtud divina, huvo de ceder, y rendirſe la reveldia humana. Empezaron á mirarla con compaſsion, y laſtima, ya nacida de veneracion, y aprecio de ſu ſantidad; y viendoſe authores de tan gran martyrio, procuraron borrar con lagrymas de un intimo arrepentimientimiento las impreſsiones de ſu inhumanidad, á que las avian antes eſtimulado los humanos reſpectos. Deſprendieron de el palo á Chriſtina, y poſtrados â ſus pies hizieron à ſu humillacion, à ſu ſentimiento, y lagrymas, abogados para ſu perdon. Còmo lo negatia aquella, que tenia mas lleno ſu corazon, y entrañas de ardiente, y ſinceriſsima charidad, que ſu cuerpo de martyrios, y miraba â ſus perſeguidores, como à favorables agentes de ſus unicos, charitativos, ſobrenaturales deſignios? Abrazó tiernamente à ſus hermanas, agradeciò à ſus parientes la ocaſion, que le avian dado de experimentar las dulzuras de ſu amable Criador; y ſolo les rogô con humildad, que pues tocaban, y experimentaban, que eran ſus acciones expreſſos beneplacitos de Dios, no quiſieſſen oponerſe á ellos; ſino que la dexaſſen cumplir, y obedecer ſu ſanta voluntad en las practicas de ſu deſtinacion. Aſsi lo prometieron, y aſsi lo hizieron: conque quedó Chriſtina mas expedita, y libre pa-

ra oír en las execuciones las mociones interiores de Dios.

CAPITULO XIV.

Templa Dios algun tanto, en Christina, los rigores externos de su padecer.

MUcha pareciò à el fervoroso espiritu de Christina aquella intermission, que con otro padecer tan prolixo, avia dado à los ordinarios, en que solia martyrizar su cuerpo, y deleytar su alma. Bolvió à alternar los que ya quedan dichos, y otros, que en cada hora discurria su ingeniosa crueldad con sigo misma; ò le iba supeditando la amorosa, infinitamente sabia inspiracion de Dios, sin alzar jamas la mano de ayudar con sus sufragios las Almas de los difuntos, y procurar despertar, è instruir con sus exemplos, las de aquellos, que la observaban vivos. Quantas Almas sacò cada dia de las llamas de el Purgatorio! Quantos viendo à la Santa Virgen tan estrañamente austèra, tan rigida, tan penitente, mejoraron sus pensamientos, y trataron de reducir sus vidas, sus acciones, y costumbres à las sendas de la piedad!

Avia llevado la fama la estrañeza de su vida, y obras, à Paises estrangeros, à Regiones muy

muy remotas; y movida en unos la humana, è insaciable curiosidad de ver lo inaudito hasta entonces; en otros, excitado el deseo, que ponia en ellos quien la movia à ella, de experimentar, si acaso hazia en sus costumbres mudanza, la que oian, que para tantos era ocasion, ò principio de los buenos caminos, por donde, ayudados de Dios, iban á su salvacion; venian todos sin perdonar peligros, ni cansancios de los caminos, à vèr aquel milagroso peregrino expectaculo, que era admirable para los mismos Angeles, y llegados à lograr su deseo, confessaban, no aver sido tan parlera la fama, que les huviesse dicho quanto veian. Mas como siempre son varios los jùicios, y opiniones de los hombres, y los moldes de el concebir en ellos, tan diversos como los rostros, renovandose en ella las expresiones, que en el Maestro de el mundo, Jesu-Christo nuestro Señor, unos decian: *Todo lo hizo bien*: otros: *Aqui anda el Demonio.*

Los hombres, y mugeres Religiosas, que habitaban en San Trudòn, ya estaban con la larga experiencia, y evidencia de milagros, y efectos sobrenaturales, satisfechos enterisimamente, de que era el Espiritu de Dios, quiẽ viviendo eu ella, y animando à Christina, dirigia sus operaciones. No obstante, rezelandose (y bien) de que la extravagancia de su mo-

modo de obrar, aunque santo, ò fuesse desaliento para los pusilanimes; ô para los atrevidos, y que vèn solo con ojos de carne, ocasiõ de calumniar (interpretandolas, ò entendiendolas mal) las obras grandiosas de Dios, y admirables entretenimiẽtos de su sabia Omnipotencia; le rogaban à su Magestad se sirviesse, siendo igual gloria suya, de moderar en Christina sus portentos, y maravillas, reduciendolas à los modos usados, y comunes entte los Santos, de practicar las heroycas virtudes; pues estaba en sus Divinas manos elevar los actos internos, y afectos de su amada Sierva; de suerte, que pesassen en sus balanzas tanto, para satisfaccion por sus Esposas las Almas detenidas en el Purgatorio, y para conseguirles à los pecadores los auxilios de su misericordia, con los quales mejorassen sus vidas, quanto pesaban los externos martyrios, conque diligenciaba uno, y otro; y podia tambien darle tal acceptacion, y lugar en los corazones de todos, que qualesquier exemplos, y virtudes suyas hiziessen con menos estrepito, igual bateria, y consiguiessen aun mayor victoria. Finalmente, que sin soltar de sus Divinas piadosissimas manos su escogido instrumento, prosiguiesse (pues sabía, y podia) su obra con menos ruido, pero con iguales triumphos.

Agradòse Dios, como mostrò el efecto; de

la

la piadosa intencion, y humildes ruegos de sus Siervos, y Siervas: acceptò sus oraciones, que le multiplicaban con lagrymas, y por un modo raro templò con agua sagrada las llamas, no el calor, ni el ardor, que avia encendido en la pura Alma de la Santa Virgen. Un dia, que se hallaba acaso cerca de el Pago de Uvelley, le vino vehemente deseo de recogerse en su Iglesia, y alli à solas derramar su atribulado espiritu en la presencia de Dios. Entrò en el Templo, y viendo en èl abierta, y (no sin especial providencia) destapada tambien totalmente la Pila de su Baptisterio, con un interior, repentino, vehemente movimiento de el Espiritu Santo, se arrojò, y bañô todo su cuerpo en ella.

Elevô Dios la virtud, y bendicion de aquellas sagradas aguas (preparadas â elevacion mayor) para que en Christina hiziessen la admirable mudanza, de que como en el Sacramento, à que sirven de materia, sin alguna externa, ò sensible mudanza de la naturaleza, obran la invisible admirable mudanza de santificar el alma, passandola de el pecado â la gracia; hiziessen aora en Christina, por voluntad de Dios, el efecto totalmente contrario, y mudassen todo lo externo, passandolo de estraño, à usual, sin mudar el interno merito, valor, acceptacion, y efectos, que tenian sus deseos,

y

y execuciones santas en los purissimos ojos de el Author de las maravillas.

Fue de alli en adelante su vida muy menos reparable en los medios extraordinarios, de que usaba para atormentarse; pero en el padecer fue la misma. Templòle un poco el Señor aquella estrañissima viveza de olfato, con que tanto hedor percebia de los cuerpos humanos; y assi, ni huía tanto, como antes, ni con modos tan exquisitos, de volar à los campos, mantenerse en los arboles, subirse â las mas altas torres, la compañia, y trato de los hombres. Buscaba como antes las soledades; pero, como lugares mas quietos para sus exercicios mentales, no como antes, como refugios unicos, en que templar un poco su intenso padecer. Deteniase mas en las conversaciones, que siendo fervorosas (como eran) celestiales, sin perder ocasion de desengañar, exhortar, advertir, y alumbrar, aun pedir, y rogar con una humildad summa, è incomparable gracia para mover, eran copiosas las mieses, que limpias, y purificadas iba entrando en las troxes de su Señor. Que una lengua, á quien mueve Dios, á quien alienta su Divino favor, haze en las ordinarias conversaciones tantas mociones hacia Dios, tanto fruto, quanto daño, y perversiones obra, la que istruyen, y agilitan las diabolicas maximas de la carne, y de el mundo, ó mue-

mueve, *è inflamma* (como dice San-Tiago) *la rueda de el Infierno*. O, lenguas, y què buenas que ſoys! O, lenguas, y què malas que ſoys!

CAPITULO XV.

Suſtentaſe, con nuevo martyrio, de limoſna de los pecadores.

UNA Sabiduria Omnipotente, é infinitamente amante, que emplea en noſotros Dios, en tanto no nos trae ſiempre extaticos, y abſortos con el paſmo de ſus maximas, ocultos, y maravilloſos caminos, en quãto (ocupados ſiempre nueſtros penſamientos en mil generos de boberias, que ſe llaman preciſsiones politicas) ò no los penſamos quando los conocemos, ô las mas vezes no los alcanzamos, mientras no nos los dicen los ſuceſſos. Bendito ſea amor tan ſufrido, à quien no apagan, ni entibian las eladas de nueſtras ingratitudes, y malas correſpondiencias! Avia el Señor por los ruegos, y oraciones de ſus Siervos templado en Chriſtina los externos, y eſtraños exercicicos de ſus penitencias, mas no queria dexar ſin algun padecer arduo, y prolixo a la que ſu immenſa piedad avia eſcogido por yunque, ſobre quien deſcargaſſe ſu templada, y miſericordioſa Juſticia; conque era

me-

menester proveerla de menos visibles, mas no menos congoxosos martyrios.

Queria, por otra parte (como quiere por su bondad siempre) usar las dulzuras de su benignidad con algunos pecadores tan engolfados en hediondo cieno de todo vicio, toda perversion, que, como immundos herizos, armados por todas partes de puntas de reveldes resistencias, no dexaban, aun ligero margen, aun pequeño resquicio, en que (digamoslo assi) hiziesse pie la gracia para conquistarlos. Y en un solo amoroso consejo de su amable sabiduria, su paternal providencia uniò ambos dulzissimos designios.

Inspirole à Christina, que sin usar jamás de un solo bocado de pan, de el que tocando à todas por herencia de sus Padres, comian, y estaban promptas à darle sus ya arrepentidas hermanas, ni una hilacha de ropa para su abrigo, ò para su decencia, mendigasse su alimento, y pobres trapos conque se cubriesse; mas con esta limitacion, que no los mendigasse de qualesquiera, sino solo de aquellas personas, à quienes la publica notoriedad de sus malas, y torpes vidas de sus ruines costumbres, de sus culpas, desafueros, escandalos, las tenia en comun reputacion, è infamia de publicos pecadores. Assi, por una parte precissaba à Christina à cargar (con la obligacion de el agra-

agradecimiento) los pecados, y maldades de los que la ſocorrian, para que fueſſen acreedores primeros de aquellas miſericordias, que diſpenſaſſe Dios à ſus meritos; y por otra parte ellos con aquellas tales, quales centellas de charidad (aunque algunas vezes forzada, como ya dirè) puſieſſen de ſu parte alguna (aunque por sí, y por ſu eſtado indigna de tal premio) ô diſpoſicion, ò menos indignidad, para que Dios les dieſſe ſus auxilios, con que alguna vez ſalieſſen de el profundo calabozo, y peſadas priſiones de ſus pecados.

Quanto fueſſe lo que en eſte aſſumpto padecieſſe cada dia la innocente Virgen, no ay pluma que pueda explicarlo. Sola la humillacion de pedir à quien dà con entrañas humanas, con alegre ſemblante, con prompta charidad, es mortificacion de buen tamaño; què ſeria pedir â quien daba mas fruncimientos de ſañudo ſemblante, mas libertades de palabras colericas, mas deſprecios de el humilde pobre, mas impaciencias à ſus ruegos, y ſuplicas, mas importunos conſejos, y aun aſperas reprehenſiones à los motivos de ſu neceſsidad, que limoſnas à ſu ſocorro. Y luego quieren, que los oyga Dios, y no los impropere, quando ellos mendigan de ſu Mageſtad el perdon de ſus pecados le piden la limoſna de ſus piedades, de ſus miſericordias, tratando ellos aſsi à Dios

en

en sus pobres. Como sino estuviera tan repetido en la Escriptura, y en el Evangelio, que será cada uno medido con la vara, que él midiere à su proximo; que en vano implora la misericordia quien no usò de misericordia; y que no es mucho que sea despreciado de Dios, quiẽ en su proximo se desprecia à sì mismo, y desprecia à su carne, y su naturaleza. Como si no huviera dicho un Gentil: (Ovid. Met.)

En eget auxilio, qui non tulit, ut que reliquit
sic linquendus erat: legem sibi dixerat ipse.

Socorrer á otros no quiso
quien sin socorro se vè:
no lo merece; pues duro,
para sì mismo hizo ley.

Pero esto era lo menos, que en vivir de limosnas mendigadas de los pecadores padecia Christina. Recebia limosna de Ladrones, de Usureros, Logreros, de injustos retenedores, ò possessores de haziendas agenas, ò mal ganadas, ó avidas, y posseidas con mala fe (que no son estas mas, que diferencias del primer nombre *Ladrones*, que las abraza todas) y à el llegar â comer lo que estos le daban, veia, que avia de comer lagartijas, sapos, ponzoñosas culebras; que avia de beber sangre immundissima, veneno, toxico, hiel de Dragones, que tales hallaba en sus manos, y á el passarlas de ellas á la boca, las limosnas de comida, y bebida,

da, que tales fugetos le daban. Conque el horror, y basca por una parte; por otra la precisſion en que la ponia el orden, y mandato de Dios, la hazian comer bramando, como con dolores de parto: escogiera por regalo morirſe de hambre antes; ſe arrojara por deleyte à ſus hornos, à ſus rios elados, y lo que en ellos no hazia, hazia ſin poderſe contener aora, que era, repetirle entre abundantes lagrymas à ſu dulziſsimo Eſpoſo: O, *Soñor mio, y por què me quereis tratar con tanto rigor?* O, *dulziſsimo dueño de mi alma, por què me atormentais tan duramente?* Se heria con golpes los pechos, moſtrando una amarguiſsima afliccion, una mortal congoxa, y deciaſe à sí miſma: O, *miſerable alma, què nuevas anguſtias ſon eſtas?* O, *lo que has de ſufrir, y tragar, ſi comes! Mas ó, que no eres libre para nò comer! Ea, traga pecados agenos, y dale gracias à aquel Dios ſuave, que te concede el comerlos, y que te dà calor para digerirlos.*

Un dia, fatigandola una ardiente ſed, è impeliendola à el miſmo tiempo la interior inſpiracion, ſe entró à hora de comer por la caſa de un rico, de maliſsima fama, hombre facineroſo, y deſalmado, y penetrando haſta donde comia en una explendida, y abundante meſa la ſubſtancia, y la ſangre de los pobres, le pidiò, que le dieſſe de beber. El, mudado de repente de ſu acoſtumbrada fiereza, y bar-

ba-

baridad uſual, con una corteſia, y agrado, jamas viſto antes en él, le ofreciò prompto un vaſo de vino. Bebió de él pocos tragos Chriſtina, y dandole las gracias por la limoſna, afirmò à los que la ſupieron, y vieron, que aquella pequeña ſemilla le ſerìa à aquel hombre tan fructuoſa, que le aſsiſtiria Dios con tales auxilios de ſu divina gracia, que con ellos (cooperando él) le cogieſſe la muerte en eſtado de contricion verdadera, y ſeria penitencia de ſus pecados.

Poco mas afirmò Chriſtina, que lo que ſe promete en el Evangelio à quien templa la ſed de ſu proximo charitativamente con un caliz; ò vaſo de agua. Què barato dà Dios el Cielo, ſi lo queremos comprar con moneda de charidad, y compaſsion con el proximo! Lo que no eſtà prometido à los largos ayunos, diſciplinas, cilicios, cuevas, peregrinaciones, eſtà repetidamente vinculado en las Eſcripturas à la humanidad, compaſsion, charidad, y limoſna, conque proteſtamos fièlmente, que recibe nueſtras finezas, y regalos Dios, en las manos de ſus vivas imagenes los pobres, y neceſsitados. Sobornemos à eſte ſupremo, à eſte eterno Juez con lo que él nunca olvidarà en el Juycio, y tendrà preſentiſsimo para nueſtro deſcargo, dandole mas valor que el que penſamos.

CAPITULO XVI.

Prosigue la misma materia.

LLegaba algunas vezes la Santa Virgen à pedir limosna à algunos, de los que, ò con flaca fè, juzgan, que pierden lo que dan al pobre, ò absortos de sus cuydados, tienen con largo habito hecha la lengua à despedirlos (porque no los estorven) luego que los descubren: y viendose de estos, ò de sus semejantes despachar sin limosna, ni commocion alguna de sus ojos, ó entrañas, les clamaba Christina: O, miserables hombres; por què, quando Dios os visita en los pobres sus vivas imagenes (y à vezes su misma persona) no levantais los ojos, los corazones, que teneis tercamente aterrados, y los poneis en aquella fortuna, aquella felizidad, que se os viene à entrar por las puertas, à carearse cō ellas, y enriquecer vuestras almas?

„ No me embia Dios à vosotros, porque „ para sustentarme él, os aya menester; ni ne„ cesite de vuestras migajas, el que solo con „ *abrir su mano, llena à todo animal, de bendicion,* „ el que sabe sustentar en sus nidos los pollue„ los de los Cuervos, quando los gritos de su „ necesidad executan su comun providencia.

„ Me

Me embia à pediros, porque quiere èl daros: ó quiere que me deis à mi, y à qualquier pobre lo que el os dió antes, porque quiere por su summa dulzura, y piadosa misericordia ser de nuevo vuestro deudor, y pagaros en el Cielo lo que le dais en tierra; en bienes incorruptibles, lo que dais en curruptibles, solo porque lo dais por su respecto. Os quiere dar ciento por uno, y multiplicar en sus manos lo que depositais en las de el pobre.

De què os sirve la fé, miserables? Si oyẽdo repetir â el mismo Dios: que redimais con limosnas vuestras culpas, y pecados: que la limosna apaga las culpas, como el agua apaga la lumbre: que lo que dais à los pobres lo recibe aquel mismo, que os ha de castigar, ó premiar: que el que aplica su cuydado sobre el pobre, y menesteroso, le assistirà èl, y le ampararâ en el dia malo; esto es, de la muerte, ó el Juycio, que immediatamente se sigue: creyendo de su boca otras verdades mas altas, mas sublimes, menos perceptibles, para las quales solo dais el assenso, no quereis en la practica creer estas, porque creyendolas, aveis menester añadir à el assenso, ò un trapo conque se abrigue el pobre, ó un pedazo de pan, conque se sustente. Y quando tan largos, generosos, pro-

„ fuſſos, ſoys para el Diablo, para las vanida-
„ des, los gaſtos que pierden quizàs vueſtras
„ almas; ſoys tan miſerables, y eſcaſos para
„ Dios, para la charidad, para voſotros miſ-
„ mos, pues en la limoſna recebis mas q̄ dais.

„ Deſengañaos, mortales; à el Dios de las
„ miſericordias, lo obligarèis con las miſeri-
„ cordias: à el Dios de las piedades con las
„ piedades. Con ninguna coſa lo inclinaréis
„ mas à la piedad, y à la miſericordia, que
„ tanto aveis meneſter que èl uſe con voſo-
„ tros pecadores, como conque èl os vea pia-
„ doſos, liberales, miſericordioſos con ſus
„ amados hijos los pobres.

De eſtas maximas, y dictamenes, que de la abundancia de ſu corazon ſalian à ſus expreſsiones, dandoſelas à entender, y penetrar intimamente Dios con la ſumma certeza de ſu divina luz; le nacia tambien un gran peſar, un interno graviſsimo padecer, quando veia, que llegando à pedir alguna coſa de limoſna à alguno, el tal diſcorteſmente ſe la negaba. Era tanto mayor ſu tormento, quanto el miſmo Señor manifeſtandole el ya dicho piadoſo *por què*, de uſar con èl deſpues, de ſu miſericordia, la impelía manifieſtamente en ſemejantes encuentros, a tomar con violencia ella, lo que ellos impìamente le negaban. Sucedióle una vez, que pidiendo à un hombre cierta coſa que traia

traia en las manos, de que ella por entonces necesitaba, negandosela él, estendiò Christina las manos con un summo dominio, fuerza, y terror que le infundiò, y tomandola le dixo: *Aora sentirás que te quite esto, algun dia, en que veas tu provecho, te alegrarás summamente.*

Si alguna vez le faltaban, ò mangas en su saco, ó preciño remiendo en èl para la honesta decencia, ó aquella capilluela, ò virrete con que (en lugar de mugeril tocado) cubria su cabeza: en poniendosele delante alguno, de quien el Espiritu Santo, que interiormente la dirigia, le certificasse, debia recebir lo que le faltaba, se llegaba con modestia humilde, y lo pedia *por amor de Dios*; si èl lo daba liberalmente, con la misma modesta humildad le daba el agradecimiento, pidiendo â Dios su bendicion sobre èl; mas si se lo negaba, llegaba intrepidamente, y se lo arrebataba.

Sobre aquella certeza, de no ser esta alguna temeridad (que lo fuera en otro, ú otra) de esta prudente Virgen, sino inspiracion cierta, y mocion de Dios, para que assi lo hiziesse, que engendraba en semejantes casos la santidad, el desprecio de todo lo temporal, y de sì misma, que era constante en ella; se añadia por visible argumento de ser Dios en ella el agente, y principal motor de su ardimiento, y de sus manos santas, el que jamas alguno se irritasse,

taſſe, ò ſe encolerizaſſe con la violencia; que le hazia Chriſtina; antes como quien percebia en el miſmo hecho la luz, que antes no percebia, ſe apartaban pazificos, y confuſos, como quien conocia recebir beneficio en aquel, que tenia viſos de agravio. Ha, ſi todos quando piden, è inſtan las neceſsidades, percibieſſen eſta luz, como ſin duda ella encenderia el fuego de la chatidad fraterna!

Y qué ſeñas podia dar de deſeo de algun bien temporal, la que ſolo traia por veſtido una tunica, y manto de paño blanco, que cubria todo ſu virginal cuerpo, lleno de arriba a baxo de remiendos, cada uno de diverſo color, como los ofrecia la caſualidad, pegados entre sì, ſin mas hilo, que alguna delgada mimbre, ò flexible corteza de arbol, ô palillo en lugar de alfiler: la que nunca, aun en el rigor de los yelos de aquella tierra, toda debaxo del Septentrion, uſaba de algun genero de calzado, ò defenſa de ſus tiernos pies; la que ſe ſuſtentaba de las ſobras, que ſus platos dexaban los que comian antes; y quando mas, à un mendrugo duro de pan de ſalvado, añadia, ò para paſſarlo, ó para poder maſcarlo, agua fria, ſin uſar, ſino alguna rara vez, tal qual trago de vino, ò cerbeza. Eſte alimento cria las grandes almas: eſtos veſtidos tapan los cuerpos de los aventajados eſpiritus, O, pobreza, y deſnudèz ſantiſſima!

sima! Tuyas son las riquezas de el Cielo, tuya la corona, y Reyno eterno de él, comprado con el desprecio, y negacion constante de las delicias, de las conveniencias, de las superfluidades, que para los sensuales tanto se afana en madurar el mundo.

CAPITULO XVII.

Varios afectos de Sta. Christina en la muerte de reprobos, ò bienaventurados.

COMO està en los Santos perfecta (quanto puede en estado de Viadores) la charidad hacia Dios, y à su peso hacia los proximos, apenas puede concebirse bien, ni es facil de explicar quanto es su gozo, quando vèn servido, y obedecido á Dios, y logrado en los proximos el alto fin de su ser, y creacion. Vèn, y saben los Santos en Dios, lo que en su aprecio (valanza solamente infalible) es el bien, y lo que es el mal; y siendo el servir, amar, gozar eternamente à Dios, para la criatura racional el summo de los bienes; y el pecar, el ofenderle, el perderle para siempre, el summo de los males, es en lo primero su alegria tanta, quanta cabe en los vasos de sus almas, y aun se rebosa de ellas; y a la misma medida en lo segundo, su tristeza, y su dolor.

Este

Este fue otro de los indecibles, de los inexplicables tormentos, con que labrô Dios à Christina casi todo el espacio de su vida. Revelabale su Magestad con toda puntualidad, quantos eran los que en todo el mundo cada dia morian, y de ellos quantos eran los que se salvaban, y quantos los que se perdian. Y si bien de los que se lograban era grande su gozo, y de los que se perdian su afliccion, y dolor; como siempre vencia incomparablemente el numero de los infelizes à el de los dichosos; assi siempre prevalecia en ella à el gozo, el dolor, y el martyrio. Esto la traia siempre sumergida en una amarga, y profunda melancolia, siempre hechos sus ojos arroyos de perennes, y copiosas lagrymas.

Quando en la Villa, Lugar, ó Ciudad en que vivia, acababa su vida alguno, luego à el punto, se le manifestaba la sentencia dada en su Juycio; quando era de condenacion, era tan triste su llanto, tan funestos sus ademanes, tales los maltratamientos que executaba en sì misma, torciendo sus manos, y brazos, como si no huviesse en ellos huessos que se dislocassen, coyunturas que se lastimassen, nervios, ò arterias que se atormentassen, que con quantas pueden servir de muestras, é indicios de un dolor intolerable, hazia que los que la miraban, aunque tuviessen pechos de bronce, corazones de

dia-

diamante, ſe movieſſen (ſin poder reſiſtirla) á una compaſsion terniſsima; ſe compungian, ſe llenaban de horror, y de horror ſaludable; porque ignorando la cauſa que tenia el dolor en Chriſtina, convertian ellos el ſuyo à la deteſtacion de ſus pecados, á una (ayudandolos Dios) ſeria, y verdadera contricion de ellos.

Si por el contrario entendia, que la ſentencia de el muerto avia ſido de ſu ſalvacion; ſe le ſerenaba el roſtro, ſe le llenaba por los reliebes ſolos, que de el corazon ſalian, y ſe dexaban regiſtrar en èl, de tan alegre gozo, de tan dulze alegria, que cauſando los rayos de ella en ſu macilento ſemblante una hermoſura, una belleza eſtraña, admiraban á todos los deſtellos, que de ſu jubilo de ſu conſuelo penetraban à ſus miſmos pechos, à ſus miſmos corazones, y almas: pues aſsi los dolores, como los gozos, que por los motivos dichos poſſeìan el virginal, ſincero, ſanto corazon de Chriſtina, eran de participantes. La diferencia ſummamente notable para el continuo padecer, y penar de la innocente Virgen, era, que a una de eſtas alegrias, la ſufocaban millones de aquellas amarguras, y triſtezas.

Aſsiſtia con indecible guſto, agrado, y con todas las diligencias, y oficios, de una chriſtiana charidad ardentiſsima à quantos ſabia eſtaban moribundos, y con una eficacia dulze, pa-

para la qual Dios la daba muy particular gracia, los exhortaba à que se preparassen para el viage de la eternidad, con una confesion dolorosa, en la qual ahogando, y borrando sus pecados todos en el mar infinito de la Sangre, y altissimos merecimientos de nuestro muy amable Redemptor Jesu-Christo, concibiessen una bien fundada esperanza de eterna vida, acompañandola (como lo permitia el estado de su enfermedad) de algunos frutos dignos de penitencia. Ni hazia solamente estos charitativos oficios con los moribundos Christianos, extendialos à Judios, y Hereges, de quienes entonces avia gran numero, assi en San Trudón, como en otras poblaciones cercanas.

A estos, y à todos, con las mismas entrañas de espiritual charitativa Madre, les abria quanto podia (para que no desfallecieste entonces la flaqueza de su esperanza) las puertas immensas de la piedad de Dios. Deciales, que era infinita su clemencia con aquellos, que reconociendo sus yerros, sus culpas, sus pecados, se le humillaban, y apelaban de su Justicia para su Misericordia. Que inclinaban à su Magestad sus mismas piadosas entrañas à tener aun mas deseos de ayudarlos, perdonarlos, salvarlos, que los que ellos mismos tenian de su ayuda, perdon, y salvacion. Y que assi le hazia

su

su inefable amor practicar, exercitar los artes que penetraba con sabiduria immensa, para usar con ellos de misericordia, y darles oportuna gracia para lograr su alto soberano fin. Que aun quando lo preciffaba la terquedad de el corazon humano â aver de castigarlo, y darle sus merecidos azotes, como que procedia de mala gana, sacandolo de su, como connatural clemencia, la dura, impenetrable consumada malicia. Que no dudassen fiarse de Dios, arrojarsele à los pies; que nadie avia confiado en Dios bien, y poniendo de su parte, que se huviesse visto burlado. Que él no avia mudado condicion, ni era capâz de mudarla; que era aquel mismo Dios placable, que siempre avia conocido el mundo, en nada mas rico que en misericordias, y que en nada gustaba mas de obstentar su poder, su grandeza, que en inclinarse á los humildes ruegos, en perdonar sus traydores, ingratos, quando ellos lo buscaban con verdaderas señas de humillados, y arrepentidos. Con este verdadero dulze zebo, era immensa la pesca de almas que Christina hazia en los mismos confines, puertas, y playas de la eternidad.

)(❧)(

CAPITULO XVIII.

Reprehende los pecados de el mundo.

Tiene la perfecta charidad dos reſpectos, uno alto, conque mira à Dios, y en èl los immenſos, è illimitados titulos para ſer amado de ſus criaturas, con quanto amor puedan producir con el riego de la gracia ſus almas: y otro conque mira à los proximos, deſeandoles todo bien, y que cumplan para eſte fin ellos ſus primeras, mas naturales preciſſas obligaciones, entrañadas en la eſſencia miſma, y ſubſtancia de ſu sèr. Conque no ay golpe, que hiera, ni que penetre mas profundamente el pecho de un charitativo, que el que ſoberviamente dirigido à tocar, quanto es de ſu parte, el alto, y reſpetable Throno de Dios, dexa muerto en ſu atrevido, y ciego conato à el proximo.

Abraſabaſe el pecho de Chriſtina en una charidad ordenada dentro de las bodegas de el eterno Rey, â quien adoraba con tan tierno afecto, que quiſiera avaſſallarle, ſi le fuera poſſible todos los corazones, todas las almas que contiene el mundo. Veia por otra parta, que el mundo; eſto es, los hombres que en èl ſolo aman ſus caducas delicias, ſus loquiſsimas va-

ni-

nidades, en nada se emplean, ni deleytan mas que en ellas, que es decir, en continuas ofensas de su amable Criador: y què torcedor fuesse este para un corazon bien templado, infierase por la frase, conque explica el de el suyo el Apostol: *Quien peca que á mi no me abrase?*

Bolviendo algunas vezes de aquellos extasis, en que pesaba mas prolixamente los daños de esta ceguedad de las almas, con intimo dolor de su corazon, y abundancia de lagrymas de sus ojos prorrumpia en estas, ô quexas, ò publicas predicaciones: O, mundo! Digno de la compasion, è indigno de la compasion; pues ciego voluntariamente, no acabas de conocer lo que en qualquiera parte hacia la qual te buelvas, no puedes dexar de vèr, que es la immensa Grandaza, Omnipotencia, Sabiduria, Bondad de tu Artifice, y Criador. No es menester que salgas de tì mismo con el conocimiento; para que (si no te empeñas en no oìr à la razon) ayas de salir de tì mismo con la admiracion, y el afecto.

Mirate bien à tì mismo, y despues, que te veas tan hermoso, tan perfecto en el todo, y en cada una de tus partes, preguntate à tì mismo por el Author de tu sèr, perfeccion, symetria, orden, correspondencia, armonía, concierto, belleza, conservacion; y sabiendo que él es un Dios infinitamente bueno, avràs de hazer

zer violencia à tu corazon, para què èl nò lo ame. Por qué no lo sirves? Por què no lo obedeces? Por què no te sugetas à las leyes santissimas? Son duras? Son tyranas? Son insufribles? Fundadas todas sobre vasas de amor; y dando èl (como dà) el vigor, y las fuerzas para cumplirlas? Por qué abusas de su paziencia, y te empeñas (como si pudiesses) en apurar su longanimidad?

Hà! Si vieras la infinita hermosura, la inefable bondad, que desprecias! Cree, que te enlazâras tanto por purisimo amor con ella, que aunque otro mundo entero con mas bienes, pero caducos; mas promesas, pero falsas, con todos los attractivos à su pequeñèz, y vanidad posibles, se esforzara à desenlazarte, nunca lo consiguiera. Si sus mismos Jurados, protervos, obstinados enemigos por solo un instante la vieran, como es ella en sì, no pudieran detenerse en amarla; y escogieran antes su aniquilacion, que la privacion de su amor. Pero ay de tí miserable, que alhucinado en la apariencia falsa de los bienes que ves, no solo te apartas voluntario de èl, sino que tercamẽte cierras los ojos de tu espiritu, y alma, porque ni quieres verlo, ni entenderlo, y no obstante esso, todavia prosigues en tenerte por racional. Y què ves bueno, no mirando a él? En què puedes deleytarte con quietud, ò en-

tero gozo, si no te deleytas en èl?

Causaba este dolor en su alma tan tiernos, tan amargos deliquios, que resurtiendo de ella en su virginal cuerpo, gemia, como si padeciera gravisimos dolores de parto. Atormentaba sus miembros, como si quisiesse en ellos vengar las ofensas que todos hazian á su Altissimo, su amable Dueño. Y arrojendose en el suelo, y revolcandose en él, sin mas respecto, que á explicar su dolor, parecia que la dementaba la agudeza de su sentimiento; pues por dias enteros se quedaba repitiendo solo en vozes, y ademanes atonitos: *Por què ciego, y miserable mundo no conoces à tu Criador?*

Y era menester mas sermon, mas discurso, periodos mas largos, para que lo que á ella sacaba (digamoslo assi) de juycio, nos restituyesse à nosotros el nuestro? Discurrase à la luz que se quisiere; de aqui nace unicamente el daño de nuestras almas; de que entretenidas en buscar, seguir, sudar en los caminos de adquirir, y gozar honras, conveniencias, deleytes; no ay, ni queda lugar de aplicar la razon, y el entendimiento à conocer à Dios mas, que en la obscura luz de la fè; casi muerta, ò muy debilitada por falta de exercicio, y actuacion en las obras; y muriendo las mas vezes fatigados, rendidos, cansandos en los caminos de nuestra maldad, y muchissimas sin llegar á las

las honras, los deleytes, las conveniencias; en cuya profecucion ſe conſumiò la momentanea vida, morimos ſin conocer à Dios, y Dios nos buelve la eſpalda, como que no nos conoce. Llega el ultimo de la vida, ſin aver gaſtado un dia en el fin para que nacimos: què mucho que Dios nos niegue el fin para que nos crio?

CAPITULO XIX.

Retiraſe de ſu Patria, y viene à el Caſtillo de Loèn.

ES cierto, que ſabìa Santa Chriſtina buſcarſe las ſoledades en medio de los poblados, y que aviendoſe labrado en lo intimo de ſu eſpiritu, y corazon la hermita, en que guſta que le buſquen, el que todo lo llena con ſu immenſidad, le eſtorvaba poco para tratar frequente, y amigablemente con Dios, en ſu tierra, y en medio de ſu parentela, aquel ruido, que tanto eſtorva à otros, en quienes la falta de practica de admitirlo, ò rechazarlo, ó la entrega demaſiada de el animo à los negocios externos, les haze dificiles las retiradas, y recurſo frequente à el corazon, que tanto encomienda el Propheta. Pero es cierto tambien, que aun à la Eſpoſa ya practica en dormir, y deſcanſar en la contemplacion de ſu Eſ-

Esposo, zelaba este, no se le hiziesse ruido, que si no la inquietaba, era no obstante apto para inquietarla en su descanso, y sueño. Que aunque (á mas no poder) sea remedio, ò consuelo el retiro á el interior, es, siempre que pueda lograrse, mayor disposicion para vacar à Dios, la total abstraccion, y retiro, en que la exterior calma excita, ò ayuda por lo menos la interna.

Avia hasta aora Christina vivido en su tierra, ó cercanias de ella, y hechola ordinario theatro de aquella diferencia de maravillas, de que se texiò la tela de su vida sin exemplar. Aora, inspirandola Dios (y quizâs para la vida temporal, y eterna de un solo dichosissimo hombre) dexò por mas de nueve años a su patria, parientes, conocidos, y se vino à vivir à Loèn, plaza entonces no muy grande, pero sí muy fuerte en la raya de Alemania la alta, de la qual apenas han quedado oy rastros. La menor vecindad, la mayor union, el ningun concurso de estrangeros viandantes, curiosos observadores de quantas novedades encuentran, le hizieron este retiro especialmente agradable, a que se juntò el encuentro, para ambas felìz, y util de otra alma no menos ardiente en el amor de Dios, ni menos emancipada à las practicas de toda piedad.

Vivia en Loen una tal Ibera, muger de ani-

animo tan religioso, que si bien nò vivia en Monasterio, que nunca lo huvo en poblacion tan corta, ella (siguiendo el exemplo de la Santa Viuda Judith) se avia en lo interior de su casa labrado una voluntaria clausura, donde encerrada siempre, y oculta à los ojos venenosos de el mundo, vivia escondida en Dios, acompañada solo de ayunos, oraciones, misericordias, y de las mas excelentes, y solidas practicas de la piedad christiana. Carearonse estas dos puras almas, y cada una corrió en pos de los puros olores de virtudes, que difundia la otra; y teniendo casa Ibera, que por estrangera no tenia Christina, huvo de hazerla la charidad comun, y unir un mismo techo â aquellas criaturas, que animaba, y unia un mismo espiritu. Creció para con su huespeda el amor, y estimacion de la piadosa Ibera, siendo testigo de las maravillas, que por estos nueve años que vivieron juntas, obrò Dios en Christina, y por Christina. Las quales conservò de manera, en el thesoro de su corazon, que años despues pudo comunicarlas à el Venerable Padre Thomás de Cantimprato, q̃ la vino á buscar por solo este fin desde lo mas distante de la Francia. Y èl assegura, que de este manantial tan puro cogiò las mas noticias, que despues dió en la historia de Christina á el mundo.

Aqui vivian, como dos Seraphines, estas

dos

dos abrasadas almas; y provocandose en nunca interrumpido teson todos los dias, lo mas de las noches á amar, bendecir, alabar, à su Omnipotente Criador, exercitaban en ocio de cuydados terrenos, la mayor, y mas alta ocupacion, à que nacieron sobre el mundo los hõbres, y la unica, que en el Cielo es empleo de los Santos, y de los Angeles. O, Dios! En qué Cielo se convirtiera el mundo, si en estos entretenimientos se convirtieran los libros prophanos, las conversaciones libres, las mas libres murmuraciones, que entretienen los ocios de quien no sabe, no piensa, huye que le acuerden el fin para que naciò.

Mientras por las noches descansaba Iberas Christina, cuyo corazon descansaba en solo respirar las llamas de el fuego de el amor divino, de que tenia hecho angosto horno el alma, solia passarse à la Iglesia, y assistir á el Oficio de los Maytines, que se cantaba en ella. Despues, que acabados, todos iban à buscar su descanso, procuraba dissimulandose, ò escondiendose, quedarse en el suyo. Cerradas ya las puertas de la Iglesia, entregabase à la oracion, y despues de saciada su sed en la fuente de las aguas vivas, levantandose, y passeando por las naves de el Templo, empezaba à cantar tan dulze, tan suavemente, que parecia (lo que en verdad era) que cantaba un humano Angel.

No es esta ponderacion mia, es narracion sincera de el Author de su vida, que la dulzura, destreza, armonia de sola su voz, excedia sin comparacion la de todos los instrumentos musicos, la de todas las artificiosas melodias humanas. Y si bien no llegaba à la suavidad dulze, que se oìa sin vozes en sus raptos (de que hablarè despues) todavia suspendia, y dexaba embelesados à los que por dicha oìan.

Lo que cantaba, eran hymnos latinos de tan grande elegancia, frasse tan propria, tan alta composicion, como que eran obras dictadas, è inspiradas del Espiritu Santo; pues quien era totalmente idiota de letras, ò ciencia adquirida, mal podia explicar por sí sus delicados amorosos conceptos, no solo en propriedad latina, sino en muy culta, y limada poesia. Ni es arrojo temerario juzgar, que la enseñasse tan Divino Maestro; pues quien otro pudo infundir tanta ciencia de la Escriptura Santa, de sus mas escondidos mysterios à una muger sin letras, que proponiendole diversas questiones, tan obscuras, como dificiles à cerca de su pura inteligencia, respondiesse, como lo hazia, con tanta subtileza, claridad, energía, copia de similes, de comparaciones, reclamos à historias, serie de los sucessos, y tiempos, que embelesaba à los hombres mas doctos, y difundia nuevas, admirables luzes

en

en las almas mas elevadas, y mas espirituales.

Verdad es, que de esta tan singular gracia usaba muy raras vezes; ò muy importunada, ò viendo claramente la utilidad, que de su uso avia de seguirse à las almas. Porque decia que el interpretar, y explicar las Escripturas Santas, el declarar las verdades que en ellas dexó cifradas, y embueltas su Soberano Author, pertenecia tan privadamente à solos los Sacerdotes, y essos muy prudentes, doctos, versados en las maximas de los Santos, en los puros dictamenes, è instrucciones de la Iglesia Santa, que era atrevimiento, y atentado sobervio, presumptuoso, loco, querer usurparse ministerio tan alto, aun las mas cultas mentes, y lenguas de los seglares. Oygan bien de una boca tan pura, tan humilde, tan santa, esta regla prudente, y catholica, sus sobervios payzanos los Hereges de el Norte.

CAPITULO XX.

Dice, muy distante, en el mismo dia en que ella sucedió, la perdida de Jerusalèn.

Mientras vivia en Loèn, Christina, sucedió el año de mil ciento y ochenta y siete, la desgracia tan digna de llorarse de toda la Christiandad, ò (dicho mas pro-

propriamente)la justissima permission de Dios en castigo de nuestros pecados, de venir Jerusalén, y los Lugares Santos, en que Christo Señor nuestro obró piadosamente nuestra Redempcion, à poder de los Sarracenos, conducidos de Saladyno Soldan de Egypto, y Rey de Babylonia. El qual aviendo empezado el dia quatro de Julio à apoderarse de la Tierra Santa casi sin resistencia, en solo Jerusalèn, donde hallò alguna, se detuvo cercandola poco tiempo, hasta que la entró, y dominò el dia veinte y ocho de Septiembre.

En este mismo dia, estando Christina en el Castillo de Loèn, repararon los que la observaban, una estraña alegria en su semblante, que interrumpida por pequeños ratos con algunas señales de sentimiento, por fin prevalecia el jubilo, y gozo. Excitò en los que la veian estraña curiosidad de saber, qué motivo podian tener aquellas tan no acostumbradas señas de su alegria; preguntaronselo, y respondiôles: Con razon me alegro yo, quando Christo, y los Angeles se alegran, de una gran puerta, y campo, que se ha abierto à la salvacion de los hombres. Muchos se salvarán con esta ocasion, en muchos se augmentarán los meritos; y á todos los Christianos se dà ocasion para que se hagan mejores, siquiera con aquello que cuesta menos á la

naturaleza, que son los ardentisimos deseos. „
O, piedad de Dios! O grandeza! O, Sabidu- „
ria infinita: y como sabes convertir en bien, y „
gloria de tus escogidos aun sus mismas des- „
gracias y fatalidades!

Parabase, y deteniase aqui: y mas movida la curiosidad de los que la escuchaban, le rogaron les declarasse, què puerta, ò què ocasion era esta que se abria, y se daba â tan gran bien? Entonces claramente les dixo: Sabed, „ hermanos, que oy por justisimos fines de „ Dios, ha venido Jerusalen en manos, y en „ poder de hombres barbaros, infieles, impios, „ los quales por muchos años la dominaràn, y „ estaran tyranizados aquellos Lugares vene- „ rabilisimos, en que se obrò la Redempcion „ de el mundo. Este es unicamente el motivo „ de mi gozo, y alegria. Porque me dâ à en- „ tender Dios quanta Gloria se sigue à su Ma- „ gestad de esta su permision: con la qual por „ una parte su hermosa Justicia, con la igno- „ minia, y afrenta de aquella ingratisima tier- „ ra, venga las ignominias que ella malicio sa- „ mente ciega executó en su Criador, en el „ que antes la hizo el respeto de todas las na- „ ciones, la veneracion de el mundo: y assi „ haze, que los hombres teman, y tiemblen de „ su rigor, viendole no perdonar à los Luga- „ res mismos, consagrados con la preciosa San- „

gre

„ gre de ſu Hijo, por quanto los vè mancha-
„ dos, profanados con feas ingratitudes.

„ Por otra parte ofrece, y dà ocaſion à
„ muchas generoſas almas, para que viendo
„ que en aquella tierra ſe derramò la Sangre,
„ que fue precio de ſu Reſcate, caudal de va-
„ lor infinito con que ſe les comprò el Cielo,
„ no duden derramar la ſuya con hidalguia
„ ſanta, con piadoſa generoſidad por ſu reſ-
„ tauracion; y por reſtituirle à la Igleſia los
„ Lugares Santificados, con las reſpiraciones,
„ los paſſos, y ſudores ineſtimables de ſu Au-
„ thor Jeſu-Chriſto, empleen ſus ſudores, ſus
„ paſſos; viniendo para aſſumpto tan digno de
„ Paiſes muy diſtantes, juzgando (como de-
„ ben) ſe les haze un favor, una gracia, una
„ honra ineſtimable, en que ellos por la gloria
„ de ſu Señor, vengan à dar la vida, embuelta
„ en ſangre, donde por ſu ſalvacion, la dió el
„ miſmo ſu amantiſsimo Dueño.

„ Los que no pudieren tanto, à lo menos
„ fomentaran deſeos, haràn oraciones, ofrece-
„ ràn penitencias, porque ſe apiade Dios. Ni
„ en tanto perderàn ſu veneracion los mas ce-
„ lebres Sagrados Lugares, pues unos la man-
„ tendràn, haziendoſe glorioſos Tributarios
„ de vexaciones continuas, y moleſtiſsimas
„ perſecuciones: otros los frequentaràn con
„ peregrinaciones devotas, viniendo tan fer-

vo-

voroſos, tan encendidos de amor à adorar „ aquellas Reliquias de las finezas, y amores „ de ſu Dios humano, que en agradecimiento „ à ellas, tal vez le dexaràn las vidas à manos „ de el dulze verdugo de ſu miſma zeloſa ter- „ nura. Todos eſtos, y otros infinitos bienes „ quiere la Grandeza de Dios fiocar en eſta, „ que ſe llorarâ como ultima deſgracia. Ved „ voſotros, ſi es juſto, y racional el motivo de „ mi alegria.

De eſte eſpiritu prophetico, de que fue dotada Chriſtina, usò muchas vezes (como ya verèmos) pero ſiempre para enſeñanza, bien, y mejora de aquellos con quienes lo uſaba, fines, para los quales ſuele diſpenſarlo el Señor. Pocos años deſpues de la cautividad de los Lugares Santos, vino à un noble Caballero Alemân, devocion de ir en peregrinacion â viſitar el Santo Sepulchro. Tuvo bien que hazer en allanar los montes de dificultades, y eſtorvos, à que ſabian bien levantarſe, ò à quienes daban tanta corpulencia los cariños de ſu Eſpoſa, diſſuadiendole aquella jornada. Salió en fin ſu devocion triumphante, y la deſconſolada muger cercada de ſus hijos pequeños, apelô à aſſegurar â el Peregrino en los meritos, y oraciones de la Santa Virgen Chriſtina. Mas como los afectos en las mugeres no ſuelen reconocer otros limites, que el fin, y extremo de

toda la esphera, á que pueden extenderse, la molestò con importunos ruegos, hasta conjurar à Christina, para que se le bolviesse salvo.

Fuele á la Santa Virgen muy pesada la instancia de esta muger, y entablando con el Señor su pretension, y empeño, le huvo de costar su buelta muchos trabajos, mortificaciones, y continuas plegarias, y ruegos. Bolviòse, finalmente, salvo; y viendose ya libre de el piadoso grillete, que le avia echado con su importunidad, tratô de librar tambien à la buena Matrona de otro, que con mas perjuycio, y perdida de su debido empleo, tenia aprisionado su corazon en la disipacion lastimosa de sus cari-
„ños, y afectos: Ves aì (le dixo) que en fuer-
„za de la grande molestia que me has dado,
„te he buelto (sabe Dios à quanta costa) sal-
„vo, y sano à tu marido. Pero sabete, que
„Dios es zeloso, y en viendo que se propassa
„nuestro amor á las criaturas, de el termino
„en que debe contenerlo la prudencia chris-
„tiana, sabe, para nuestro provecho, cortarlo,
„acabarlo, convertirlo en llanto, quitandole
„de en medio su vicioso empleo.

„El amor competente á el Marido, à los
„Padres, à los Hijos, Hermanos, y à todos los
„conjunto, por sangre algo mas especial que
„à los demàs proximos, lo pide la mayor na-
„tural conjuncion, y es justo, es virtuoso, es
„san-

ſanto; mas con tal, que no divierta mucho, ni menos aparte, à el corazon, de el que debe ſer centro ſuyo, que es ſolamente Dios; antes, para que ſean los dichos, unos amores juſtos, virtuoſos, chriſtianos, han de ſer en èl, y por èl. Tú has excedido eſtos limites, y has olvidado la total ſugecion, que en todas tus ocurrencias, todos tus negocios, y todas tus coſas, debes à la diſpoſicion, y voluntad Divina, por el demaſiado amor, que tienes á tu marido. Dios te ama mucho mas á tì, que tù le amas à él; y aſsi para arrancar, purgar, y quitar de tì eſte vicio, te quitarà muy preſto eſte Idolito, en que aora los diviertes, para que aprendas à lograr tus afectos. Morirà tu marido, y muy preſto, para que tú vivas bien. Aſsi lo dixo, y aſsi ſe cumpliò.

Cerca de ochenta años antes, prophetizò la grande, y univerſal hambre, que padeciò la Europa en el año de mil doſcientos y ſetenta, dando por cauſa de ella, la que lo es de todos los caſtigos con que Dios nos corrige, eſto es: la abundancia de las culpas. Otras muchas verdades prophetizò, y las mas fueron en ordẽ à la mudanza de la vida, y coſtumbres malas, que fuera aſſumpto larguiſsimo el querer individuarlas. Le eſtaban manifieſtos, y patentes los corazones de muchos, y viendo en ellos pecados graviſsimos; pero tambien muy ocultos, los

los hablaba en ſecreto, reprehendia, rogaba, lloraba con ellos haſta moverlos, con el favor de Dios, que para eſſo los revelaba, à la deteſtacion verdadera, penitencia ſeria, y ſacarles el veneno que atoxigaba ſus miſerables almas. A otros, à quienes en medio de los pecados, y ocaſiones de ellos, veia que amenazaba muy vecina la muerte, les aconſejaba lograſſen el tiempo, cuydaſſen de ſu ſalvacion, miraſſen luego por ſu eterna ſalud, porque, por poco que lo dilataſſen, no tendrian mas tiempo para mirar por ella. Y en eſtos repetidos caſos moſtraban los ſuceſſos miſmos, de quan cierta ciẽcia hablaba, ilustrandola Dios, Chriſtina. De otras individuales prophecias ſuyas hablarémos adelante.

CAPITULO XXI.

Quanta veneracion tuvo à Chriſtina Ludovico, Conde de Loèn, y quanto le aprovechò.

QUAN incomprehenſibles ſon los caminos de Dios, tanto deben ſer mas amables, ſi algun rato levantamos los ojos de la meditacion â conſiderar los rumbos tan eſtraños, que toma ſu ſabiduria, y beneficencia infinita, para darnos la poſſeſsion de el fin ſoberano à que nos deſtinò, quando mas extra-

traviados, y mas lejos de èl noſotros ſolo penſamos en abrirnos ſendas para nueſtra perdicion.

Vivia de ordinario en Loén Ludovico, Conde, y Señor de aquella Fortaleza, hombre muy noble, y muy rico, conque eſtà dicho, que tambien muy vicioſo, pues, ſegun el adagio latino, á los ricos, y nobles no los diſtinguen tanto de la gente comun ſus antiguos, ſus heredados blaſones, como ſuelen diſtinguirlos ſus proprios, y perſonales vicios. Puſo Dios por ſu bondad ſobre èl los ojos de ſu miſericordia, y para uſarla, puſo en ſu corazon un afecto entrañable, y terniſsimo para con la Admirable Chriſtina. Las noticias de ſus portentos, de ſus virtudes, de las maravillas, con que la honraba, è iluſtraba el Señor, avian antes engendrado en ſu animo deſeos de conocerla, y quando aora ſe le vino â ſu caſa, á vivir à el Lugar de ſu dominio, á pocas experiencias de lo que en ella excedia la verdad à la fama, empezó à venerarla, y amarla tan cordial, tan ſinceramente, que decia bien el afecto què manos lo infundian en ſu alma.

Procurò hablarla (que ſemejantes tratos ſon muy para buſcados) y ſintiendo la dulze, la penetrante eficacia de ſus humildes, y ſencillas palabras, guſtaba de repetir frequentemente ſus converſaciones. Sentia la prudencia

ce-

celestial de sus maximas, y dictamenes; conque ninguna cosa de importancia resolvia sin su consejo, que buscaba, y oìa, como sagrado Oraculo. A el verla venir, luego se levantaba, y nunca sin alguna insinuacion suya, se sentaba en su presencia, protestando la verdad de aquella sujecion, y veneracion, con que siempre la llamaba *Madre*, y como tal la acataba.

Correspondia Christina â este afecto, y à este oficio para con el Conde; à quien miraba como hijo, que le adoptaba Dios á su zelo, y ardentisima charidad; conque en oyendo que èl, ò llevado de los humos de la soberanìa, que estorvan á los poderosos para vèr la luz, ò se la hazen ver adulterada; ô de las miserables tinieblas de la ignorancia, ó de la inadvertencia, que de el mismo modo la ocultan; resolvia algun atentado contra la Iglesia Santa, ò sus Ministros; contra la justicia, y derechos de sus subditos, y vassallos, ò finalmente contra el gusto, ley, y debido respeto á Dios; luego, enterneciendose su corazon, y doliendose de él, como de hijo amado, passaba à detener, corregir, y estorvar su desacierto, y con dulzura, palabras, y confianza de Madre le advertia, le enseñaba, le hazia conocer el yerro; reconocido yà, lo alentaba à poner el debido remedio; ofrecer, y dar con efecto las debidas satisfacciones; y nada, en orden á estos fines

tan

tan santos, pretendia de èl Christina, que no lo consiguiesse perfectamente.

Estaba un dia Ludovico sentado en el portico de la Iglesia, haziendole corte muchos Caballeros, y buen numero de sus Soldados; llegò Christina con dissimulacion, y pusosele por la espalda, muy cercana cabeza à cabeza. O porque èl la sintió, ò reparò el ademàn de los que la miraban, levantò los ojos, y à el verla, se levantò à hazerle reverencia; entonces ella con un summo agrado, y una indecible gracia lo saludò, diciendo: *O, y què hermoso eres, Señor!* El Conde à el oyrla, enmudeciò confusso, y humillandolos, baxó los ojos. Admiraronse los presentes de no oyrle respuesta, y le dixeron: *Pues no oyes como te celebra tu muy estimada Christina?* Rompiò entonces el silencio, y dixoles: *No me celebra* à mí: muy bien la entiendo. En mì, y por mí celebra à la alta, y soberana fuente de toda criada hermosura; à el eterno immortal thesoro de toda perfeccion sin imperfeccion; à el que como es solo èl bueno, es tambien èl infinita, è inefablemente *hermoso.*

Muy biẽ dices, dixo entonces Christina, „ pero pues lo conoces tã bueno, tan hermoso, „ tan noble, por qué no lo amas siquiera, segũ „ esso poco, y confuso, que conoces de su „ amabilidad? Por què no sube tu amor siquie- „

ra

„ra à lo poco, que abanza, y que alcanza tu „noticia? Puedes acaſo darle à tu volun- „tad mas alto, ò delicioſo empleo? Y no ſa- „bes, que ſe perdieron los que con injuſticia „detuvieron à ſu racional voluntad, ſin de- „xarla correr por las ſendas, que fue abrien- „do haſta Dios ſu entendimiento? Ha, Con- „de! Ha, hombres! Ha, genero humano! „Eſtimais los pequeños arroyos, y no hazeis „caſo de el mar. Os encanta la mendigada „belleza de las criaturas, haſta hazeros per- „der las almas; y no os encanta el theſoro, de „donde ſale toda ſu belleza, quedandole in- „finita mas, mas pura, mas durable, mas no- „ble, en quien ſolo ſe gozaràn, y lograràn „vueſtras almas. No ſeais ciegos con ojos; „pues os ha dado Dios entendimientos eſcla- „recidos con la luz de la fè.

No ſolamente aprovechò Chriſtina (como hemos viſto, y verèmos) à el alma de el dichoſo Ludovico, aprovechò tambien à ſu vida, noticiandolo oportunamente, con eſpiritu iluſtrado de Dios, de una conjuracion muy ſecreta, en que ya peligraba. Converſaba en una ocaſion amiſtoſa, y ſinceramente con el Duque de Limburgo, y otro Señor tambien Conde (cuyo titulo ſe ſabe, y ſe calla) ſin minima ſoſpecha de la traycion, conque el tal Conde azechaba à ſu libertad, y vida. De re- pẽ-

pente entrò intrepida Christina à el lugar de la conversacion, y fixando los ojos en Ludovico, dirigiendo hacia èl un gran suspiro, le dixo en alta voz: Hà innocente, y por tanto, digno de mayor commiseracion, con quien hablas? De quien te fias? Mira que se finge, y disimula amigo, quien tiene con traycion detestable, levantada la espado contra tu cabeza. Guardate, Ludovico. Mira por tí. Sin decir otra cosa, bolvió la espalda, dexandolo dudoso entre los dos, de qual de ellos debia rezelarse; y aunque por entonces no pudo descubrir verisimiles rastros de la traycion, ni author de ella; declaròle á poco tiempo la serie de los sucessos, assi el peligro en que se avia visto como la Charidad, y espiritu prophetico de Christina, que sin otras noticias que las que Dios quiso comunicarle, para librarlo; lo avia sacado de él.

CAPITULO XXII.

Finezas de la charidad, y zelo de Christina con el Conde moribundo, y yà muerto.

LLegó à Ludovico, finalmente, la hora; que por mas olvidada que la tengan, llega à los Grandes, llega à los Señores, y los iguala à todos. Sintiòse gravemente en-

fermo, y aviſado de el proximo peligro en que ſu vida eſtaba : ſu primera diligencia (ſabìa quanto le importaba eſta) fue hazerſe llamar à Chriſtina , y rogarle , que no lo dexaſſe , ni deſamparaſſe un inſtante , haſta que huvieſſe paſſado el punto inevitable de ſu muerte. Ella avia meneſter pocos ruegos , pues (como diximos yà) voluntariamente ſe entraba por las caſas de los moribundos, para ayudarlos , y favorecerlos en el ultimo, mayor, y mas peligroſo negocio, de que tanto depende la eternidad. Diòle , pues , la palabra de aſsiſtirlo , y exhortòle à las diſpoſiciones proprias de aquella hora.

Obedeciò en todo à aquel viſible Angel, que, para que no ſe perdieſſe, le avia proveìdo Dios, y (recebidos ya los Sacramentos con la preparacion mejor, que con el favor de Dios, y aplicacion à lograrlo pudo felizmeute alcanzar) mandò à deshora , que los criados todos, y quantos lo aſsiſtian , deſpejaſſen , dexandolo con ſola Chriſtina. Aviendo quedado à ſolas, alentando ſu devocion à ſus fuerzas ya marchitas, ſe levantò de ſu cama , y poſtrandoſe à los pies de la Santa Virgen, empezó , como ſi entonces repitieſſe la Confeſsion general, que avia poco antes hecho, à referirle , entre muchas, y muy ſentidas lagrymas de contricion, todos quantos pecados, y culpas ſe pudo acordar,

dar, aver hecho desde los once años de su juventud, en que para su daño, abriò los ojos, y en que empezò à usar mal de su alvedrio, hasta aquellas sus ultimas horas.

No hago esta Confession, ò relacion exactissima de mis culpas (le añadiò despues) para que me absuelvas de ellas, de cuya potestad sé muy bien, que es incapàz tu sexo: sino para que viendo quanto cargo llevo contra mi pobre alma à el Juycio, y Tribunal de Dios, se excite tu misericordia á aplacarmelo con tus ruegos, que sé, que le son acceptissimos. Confio, que usara con migo de su piedad infinita, y no me arrojarà a el castigo eterno, que tengo tan merecido; pero aviendose de dar alguna satisfaccion, aunque minima à la integridad summa da su Justicia, ya ves, si serà severo, y larguissimo mi Purgatorio. Este te pido me templen tus ruegos, tus lagrymas, tus satisfacciones ofrecidas por mì miserable.

Compadecida Christina, le prometiò hazer quanto le pedia, lo animò, lo consolò; mandolo restituirse (ayudando con benigno agrado à sus debiles fuerzas para hazerlo) à su cama, donde hiziesse las ultimas disposiciones pertenecientes a lo temporal. Entre ellas le insistiò principalmente, en que procurasse redimir las penas debidas por sus pecados, con las misericordias hacia los pobres. Llamò à

ſus aſsiſtentes Ludovico, diſpuſo de todo, ſegun el conſejo, y direccion de Chriſtina, y aviendole concedido el Señor, por ſu miſericordia, tiempo, y expedito uſſo de la razon para hazerlo, y encomendarle contrito ſu alma, la diò finalmente en ſus manos.

Aſsiſtiò en eſpiritu à ſu juycio Chriſtina, y viendo a el Eterno Juez, por ſu ſumma, é inefable piedad, inclinando à la miſericordia, fue inexplicable el gozo, y alegria que bañò ſu corazon. Mas como perdonadas las culpas, le quedaba peſo formidable de penas, que pagar, tolerando las de el Purgatorio, tuvo ſumma compaſsion de ſu duracion, y de ſu acerbidad. Arrojóſe, pues, humilde, y compaſsiva à los pies de el Juez Soberano, y alabandolo, y dandole gracias por la dulze templanza, cõque para aquella alma uſaba de ſu Juſticia, le repreſentô lo que el difunto Conde la avia eſtimado, y honrado, por reſpeto à ſu Mageſtad, y à las gracias, y dones ſuyos, que avia viſto en ella. Con quanta reverencia la avia tratado, la ſugecion (tan eſtraña en hombres de ſu tamaño mientras piſan el mundo) conque en las coſas tocantes á que en èl no ſe perdieſſe ſu Sangre, la avia obedecido; la humilde peticion llena de confianza, que poco antes de morir le avia hecho, ſobre la qual ella, confiada en ſu Mageſtad, le avia empeñã-

ñado ſu palabra: y que pues la ſufria ſu piedad en el mundo, para que con conſejos, y exemplos, eſcoltados de ſus auxilios, eſtorvaſſe pecados; lo qual tan exactamente avia, con ſu favor, logrado en Ludovico; y para que ayudaſſe con ſus penas à las almas, que ya no podian ayudarſe à sì miſmas, uſaſſe para con èl, y ella la dignacion piadoſiſsima, de que pudieſſe tomar à ſu cargo, à lo menos, la mitad de toda la ſatisfaccion, que debia darle aquel alma. Inclinòſe el Señor à los ruegos de ſu fervoroſa Sierva, è innocente Virgen, y otorgòle ſu pretenſion ſummamente agradable à ſus ojos, ſiendo èl el miſmo que nos enſeñò, que, en quanto nueſtras fuerzas alcanzaſſen, *llevaſſemos los unos las cargas de los otros, y que aſsi cumpliriamos ſu Ley*, que ſe zanja en cimientos de charidad.

No quiſo el difunto Conde, que deſcuydaſſe Chriſtina la palabra que le avia dado, y aſsi, no aviendo entendido, ni de Dios, ni de ſu Angel, el permiſſo, que avia pretendido, y obtenido de el Señor la fiel Virgen, muy reciẽ difunto ſe le apareciò pidiendole favor. Pero Chriſtina con un ſanto deſdèn, que pudieſſe ſervirle de pena, y paga: lo arrojò luego de sì, diciendole con libertad: Anda, anda, y „ paga lo que debes. Sufre las penas, pues hi- „ ziſte las culpas. Harto piadoſo ha andado „ Dios

„ Dios con tigo, rindele eternas gracias. Por „ lo demàs, juſto es, que quanto te gloriaſte „ en tus caducas delicias, tanto ſufras aora de „ tormento, y pena. Yo no falto, ni faltarè á „ lo que una vez te ofreci. La mitad de tu Pur- „ gatorio he tomado ſobre mí. Mira ſi tendré „ bien que padecer.

O, y quanto! Què imperfecto concepto es el mayor que hazemos, ò alcanzamos á hazer de el Purgatorio! Bolviò por muchos dias, y meſes á renovar ſus poco antes interrumpidos tormentos, entrandoſe en las caleras, en los hornos encendidos, en los rios, y charcos elados, en que permaneciá por largo tiempo, rebolcandoſe en las eſpinas, que hazian una llaga todo ſu cuerpo. Buſcaba eſpecialmente aquellas caſas, aquellos lugares, en que ya ſabìa que acoſtumbraba el Conde relaxarſe mas, irritar mas à Dios: y fixandoſe en ellos por muchas horas, y repetidos dias, los regaba con ſus lagrymas, muchas vezes con ſu ſangre derramada à fuerza de azotes, tomando en ellos tãta mas afliccion, quanto èl mas intenſamente ſe avia en ellos, contra Dios alegrado, y haziẽdo, que compenſaſſen ſu dolor, y ſus lagrymas, ſus prohibidas, ſucias, momentaneas delicias. Aſsi permaneciò charitativamente, haſta que por fin entendiò, que, ſatisfecha la Juſticia Divina con las penas de ambos, gozaba ya Ludovico de el eterno deſcanſo.

CA-

CAPITULO XXIII.

Buelve à vivir à S. Trudon su Patria.

NO avia traido la dulze providencia de Dios à Christina â el Castillo de Loèn para otro fin, que para la conversion, y salvacion de su Conde; conque lograda ya esta, le inspirò, que se bolviesse â San Trudon su tierra. Despidióse de Ibera, que por nueve años la avia hospedado en su casa; y como la larga experiencia avia confirmado, y augmentado su sincero amor: tuvo mucho que ofrecer à Dios, en quedar sin los exemplos, y aliẽtos, que en su vida, y fervores cada hora le daba la Santa Virgen. Ella le agradeciò con humildad el favor continuado en su hospedaje, y librando en la grandeza, y liberalidad de Dios el correspondiente premio, y en sus continuas oraciones por ella la solidéz de su agradecimiento, se bolviò para su Patria.

Avia contraìdo mucho antes, mientras vivió en San Trudòn, una familiaridad muy estrecha, muy verdadera, por muy espiritual, con las Religiosas de el Orden de el Grande Patriarcha San Benito, que tenian fuera de los muros, aunque cercano à ellos: un Monasterio de mucha Religion, y observancia, deba-

xo de la Tutela de Santa Catharina Virgen, y Martyr. Este escogiò aora Christina por su mas continua morada, bien que sin ligarse à clausura, sino manteniendo libre la salida, y entrada, para obedecer prompta quando se le intimassen, ò las conociesse, los ordenes, è inspiraciones de Dios, ô para buscar à su Espiritu, quando iuzgasse le era conveniente, el mayor consuelo, y descanso, que sentia en la soledad. No solo la acceptaron las Religiosas, sino tuvieron por dòn inestimable de Dios esta inclinacion de Christina, porque tenian largas experiencias, de quantos estimulos añadia à sus almas para correr à su Esposo, la conversacion, la enseñanza, y el fervor admirable de la Santa Virgen.

El ordinario assumpto de sus palabras, ó de sus exhortaciones, conque las suspendia, era èl amor, que debian à su celestial Dueño. Referiales quanto èl se avia anticipado en amarlas, con què costosas finezas avia conquistado sus corazones; como nunca desistia de una tan piadosa empressa, sino siempre con nuevas inspiraciones, continuados auxilios, inefables ternuras les estaba assaltando sus almas. Transformada la suya muchas vezes (mientras repetia estas encendidas especies) en Christo; totalmente arrebatado à el Señor su enamorado Espiritu; era maravilla ver, con què ce-

les-

leridad, fuera de todo orden natural, se quedaba moviendo su purissimo cuerpo.

Como por la violencia de la polvora sale tan ligera de el cañon la vala, por mas gruessa que sea, que burla á la mas atenta, y mas perspicaz vista, sin dexar que en ella se imprima, ni se reciba especie alguna suya. Como à el moverse en circulo qualquier figura, si se mueve con celeridad, no permite, que se informen los ojos de sus facciones, ni aun de su color, sino solo en la confusa mezcla, que no aviendola en el objeto, ò figura, es bastante à fingirla la ligereza. Assi el cuerpo de la Santa Virgen, con el impulso, que en èl imprimia su arrebatado espiritu, se movia de suerte, que, ni se le percebian, ni distinguian ojos, mexillas, frente, brazos, manos, ni alguna otra faccion, parte, ò miembro, solo se rebolvia como un globo confuso, que aun assi deleytaba, ó pasmaba á los que merecian verla en estos casi quotidianos excessos de su mente, y alma.

Duraba algunas vezes por muchas horas en los dichos movimientos, hasta que ya, como que no podia sufrir mas la naturaleza, se quietaba, y sossegaba el cuerpo, y empezaba otra maravilla rarissima. Porque trasladada à una total quietud, cerrados apaciblemente los ojos, todo el resto de el cuerpo, como de quien dulze, y blandamente duerme, se empezaba á oìr

de

de su pecho una armoniosa musica, una tan concertada, suave, sobrehumana melodia, que suspendiendo los oidos de todos, à todos enternecia, y encendia los corazones. No se oìa voz distinta, no se percebian palabras, no salia mas, ni menos apresurado, ó pausado el aliento (en que se conocia, que su aliento no era quiẽ la formaba) sino como se percibe de lexos una muy escogida, muy acorde Capilla, assi se percebia en lo alto, y superior de su pecho, ó nacimiento mismo de el cuello aquella Angelical musica, inimitable de arte, ò industria humana, que si podia percebirla el oído, no le es facil explicarla à la pluma.

Despues que duraba en estos milagrosos efectos de sus raptos unas vezes mas tiempo, otras menos, iba restituyendose muy de espacio à el uso de sus sentidos, y como alma verdaderamente embriagada, pero de vino sobrenatural, bebido dentro de el corazon de Christo, y en las mas intimas, y escondidas bodegas „ de su Divinidad: Llamad (les decia con pa- „ labras de fuego à las que estaban presentes) „ llamad todas las hermanas, todas las Reli- „ giosas, ya que no nos es dado convocar à „ todas las criaturas, y cantemosle à el dulze „ JESVS hombre Dios, dueño de nuestras al- „ mas, el cantico de sus alabanzas, que le es „ debido, por ser él quien es, y por las maravi-

llas

llas constantes, conque explica su amor para con nosotras. Juntabanse luego todas (si ya antes no lo estaban, por el vehemente atractivo de la conversacion de Christina) y empezando ella en alta, delicada, enamorada voz, el cantico *Te Deum laudamus*, lo proseguia con todas, comunicandoles en su aliento brasas de el incendio sagrado, en que ardia.

Buelta ya perfectamente en sí, si entendia de alguna (menos cauta en decirselo) algo, ò todo lo que en sus raptos de ordinario le passaba, se llenaba de un humilde, y virginal sonroseo; procuraba deslumbrarlas de lo mismo, que avian tan de espacio visto, y experimentado; esforzabase à parecer loca, por si acaso con las acciones, y palabras desconcertadas, podia equivocar las antecedentes tan sobrenaturales que padecia; pero viendolas creer mas lo que Dios obraba en ella, que lo que ella humilde fingia, tomaba por remedio ultimo de su encogimiento vergonzoso la huida, y saliendose corriendo de la clausura santa, se iba, como à refugio à la soledad. Alma verdaderamente bien anegada en Dios, y bien enseñada de Dios.

CAPITULO XXIV.

Celebres prophecias ſuyas, en el Monaſterio de Santa Catharina.

DEſpues que ſe paſſaban algunos dias, en que juzgaba olvidados ya los portentos, que tanta confuſion le cauſaban, ſe bolvia á el Monaſterio à proſeguir el aſsũpto unico de ſu vida, de encender en muchas almas el fuego de amor de Dios en el mundo, mientras para otras muchas apagaba con ſus ſatisfacciones, y oraciones el penal de el Purgatorio. En eſte Monaſterio ſe hallaba cerca de el año de mil ciento y noventa y ſeis, quando el, menos afortunado, que valeroſo, Duque de Bravante tuvo aquella infeliz batalla en que ſe anegaron los campos, y contornos de Maſtrich con la ſangre de los ſuyos, quedando con dolor, y lagrymas de toda la Provincia de Flandes victorioſos ſus enemigos.

En la hora miſma, en que ſucedia la fatal deſgracia, empezó Chriſtina à dar gritos, à derretirſe en lagrymas, à explicarſe en ſeñas, y ademanes triſtiſsimos, y clavados en el Cielo los ojos à clamar por los angulos de el Mo-
„ naſterio: Daos priſa, Hermanas, acudid preſ-
„ to à Dios, derramad en ſu preſencia vueſ-

tros

tros ruegos, vueſtras lagrymas, humilladle „ vueſtros corazones, procurad templar ſu „ enojo. Veo el ayre, y el Cielo lleno de ſan- „ grientas eſpadas. Veo diluvios de derrama- „ da ſangre. Quizàs por vueſtros ruegos ſere- „ narâ ſu ira, uſurà de ſu miſericordia. Placa- „ ble es; procurad deſenojarlo. Dios es, y „ aun en medio de ſus iras juſtas, ſabe acor- „ darſe de ſus miſericordias.

No nos conſta qual fueſſe el efecto de eſte dolor, de eſtas anſias, de eſtas lagrymas de Chriſtina. De las oraciones, y ruegos (tan agradables ſiempre à los ojos benignos de Dios) de aquellas Religioſas Virgines. Lo que sí debemos creer es, que no uſando Dios moſtrar à quien puede interponerſe, el azote, ſino quando piadoſamente quiere ſe lo quiten de la mano; ya que no ſe logró la victoria por las armas de el Duque; quizas ſe enfrenaron las ſangrientas ſobervias, y deſafueros; que deſpues de el triumpho ſuelen proſeguir barbaros los vencedores.

Encontròſe una vez con una Religioſa del Monaſterio miſmo, que ignorante de lo que paſſaba muchas leguas de alli por ſu miſmo Padre, la vió ſin eſpecial cuydado, ſantamente empleada en las ordinarias diſtribuciones de ſu caſa: y llegandoſe ſobreſaltada á ella: Anda, hija mia (le dixo) anda quan preſto „ pue-

„ puedas à el Choro, y ruega intensa, y fer-
„ vorosamente à tu Omnipotente Esposo por
„ la salud, y mas por la salvacion de tu Padre;
„ porque te hago saber, que en esta hora le
„ està corriendo un grave riesgo de ella. A èl
„ debes el ser natural, haz, que èl deba à tus
„ diligencias el preciso favor para conseguir
„ la felizidad eterna.

Pero la prophecia, en que mostrò quan patentes le estaban los corazones; y despues quanto dominio le avia concedido Dios à sus dulzes exhortaciones sobre ellos, fue la que en aquel mismo Monasterio hizo à una Religiosa â el tiempo, que tentada de el Demonio por los medios, que mas bien le salen en nuestra miserable fragilidad, meditaba apostatar, bolviendo las espaldas à el lugar santo. Mirôla un dia con afecto entre tierno, è indignado Christina, y (donde nadie lo pudiesse oír) la dixo con voz seria: *Vaso vacio, Virgen imprudente repara siquiera el escandalo, y la desbonra que tus pensamientos te han de ocasionar à tì, y à esta Santissima Casa.* No le dixo mas: pero ella, à quien ya desvocaba su passion à el principio mal resistida, y le avia cegado los ojos para otra atẽcion, que la de complacerla, dentro de pocos dias huyô, y desamparó el Monasterio, dexandole entonces solo el desdoro, y escandalo, que le causo la publica desemboltura.

Chris-

Christina, que tanto antes sabía la miserable perdicion de aquella alma; creyò que Dios le ofreeia á el encuentro esta dura, y fria piedra, para que centelleasse en ella su charidad fervorosa. Estrechòse con el Señor, y con lagrymas, penitencias, peticiones frequentes, en que por muchos meses consumia los dias y las noches, no lo dexò de sus brazos, hasta tanto que el Señor Clementissimo la asseguròde su restauracion. Bolviò (à fuerza de auxilios de la Divina gracia) en su acuerdo, y sobre sì la perdìda Religiosa, y reconociendo contrita la grave enormidad de sus pecados, apelò à el unico, pero poderosissimo remedio de los delinquentes, que fue borrar con sus perpetuas lagrymas la fealdad de sus sacrilegios. Pidiò con publicas, muy repetidas muestras de contricion, humildad, serio arrepentimiento, que el mismo Monasterio que antes la avia recebido innocente, la recibiesse Penitente aora, hasta que su dolor, sus penitencias, ruegos, y humillaciones, recabassen de Dios (que tanto pueden, rociadas con la Sangre de Christo) le bolviesse la perdida gracia, y amistad antigua.

No avia hasta aora vencido la mas enfadosa dificultad Christina, à quien ya rebosaba el gozo de ver recobrada para Dios aquella alma. Las Religiosas, que avian sufrido con

sum-

ſumma verguenza el deſdoro, y deſcredito (que entre el vulgo, que haze muy ſuperficiales ſus juycios, y funda ſobre polvo ſus opiniones) avia padecido ſu Monaſterio; aora, como en teſtimonio de el horror, conque avian mirado la fealdad de el eſcandalo, eſtaban tan dificiles, è inexorables para averla de bolver à admitir en ſu compañia, que no daban eſperanza de dexarſe vencer de algunos ruegos; porque juzgaban, que en hazerlo aſsi, miraban por la hõra de el Eſpoſo ofendido con la traycion, é inconſtante infidelidad de aquella miſerable delinquente. Mugeres engañadas con la hermoſa copa de piadoſo zelo (ya ſe vè, que no, ſegun ciencia) quien pudiera vencerlas?

Pudo la prudentiſsima, y abraſada charidad de Chriſtina, que viendo ſu dureza de entrañas, y la reſolucion, conque deſpedian à la que arrepentida ſe bolvia à Dios; convocadas, „ y preſentes todas: No sé, hermanas (les di- „ xo) de què me eſcandalize mas, de la flaque- „ za de eſta, ó de vueſtra entereza. Aſsi apre- „ ciais la Sangre de Jeſu-Chriſto vueſtro dul- „ ze Eſpoſo, derramada entre injurias, afren- „ tas, y martyrios, porque eſta miſerable lo- „ gre la vida enterna? Tan poco apreciais un „ alma, que aſsi la deſechais, y deponeis? Pues „ què? Acaſo os aveis olvidado de la grande „ promeſa de Dios, repetida innumerables ve-

zes,

zes, de que en qualquiera hora, que el peca- „
dor dexare su pecado, y se convirtiere à èl „
con sincera penitencia, lo hallarà con los „
brazos abiertos, y olvidandose de sus tray- „
ciones, lo bolverà gustoso à la possesion de „
su amistad, y gracia? Esta prodiga huyó de „
la casa de su amable Padre, desperdiciò su „
thesoro; viviò segun la licencia, que contra „
razon, y justicia se tomaron sus brutos ape- „
titos. Todo esto es verdad certissima; pero „
lo es tambien, que buelta en su acuerdo, con- „
fiada en la misericordia, y en las entrañas „
dulzes de su amable Padre, buelve arrepen- „
tida à arrojarse con humildad á sus pies: le „
cerrarèis vosotras las puertas, quando gusto- „
so èl le abre el corazon, los brazos, la estre- „
cha à su pecho piadoso, la halaga, la regala, „
y haze, que por su buelta se regozijen, y ha- „
gan fiesta los mas puros Angeles, la vistan „
adornos de gracia, y pongan en su dedo el „
anillo, arrha, y esperanza de Gloria?

Desacreditô a el Monasterio. Lo he vis- „
to, y os lo confiesso; y puede hazer mas pu- „
blica restitucion, dar satisfaccion mayor, „
que bolver voluntaria, y llorosa à encerrar- „
se à perpetua penitencia en el mismo Mo- „
nasterio Santo, que si se hizo para Paraysо, „
y Custodia de innocentes Virgines, se hizo „
tambien para asylo, y refugio de penitentes? „

„ Y quantas quizàs de vosotras, haziendo mas
„ aprecio, y confianza, que el que acaso de-
„ debeis, de vuestra entereza, estareis en in-
„ ferior grado en la acceptacion Divina, que
„ el que a esta despues de sus pecados, le avràn
„ grangeado sus amargas lagrymas, y la hu-
„ mildad conque sufre la publica repulsa, con-
„ que la afrentais? Hermanas mias, grande
„ virtud es la entereza, y virginidad; pero
„ mayor, sin duda, es, la que es Reyna de to-
„ das, la charidad. Esta humilde penitente po-
„ drá salvarse, aunque no sea Virgen: vo-
„ sotras no podreis salvaros, no sien-
„ do charitativas. Mirad bien lo que determi-
„ nais. En despedirla á ella me despedis à mì,
„ que me iré à donde ella se fuere, à preten-
„ der la honra de serle compañera, ò criada; y
„ à tener mucha lastima de todas vosotras, que
„ en despedirla, os despedis de el Cielo.

No avian hecho la vastante reflexa sobre su terquedad las buenas almas de aquellas Religiosas santas, hasta que con sus solidos argumentos las precisò à hazerla Christina: y como su resistencia no se fundaba en odio, crueldad, ô malicia, sino en mal entendido, y peor practicado zelo, cedieron luego todas de su dictamen. Abrieron las puertas á la arrepentida, que besando agradecida, y tierna los pies de todas, y pidiendo perdon, y penitencia por

sus

sus desaciertos, y escandalos, durò en ella, lo que durò su vida, dexando escrito con acciones de oro, el desengaño mal creido, de que la risa de una sola hora, suele costar el llanto de toda una vida.

CAPITULO XXV.

Soliloquios de Christina.

Hemos referido en la historia de esta Admirable Virgen, pocas luchas interiores suyas, que quizàs fueron las que mas la labraron; solamente las hemos inferido de las acciones externas, que necessariamente las presuponen; pues no aviendola exceptuado el Señor, de aquella comun ley conque para qualquier obra buena, todos (quantos no son prevenidos de especial privilegio) sienten la mutua contradiccion de el espiritu, y la carne; por lo qual la arreglada vida christiana se llama en la Escriptura *militia*: quien obrô siempre tan contra los fueros de nuestra natural delicadeza; quien siempre fué tyrana de sì misma, què luchas no huvo de sufrir, y vencer para serlo constantemente? No obstante, porque no todas quedassen à merced de quien las infirieste, en una quiso Dios prevenir testigos, para que referida fielmente por

ellos, á quien con igual fidelidad la eſcribe, que es el primero Eſcriptor de ſu vida, nos pudieſſe ſervir de exemplar dechado para hazer en noſotros juycio, y juſticia.

El Abad de San Trudôn en el tiempo, en que era Parrocho de ſu Igleſia, bolviendo una noche de ella de cantar los Maytines, cerca ya de el Aurora; reparò, q̃ Chriſtina con aquel ímpetu, conque ordinariamente ſu eſpiritu arraſtraba, mas qne conducia á ſu debil, y flaco cuerpo, caminaba, y ſe entraba en la Igleſia. Vinole un gran deſeo de obſervarla, y rebolviendoſe con un compañero, con quien acaſo iba, y entrandoſe con èl en el Templo, eſcudados de uno de ſus pilares, ſe aplicaron con buena, y util curioſidad, à notar ſus acciones, ò ſus oraciones.

Vieron, que llegandoſe la Santa Virgen muy cercana à el Altar, arrojò á la tierra ſu virginal cuerpo, poſtrandoſe profundamente; y que deſpues que algun tiempo permaneciò adorando en eſpiritu, y mente á el Señor, hiriendo con repetidos golpes ſu pecho, è innocente cuerpo, deshaziendoſe en llanto, decia: „ O! miſerable cuerpo, peſado compañero „ mio, quando te canſarás de atormentarme? „ Haſta quando me tendrás en tu dura, he„ dionda, y aſqueroſa carcel, ſin dexarme lle„ gar à ver aquel roſtro, en quien ſe miran

con

con delicia los Angeles de mi dulze Redẽp- „
tor Jesus? Quando me acabaràs de despedir „
de tì, para que pueda libre volar, y bolver- „
me à mi Patria, a mi centro, à mi inefable „
Criador? Ay de tí, cuerpo terreno, digno de „
compassion: y ay de mì mas digna de ella, „
condenada à sufrir tu pesadéz, por no ferme „
licito el acabar con tigo, para empezar â vi- „
vir una dichosa, una eterna, una solo ver- „
dadera vida.

Callò, y serenòse por algun espacio; y bolviendo despues, como á abogar por su inocente cuerpo, la oyeron que decia: O, alma injusta, é inconsiderada en los cargos, „ que me hazes, para què me afliges con ellos? „ Quantas vezes me has puesto (obedeciendo la inspiracion Divina) en precisision de „ averte de dexar, si la misma Providencia no „ huviera milagrosamente conservado nuestra union para sus altissimos fines? Pues tengo yo alguna culpa en lo que solo es disposicion, gusto, ley, y clara voluntad Divina? „ Què ay en mì, que te pueda detener, ò deleytar? Tú has pretendido siempre mas que „ acabarme, y darme unos tormentos para mí „ intolerables? Què rato bueno me has dado? Què descanso me has concedido? Por „ què no me dexas bolverme â la tierra, de „ que fui formado, para que alli siquiera des- „

can-

„ eanſe un poco, haſta que llegue el ignorado
„ dia, en que me aya de bolver à unir en eter-
„ na compañia con tigo ? Por lo que toca a
„ mì, anda, vuela al dichoſo aſsiento que ſe
„ te ha prometido, donde gozes verdaderos,
„ ſolidos eternos bienes, y dexame en tanto
„ deſcanſar en paz.

Ahogaba eſtas ultimas palabras en profundos ſuſpiros, en abundantes lagrymas, y el corazon anhelando, parecia quererſe ſalir de el pecho; haſta que reſtituyendoſe à un ſuave repoſo, ſe fixaba profundamente en la contẽplacion de ſu Dios. Deſpues que en ſu Mageſtad deſcansó largo tiempo, moſtrando un roſtro de Angel en lo apacible, una alegre, y graciosa riſa, cogiendo con ambas manos ſus virginales pies, los besó con un tierno, y detenido afecto; y pidiendole perdon, conſolaba á
„ ſu cuerpo en eſta forma: Dulziſsimo, y ama-
„ ble cuerpo mio, mal hize en afligirte, mal en
„ culparte. Tú ſiempre me has ſido fièl, y obe-
„ diente compañero para aquellas obras bue-
„ nas, aunque para tî duras, que me inſpirò
„ Dios. Sufriſte de buena gana los trabajos,
„ los tormentos, muchos, y muy penoſos, que
„ te mandô ſufrir el Eſpiritu: yo te lo agra-
„ dezco (y les repetia à ſus plantas, à ſus ma-
„ nos, ſus brazos, dulziſsimos beſos.) Ea ami-
„ go agradable, poco queda. Sufre todavia

algun tanto. Muy presto llegarà ya aquel „ dia, en que descanses en honrado polvo, has- „ ta que resonando la final trompeta, te levan- „ tes hermoso, luzido, agil, incorruptible, y „ vestido de altas calidades de Espiritu, de res- „ plandores de Gloria, te ùnas para gozos per- „ petuos con esta alma, à quien tuviste por „ compañera de tus sinsabores.

Entre estas ternuras, consuelos, y esfuerzos, no dexaba de besar sus pies, de halagar à su cuerpo, y viniendo à aquel jubilo, que ya diximos era ordinario efecto de sus extasis, mostraba tan estraña alegria en su interior, en su alma, que parecia no aver de vastar para sufrirla el cuerpo: si aquel Dios, que sabia templar sus penas, para que no desfallecieste en ellas, aora no cuydasse, ó de templar sus gozos, ò de confortar la flaqueza, y debilidad de la naturaleza, para que pudieste, sin perecer, sufrirlos.

CAPITULO XXVI.

Ultimo año de su santa vida.

TOda la vida de Santa Christina fue una continuada preparacion, conque disponiendo â sus proximos, se disponia à sì misma para el lance poco pensado, poco me-

di-

ditado de muchos, y assi poco prevenido de la inevitable, y peligrosa muerte. Todas sus obras, sus executiones, sus palabras eran pregones de la Eternidad, conque intentaba despertar à los hombres, y ayudarlos (como ya hemos dicho) à que procurassen conseguirla felíz. No obstante teniendo aora, ó aquellas especies infussas, conque suele avisar Dios à los que mucho ama; ò clara revelacion de que se daba ya por servido, segun su beneplacito, de su glorioso, heroyco, y dilatado trabajo, y queria llamarla de el destierro a la Patria; empezò à alterar el ordinario orden; y en unas, como tempranas sombras, que se iban intensando cada hora, á explicar, que se ponia ya aquel exemplar Sol de el mundo.

Empezò a frequentar mas que nunca los lugares desiertos, de donde ya raras vezes bolvia à el Monasterio, y essas, ò quando la inspiraba Dios alguna oportunidad de ayudar de algun modo à la correccion, y salvacion de los hombres, ó le mandaba viniesse á tomar algun corto alimento. En tales ocasiones venia; pero aviendo con toda ligereza logrado el obsequio de Dios, ô satisfecho à la propria instante necesidad, à que solia añadir algun rato brevissimo de sueño, se bolvia con tanta presteza, q̄ jamàs consiguiò alguna Religiosa detenerla algun poco, para lograr su santa conversacion.

An-

Antes, las rarisimas vezes, que venia à tomar algun alimento, guardaba un tan exacto, y rigoroso silencio, que ni ella saludaba à alguna de las Religiosas, ni personas devotas con quienes hablaba antes, ni el semblante suyo permitia tampoco, que ninguna la saludasse.

Nadie, en todo el ultimo año, que precediò à su muerte, viò en ella aquellas señas de alegria modesta, y afable, conque antes se permitia, y aun convidaba à el humano, dulze, espiritual trato. Nadie la viô reir. Siempre andaba, ò totalmente absorta, enagenada, extatica, ò tan triste, tan llorosa, tan sin respirar mas que en funestos suspiros, que ni se atreviã â hablarla, ni à preguntarle algo de lo mucho, que para su instruccion espiritual, y enseñanza celestial, solian. Todos quantos la veian se lastimaban de verla tan afligida, tan melancolica, tan entregada à el llanto.

Juzgaban muchos, y juzgaban (segun leo, que tal vez se trasluzia) bien; que era la causa de su silencio, su dolor, sus lagrymas, el que en todo aquel tiempo tenia muchas mas revelaciones, que antes, de el estado infelìz del mundo, de las raizes tan profundas, y espesas, que avia en todos los estados, edades, y sexos echado la malicia, de el summo resfrio de la charidad, y de la piedad christiana. Pero lo que mas dura; amarga, y continuamente la afligia, era

ver

ver afeado á casi todo el genero humano en la deshonestidad, y en aquella especie suya, que teniendo presente la ocasion siempre, haze precipitar mas ordinariamente, y ver que por este abominable vicio, estaba tan irritada la infinita paziencia de Dios, que llegaba à temer de el enojo, è ira, que se le mostraba, que amenazaba (si no huviesse emmienda) à casi todo el Orbe, especialmente Christiano, la ultima ruina.

Vestìa en estos ultimos dias su virgineo cuerpo unas tales calidades de Espiritu, que causaba nueva admiracion. Pues entrando tal vez al anochecer por medio de el Monasterio, apenas parecia, que tocaba la tierra; ni se veían, ni sentian sus passos, que eran tan velozes, que dudaban las mismas que la veían, si era cuerpo, ò sombra de èl; ni aun la velozidad de la la vista solia ser bastante à seguirla, con que quando de algun modo percebian su movimiento, ò su sombra, llegaban hasta à horrorizarse, como si percibiessen algun phantasma. Verdaderamente era hermosa preparacion para volar â el Cielo, aver passado aun à el terreno cuerpo resavios de puro Espiritu. Ay de nosotres, los que à los espiritus passamos, mientras vivimos, brutalidades de cuerpo! Què dificiles de desnudar serán, aun quãdo venga de espacio, y avisando que llega la muer-

muerte! Y què serà, si viene, como ladron, en la hora que menos se sospecha?

CAPITULO XXVII.

Su ultima enfermedad.

COMO los que navegan á el Aravia feiiz, suelen algunas leguas antes de llegar, empezar à percebir la suave fragrancia de sus atomas; mucho mas à los que caminan à passos largos, y remontados à el Cielo suele Dios hazer sentir, antes que lleguen à la Celestial Patria, algunos como destellos, y relieves de bienaventuranza. Se le iba llegando à Christina el dia, y hora de bolver à el Cielo; y muchos antes empezô à sentir tal dulzura de contemplacion, tan frequentes arrebatamientos, extasis tan suaves, que apenas le era posible con una summa violencia, pensar en otra cosa, aunque buena, sino era en su Criador, y en el alto Palacio, en que reyna con los dichosos Espiritus, y Almas bienaventuradas. No podia siempre hazerse tanta fuerza, y viẽdo, que los extraordinarios movimientos de su Espiritu, eran lluvias de el Espiritu S. y marèas, conque queria levantarla de el suelo quiso dexarse conducir de ellas, no cuydando de atender mas, à alguna cosa terrena, ò humana.

En-

Entendiò claramente en eſtos tranſportes de ſu eſpiritu, y alma, que avia llegado à el termino ſeñalado por Dios, y al fin de ſus duriſsimos trabajos, que no atendieſſe ya mas, q̃ morir, y reſtituirſe à la Patria, de donde le avia hecho la piedad ſufrir un largo voluntario deſtierro. Con eſta noticia cierta, llamando en ſecreto à una Religioſa, confidente ſuya, llamada Soror Beatriz, que parece, que a la ſazon era Abadeſa de el Monaſterio, ò à quien ella avia ofrecido particular obediencia, le rogò, que con ſecreto le puſieſſe en ſu celda alguna cama, porque de los accidentes, que ſentia, inferia, que le amenazaba grave enfermedad.

Hizo la Religioſa con fineza terniſsima lo que le pidiò Chriſtina, y diſpuſole una cama, aunque à el uſo de el Monaſterio, en que avia exacta pobreza, todavia no acomodada â ſu genio penitentiſsimo: bien que conociendo, que era el ultimo brete, en que queria acriſolarla Dios, poco reparo hizo â el acoſtarſe en ella, en que fueſſe mas aſpera, ò menos, pues ſabia muy bien, quan poco podia aliviar la cama blanda à los dolores externos, è interno padecer que ſe le prevenia. Apenas ſe huvo preparado la cama, quando ſe hallò embeſtida de el accidente ultimo, y huvo de recogerſe en ella, como final palenque de ſu paziencia.

Empezaron à excitarla dolores de caſi todos

dos los miembros de su purissimo cuerpo, y aquellos efectos contrarios de los fuegos, y de los yelos, de las hambres, y sedes, y de todos los otros martyrios, que para que pudiesse continuarlos, avia tenido sulpensos la Divina Providencia les abrio aora, y les soltò los Diques, para que (no en un instante, como pedia su natural furia) sino lenta, y tardamente le fuessen acabando la vida. Sufriòlos por espacio de tres semanas cõ una indecible paziẽcia, con una exemplarissima resignacion en la voluntad de su Dueño.

Aunque era este tan aspero, y grande, no era el tormento mayor que padecia la enferma, sino el que (deleytandose Dios en su humilde, y heroyco sufrimiento) dexandola en manos de dolores tan crueles, le escondiò su Magestad su rostro, le detuvo la corriente de aquellos celestiales deleytes, que siempre aviã sido la salsa de sus humanamente intolerables fatigas. Mucho la molestaban las penas, y dolores corporales; pero afligianla, sin comparacion, mas las penosas ansias, conque atribulados todos sus racioles sentimientos, cada instante la preguntaban: *Donde està tu Dios?* Sin que le quedasse respuesta que poderles dar, sino aquella de que la fé animosa la certificaba: *Escondido està detràs de estas paredes, pero mirandome por las piadosas rimas*, que le dexan abier-

tas

tas ſiempre *los cancèles* de ſu miſericordia.

Viendo iban rindiendoſe, y faltando totalmente las fuerzas naturales deſpues de tres ſemanas de enfermedad, pidiò con devocion humilde, que ſe le adminiſtraſſen los Sacramentos de el Sagrado Viatico, y Santo Oleo; y entre lagrymas, y oraciones de aquellas deſconſoladas Virgines, y de quantos Sacerdotes, y Religioſos pudieron juntarſe, promptamente ſe le adminiſtraron. En eſta hora ſe bolvió à abrir de par en par el Cielo, y à continuarſe en ſu Eſpiritu la abundante avenida de conſuelos, luzes, y deleytes celeſtiales. Fue tanta la ſuavidad de ellos, los ardientes ſuſpiros, que le cauſaron mientras agradecida rendia à ſu Amantiſsimo Criador las gracias de averle recebido, que dudando Soror Beatriz, ſi era entregar ya el alma; hincandoſe de rodillas, la rogò que la oyeſſe, y reſpondieſſe à unas dudas, que à cerca de ſu camino, é inſtruccion eſpiritual, la inquietaban. Suſpendiò entonces Chriſtina aquellos, que parecian ultimos alientos, y eran deliquios de ſu abraſado amor, y callò, dandole lugar, y oportunidad para que preguntaſſe. Juzgò Beatriz, que eſtaba enagenada, y por entonces incapaz de atenderla, conque ſuſpendiò las preguntas, que le queria hazer, reſervandolas para tiempo, en que huvieſſe buelto en sì; y ofreciendoſele coſa, que ha-

hazer fuera de la celda, salio; dexando à la enferma (que iuzgaba arrobada) sola. O, como juega Dios en la tierra!

CAPITULO XXVIII.

Muere segunda, y tercera vez.

LOS efectos, que su humildad, como algunas otras virtudes obran en los mismos Santos, que mas solidamente las practican, no se suelen acabar con su muerte; antes aviendo prevenido con tiempo à el Señor de las virtudes con confiadas suplicas, suelen extenderse à dias, y aun siglos despues de ella. Fue comun opinion de San Trudon, que muchas vezes antes de enfermar Christina, avia rogado à Dios, que se sirviesse su Magestad Santissima de dispensar, y suspender en su muerte el estylo ordinario, que practica con los que le sirven fielmente (aunque este, ni es preciffo, ni se ha de hechar menos) y assi no permitiesse en ella algun explendor de milagros, que la recomendassen para con los vivos, sino que la dexassen morir sin mas ruido, que el que en los demàs hazen las vozes lugubres de las exequias. Yq avia tenido su humildad el consuelo de obtener esta gracia de su Magestad.

Apenas la dexò sola su piadosa enfermera

So-

Soror Beatriz, quando obligados de deseos, y suplicas repetidas de la moribunda ; sacaron los Angeles su Santo cuerpo de la cama à el suelo, para que muriesse en el abatimiento, en que avia escogido vivir. Viendose en èl, alzò los ojos, y encendidos afectos à su Dios, con tanta vehemencia de Espiritu, que bastó à desatarlo de el cuerpo, y entregarlo en manos de su Criador. La Religiosa, con los dos cuydados de el estado de su enferma y de hazerle con tiempo sus preguntas, bolviò en breve à la celda, acompañada de otra piadosa Hermana, que se ofreciò à ayudarla en los obsequios, que en tal hora necesitasse la amable moribunda. Entraron ambas, y hallaron el Venerable Cadaver, como lo avian puesto, cubierto, ó amortajado en su tunica sobre el suelo, los Angeles.

No es facil de explicar el dolor, que traspassò en tal vista el corazon de la buena Religiosa Soror Beatriz. Arrojóse sobre el Santo Cuerpo à ver si en pulsos, ò respiracion, hallaba algun rastro de vida. No hallandolo, soltó las riendas, que avia detenido el susto, à los suspiros, y lagrymas, y quando pudo articular las vozes, empezò con un piadoso enojo, con una charidad como indignada à reñirla, que sin despedirse de las Religiosas, que tan cordialmente la amaban, sin darles su bendicion,

cion, sus ultimos consejos, y alientos à la perfeccion, que en su estado profesaban, se huviesse, como à traycion huido de su compañia.

Tanto (le repetia entre lagrymas) tanto te atraìa, y te tiraba el Cielo, que por charidad renunciaste por tiempo tan dilatado, que no te permitiò aora un instante, en que compadeciendote mi ceguedad, me instruyesses, y alumbrasses mis ignorancias? Pues perdoname, amada mia, que no ha de ser assi. Siento, que mi corazon concibe una firme confianza en Dios, de que he de conseguir lo que intento, si en su nombre te lo mando. Christina, por todo el tiempo, en que mereci conocerte, me fuistes siempre obediente: conjurote por Jesu-Christo, à quien amaste tan fervorosamente, que me obedezcas aora, y pues podràs lo que quieras, en virtud de aquel Dios, à quien ya estàs unida, te mando que buelvas à el cuerpo, por el corto tiempo, que fuere bastante para dar respuesta à mis dudas, y resolucion à mis perplexidades.

O, Dios Omnipotente! Quien podrà explicar dignamente las altas maravillas de tu diestra! Apenas acabò Soror Beatriz su cõfiado conjuro, quando bolvio Christina segunda vez difunta a dar muestras de tercera vida. Fueron un suspiro ternissimo, conque obriendo sus apacibles ojos, y fixandolos en la Reli-

„ giosa: O Hermana (le dixo) por què no me
„ dexas descansar en mi Dios? Por qué me
„ hazes bolver à ver la opaca luz de el mun-
„ do? Por què me usurpas este rato de Cielo?
„ Qué te detienes? Propon presto tus dudas,
„ y dexame bolver à ver aquella bienaventu-
„ rada Patria, donde solo respiran los cora-
„ zones, y almas. Mientras preguntaba, y se le respondia, corrió la voz de el admirable caso por todo el Monasterio; y juntandose las Religiosas, lograron que (satisfecha ya, y enseñada Soror Beatriz) diesse á todas su ultima bendicion, y cerrasse tercera vez los ojos, restituyendose à el Cielo.

Fue su ultima glorioſa muerte el año de mil doscientos y veinte y quatro, aviendo vivido despues de su resurreccion primera, en el genero de vida, que he escrito, quarenta y dos años. El dia de su muerte se ignora. No obstante la Religion antigua de el gran Padre San Benito, que (aunque nunca hizo profession en ella) la mira como prenda propria por su afecto siempre fièl, y grande para con sus Religiosas, por aver muerto en Monasterio suyo, averse enterrado en èl, y trasladado con èl, le señala en su Menologio el dia veinte y quatro de Julio. No sè si por aver rastreado algo (que yo no he podido hallar) de el dia cierto de su felìz transito, ò porque en esse

dia

dia celebra la Iglesia otra Santa Christina Virgen, y Martyr. Es cierto, que la antiguedad atendiò mas a hazer, que a escrebir, y assi en esta, y otras sagradas historias se nos han defraudado muchas noticias, que promovieran la edificacion. Pero (si nos queremos aprovechar) por la exaccion suple la multitud de exemplos.

No me dexa mi fria devocion hacia ambos. dexar de hazer una breve reflexa. En el mismo año, mil doscientos y veinte y quatro, en que muriò Santa Christina, imprimiò Christo, bien nuestro, sus sagradas Llagas en el cuerpo de el Santo Patriarcha, y humano Seraphin San Francisco. No parece que quiso Dios dexar tan presto el mundo sin visible portento, que (como dice la Iglesia, hablando de esta milagrosa impresion) bastasse â inflammar en el amor de Dios los frios corazones de los hombres; y assi à unos tormentos, que eran impresiones de Dios en el cuerpo de una muger admirable, quiso, que sucediessen los suyos Christo, imprimiendolos en el cuerpo de un admirable Hombre. Bendita sea charidad tan ardiente, que no la enfrian nuestras ingratitudes.

***

CAPITULO XXIX.

Entierro, y translacion de su Sto. Cuerpo.

AUnque el Monasterio, en que muriò la Santa, y celebre Virgen Christina, estaba (como dixe) fuera de los muros de San Trudòn, estaba tan cercano à la Villa, que luego que muriò, tuvieron la noticia de su felìz transito todos sus moradores. Todos sintieron su falta, si bien regulados por diversos espiritus, lloraban unos, que miraban mas hacia sì, y sus intereses, que hacia Dios, y su gloria, su perdido consuelo: otros, que mas seriamente atendian à los intereses de la gloria de Dios, mucho mas que los suyos proprios, lloraban el perdido exemplo. Pero conservando estos en el thesoro de su corazon las especies de lo que avian visto hazer, y practicar à la Admirable Virgen, hizieron en su santa vida abundante provision de fomentos para sustentar una muy christiana piedad: concibieron horror à los pecados, amaron la penitencie, y huyendo de las falsas risas, y contentos de esta vida, procuraron escusar Purgatorio; pues aunque quedaban los medios comunes, que la Iglesia practìca para salir de èl; no avia ya una Christina, que tanto bien hiziesse por las Almas Santas, mucho mas por

las

las de sus Paysanos, como mas conjuntas, y unidas por la misma naturaleza.

Vinieron luego todos à el felíz Monasterio, caxa de aquella preciosissima perla, veneraron su S. Cuerpo, y la devocion, que viva no avia logrado infundir en los corazones de muchos, la infundió aora muerta; pero mas poderosa por la mayor cercania á el que solo conoce, penetra, mueve, y convierte los corazones. Ya que estorvó, y no quiso los milagros plausibles, le concedió Dios en su muerte estos, menos explendidos, pero no menos estupendos milagros, de que resucitassen los corazones muertos a la piedad, y la gracia; sanassen los enfermos, é impedidos para las obras buenas. Viessen los que ciegos voluntariamente antes, no veìan el Cielo, porque no querian mirarlo. Andubiessen los caminos de el Cielo, los que antes estaban coxos para ellos, se estendiessen, y jugassen las manos, antes secas para la limosna, y exercicios de charidad. Finalmente en su fin, y dichosa muerte empezasse la vida espiritual de muchos, que la fueron perfeccionando, y acabaron con fines invidiables.

Dióse le sepultura á el Santo Cuerpo en la Iglesia de el Monasterio, por mano de los Sacerdotes, y personas Religiosas, que con lagrymas en los ojos, escondieron en la tierra aquel portento, que tan glorioso avia hecho Dios à

su

ſu viſta, y en ſu miſmo Paìs, y hallaron tratable, hermoſo, eſpirando celeſtial fragrancia aquel Virginal Cuerpo, que por Dios, y ſus amados proximos no ſe avia jamàs negado à algun genero de martyrio: antes *paſſado por fuego, y agua*, y por todas las invenciones de aſperiſsimàs penitencias, deſcanſaba; aguardando *el refrigerio* de verſe veſtido de los dotes glorioſos. Y por quarenta y dos años de trabajos, y penas, gozar de una eternidad de jubilos, regocijos, y glorias; que ni ojos vieron, ni oìdos oyeron, ni cayeron enteramente en penſamientos de hombre.

Aqui eſtuvo el Sagrado Cadaver enterrado ſiete años. Haſta que aviendo las Religioſas de paſſarſe à otra Caſa, que avian labrado cercana à la antigua, pero en lugar mas commodo, y ſaludable; trataron antes que ellas miſmas paſſaſſen, que ſe trasladaſſe ſu mas rico theſoro, que era el Cuerpo de Santa Chriſtina, à ſu nueva, mas grande, y hermoſa Igleſia. Convocòſe, pues, el Pueblo con ſu Venerable Clero, y llegando con todas las Religioſas à la ſepultura, en que antes la avian depoſitado; deſcubrieron las Santas Reliquias, y à el punto ſe percibiò tal fragrancia, tan diferente y tan ſuperior à la de todos los naturales, aunque muy exquiſitos aromas; que ſe conocia no ſer olor de tierra, ſino relieves de el Parayſo; pues

las

los naturales, y humanos, quedandose en el externo sentido de el olfato, à èl solo causan algun breve deleyte; pero este, passando de èl, se insinuaba su suavidad à los mismos corazones, y almas, moviendolas fuertemente à alabar à el Criador admirable en todos sus Santos, pero admirabilissimo en Christina. Hizose esta translacion año de mil doscientos y treinta y uno. El dia no se sabe.

Obrò Dios en su translacion los milagros, y portentos, que en su muerte estorvò con sus ruegos, y oraciones la humildissima Virgen. En la nueva sepultura cobraron vista los ciegos, pies los coxos, manos los mancos, y salud todo genero de enfermos. Salieron de los cuerpos, que poseían, gimiendo los Demonios. Assi en general, y en confuso testifica estos milagros el primer Venerable Author, y Escritor de esta historia santa; y de escrebirlos en particular se escusa con su multitud, y la escasez de el tiempo (quien lo empleàra como èl!) que tenia para ello. Aora ya passados cinco siglos, y à tan larga distancia de el theatro, donde se obraron, solo podran escrebirse los que se adivinaren. Quizas refrescandose aora con la memoria de esta Santa Virgen (hagalo Dios, por su Madre Santissima) su especial devocion, se juntarà materia abundante, que refiera, quien emmiende este escrito.

CAPITULO XXX.

Breve reflexa sobre esta santa Historia.

ESTA es la verdadera, y fiel Historia de esta admirable Virgen. Ella, dandole Dios opcion para ello, quiso ofrecer á los ojos de el mundo un dechado, no sè si diga de lo que es la justicia de Dios, ó de lo que es su gran misericordia. En ver á el Señor tomar de una alma innocentisima tan rigidas satisfacciones, tan intensos, repetidos, y prolongados martyrios, para satisfacer por las penas, q̄ las Almas ya tiernamente amadas de el mismo Señor, confirmadas en su gracia, avian no obstante de sufrir, y passar en la carcel de el Purgatorio; se dexa ver su justicia, rectitud, severidad; y mas si haze (como debe hazerse) el argumento de Christo: *Si esto se haze en el leño verde, qué se harà en el seco?* Si esto es el Purgatorio, qué serà el Infierno? Y este se ha de escoger por un deleyte momentaneo vil, vergonzoso? Pues la verguenza es el fruto mas connatural de el pecado: *què fruto sacasteis de aquello, de que aora os avergonzais?*

Pero mas juzgo que se dexa ver la immēsa piedad, dulzura, y charidad de Dios para con los hombres. Pues su intencion principal en la vida de Christina, era predicar aterrando los tercos corazones de los hombres; y siēdo cier-

to, que: *mueven mas tardamente los animos, las especies que entran por los oìdos, que las que entran por los ojos*: quiso, que de un bosquexo de el Infierno, percebido por los ojos, infiriessen algo de el original, que bastasse á aterrarlos, para no ver en sí por una eternidad, infinitamente excedidos los tormentos, que vistos en Christina por muy pocos instantes llenaban de terror, y espanto sus mismos corazones. Y quien dirà q̃ el Padre, que muy de espacio và desnudando la espada para dar lugar à el Hijo de que arrepentido le pida perdon, con animo cierto de darselo, no es con el Hijo piadoso, en los mismos amagos de justiciero? Quien dirà, que no es piedad, y amor de la Republica con sus Hijos, tenerles puesta siempre la horca à la vista, para que su miedo los obligue à ser buenos?

Y à vista de este exemplar, de estas expressas intenciones de Dios en él, qué decimos, ó què hazemos? Tememos el cotejo, que harà Dios, si pusiere en su Juycio en frente de nosotres (no digo un Jesu-Christo Cruzificado) sino infinitamente menos, una Virgen Christina, y nos diga: Esta hizo, y padeciò lo que has leìdo, no por pecados suyos, sino porque cobrasses tú horror à los pecados, y no los cometiesses: como, pues, has correspondido â la intencion mia, y à la execucion de esta? Se privó de el Cielo por quarenta y dos años, pa-

ra hazerte en sus tormentos, aborrecibles tus vicios: y tù huyendo para siempre del Cielo, pisaste con desprecio sus tormentos, por correr tras tus vicios. Yo bien creo que por otros innumerables motivos, que la fè nos enseña, nos serà summamente horroroso el juycio; pero juzgo, que si todos faltassen (ninguno puede faltar) para hazernos el juycio horroroso, bastaria que el Señor, omitiendo el cotejo con otros Santos, y con otras Santas, nos hiziesse ver en èl solamente una Christina.

Aun se mueven en tiempo estas èspecies, que podemos hazer nos produzcan el provecho que intenta la piedad de Dios, y nos persuade la admirable Virgen. No nos convidàra Dios, si no tuviera prompta para ayudarnos su divina gracia, sin la qual sabe muy bien, que no podemos tener aun un pensamiẽto bueno. Dexemonos, pues, vencer, y logremos en tiẽpo la piedad de Dios, si queremos lograrla por la eternidad. Ni es creible nos niegue para ello su intercession poderosa aquella S. Alma, que à tanta costa suya nos franqueó sus exemplos, y predicacion fervorosa. Roguemosla, que nos oyrà; y si nos vé aplicados à conseguirlo, nos alcanzarà el bien que desearemos, de aquel amable Dios, con quien vive, y reyna por todos los siglos de los siglos.

AMEN.

PA-

PATROCINIO DE STA. CHRISTINA.

POR lo que queda dicho en los Capitulos diez y ſiete, y veinte y dos, que pueden bolver à leerſe con eſpecial reflexa, y por todo el inſtituto de la Vida de la Santa ſe vè, que aviendo ſido todo ſu amor la ſalvacion de las Almas, cuydò eſpecialmente de las de los moribundos, como quiera, que de la muerte pende la eternidad. Las virtudes, que caben en el Cielo, en èl mejoran ſus practicas, y ſe perfeccionan; conque ſi antes patrocinò con tanta charidad, y amor à los que eſtaban proximos à ſalir de la vida; aora, que es mas ardiente, ſin comparacion, ſu amor al lo-

gro

gro de nueſtras almas, mucho mas ſu poder, y mas vivo el conocimiento de nueſtra neceſsidad, ſe aplicarà, mucho mas que en vida lo hazia, à amparar à aquellos, que le huvieren encomendado en tiempo la hora de la muerte.

Conque parece debe ſer eſcogida, è implorada eſta Santa, por eſpecial Patrona para aquella hora. Segun mi cortedad, aconſejo à todos la elijan, la ſirvan, la procuren tener para entonces propicia, favorable, grata. Conocidos ſon claramente los medios, conque eſto ſe podrà conſeguir, y ſon, la imitacion, y la invocacion: las obras, y las oraciones. Por lo que toca à las obras, eſtas eſpecialmente.

Para con los Proximos vivos.

1 Procurar en todo, darles buen exẽplo.

2 A quien los neceſsitare, ò buſcare, chriſtianos conjos.

3 No

3 No authorizar, ni apoyar dictamenes malos.

4 Exhortar à todos à el uso digno de los Sacramentos.

Para con los Difuntos.

1 Ofrecer por ellos quanto bueno se hiziere.

2 Oir Missas por ellos, ò dar limosna para que se les digan.

3 Hazer por ellos limosnas, ò ganarles Indulgencias.

4 Rogar por ellos con frequencia à Dios.

Por lo que pertenece à la invocacion, ù Oracion.

Cada dia sin faltar, pedir à la Santa su favor, y amparo, con aquellas palabras, que à cada uno dictare el Espititu Santo, ò su fervor, y afecto, en atencion à su necesidad, y à lo que interesa en tener favorable à esta Santa. O, quien quisiere, ha-

habituarse à decir cada dia un *Padre nuestro*, y un *Ave Maria*, y la siguiente

ORACION.

OMnipotente Dios, y Señor mio, que no quereis que alguno se condene, sino que todos logren vuestra Gloria: Ruegoos por los merecimientos de vuestra Santa Virgen Christina, tengais misericordia de mi Alma, y me deis, que arrepentido de mis muchos pecados, prevenido con los Sacramentos dignamente recebidos, muera en vuestra amistad, y gracia, con el amparo de la Sta. Virgen. Amen.

PARA MAYOR GLORIA DE DIOS.

IN-

INDICE
DE LOS CAPITULOS DE ESTE LIBRO.

CAP. 1. *Su Patria, y Educacion.* Fol. 1.
Cap. 2. *Muere naturalmente, y reſtituyeſe otra vez à la vida.* fol. 6.
Cap. 3. *Cuenta Chriſtina lo que paſsò en ſu muerte, y el motivo de ſu reſurreccion.* fol. 10.
Cap. 4. *Empieza ſu eſtraña vida, huyendo de el comercio de los hombres.* fol. 16.
Cap. 5. *Sacala de priſiones un milagro, y ſuſtentala en la ſoledad otro.* fol. 22.
Cap. 6. *Buelve Dios à ponerla en libertad, y paſſa ſin mojarſe el Rio Moſa.* fol. 27.
Cap. 7. *Es atormentada en el fuego.* fol. 33.
Cap. 8. *Es atormentada en el yelo.* fol. 38.
Cap. 9. *Atormentanla Torculos, y Horcas.* fol. 42.
Cap 10. *Es (incitandolos ella miſma) acoſada de perros entre abroxos, y eſpinas.* fol. 46.
Cap. 11. *Rara agilidad, ſutileza, y levedad de ſu virginal cuerpo.* fol. 50.
Cap. 12. *Quebrandole una pierna, la apriſionan: deſpreciando las medicinas, la ſana el Señor, y la libra.* fol. 54.
Cap. 13. *Un milagro jamás oido, dà fin à ſus perſecuciones.* fol. 60.
Cap. 14. *Templa Dios algun tanto, en Chriſtina los rigores externos de ſu padecer.* fol. 65.

Cap.

Cap. 15. *Sustentase con nuevo martyrio de limosnas de los pecadores.* fol. 70.
Cap. 16. *Prosigue la misma materia.* fol. 76.
Cap. 17. *Varios afectos de Sta. Christina en la muerte de reprobos, y Bienaventurados.* fol. 81.
Cap. 18. *Reprehende los pecados del mundo.* fol. 86.
Cap. 19. *Retirase de su Patria, y viene à el Castillo de Loèn.* fol. 90.
Cap. 20. *Dice el mismo dia en que sucediò (estando muy distante) la perdida de Jerusalén, y Lugares de la Tierra Santa.* fol. 95.
Cap. 21. *Quanto venerò à Christina Ludovico, Conde de Loèn y quanto le aprovechó.* fol. 102.
Cap. 22. *Finezas de la charidad, y zelo de Christina con el Conde moribundo, y ya muerto.* fol. 107.
Cap. 23. *Buelve à vivir àS. Trudō su Patria.* fol. 113.
Cap. 24. *Celebres Prophecias suyas, en el Monasterio de Santa Catharina.* fol. 118.
Cap. 25. *Soliloquios de Christina.* fol. 125.
Cap. 26. *Vltimo año de su santa vida.* fol. 129.
Cap. 27. *Su ultima enfermedad.* fol. 133.
Cap. 28. *Muere segunda, y tercera vez.* fol. 137.
Cap. 29. *Entierro, y translacion de su Santo Cuerpo.* fol. 142.
Cap. 30. *Breve reflexa sobre esta S. historia.* fol. 146.
Patrocinio de Santa Christina. fol. 149.

AD MAJOREM DEI GLORIAM.

8695784
04ag2020

039-HX-4